



RICARDO RYAN

RENOVACION

# RENOVACIÓN





# RENOVACIÓN

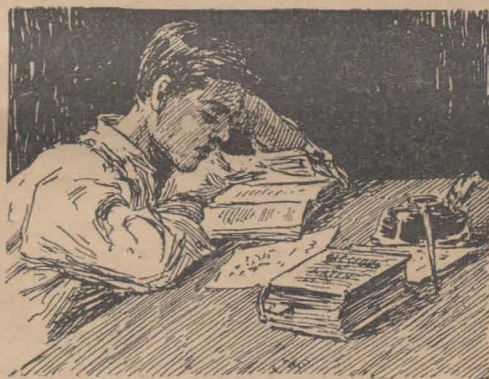
año 1933

## ANTOLOGÍA ESCOLAR

Compilada por

RICARDO RYAN

29.280



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

BUENOS AIRES

ANGEL ESTRADA Y Cía. - EDITORES

466 - CALLE BOLÍVAR - 466

154 X 195

ES PROPIEDAD

Queda hecho el depósito de  
acuerdo con la ley N.º 9510



## INDICE

	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO .....	IX
Llévalo de Amor .....	<i>Amado Nervo</i> ..... 1
La Fe .....	<i>Amado Nervo</i> ..... 1
El Lago .....	<i>M. R. Blanco Belmonte</i> ..... 2
El Arroyo .....	<i>Juan Eugenio Hartzenbusch</i> ..... 2
El Libro y su Lectura .....	<i>Nicolás Avellaneda</i> ..... 3
El Jazmín del Aire .....	<i>Fernán Félix de Amador</i> ..... 5
Los Viajes .....	<i>Manuel Gálvez</i> ..... 7
A bordo .....	<i>Enrique Gómez Carrillo</i> ..... 10
Nueva York .....	<i>Máximo Gorki</i> ..... 11
Sevilla .....	<i>Gustavo Adolfo Bécquer</i> ..... 13
Impresiones de Kioto .....	<i>Pierre Loti</i> ..... 14
En Asuán .....	<i>Angel de Estrada</i> ..... 15
La Vieja España .....	<i>Enrique Larreta</i> ..... 16
Una Aventura de Don Quijote .....	<i>Miguel de Cervantes Saavedra</i> .. 19
La Carreta .....	<i>Carlos Fernández Shaw</i> ..... 22
El Maquinista .....	<i>J. Dicenta</i> ..... 24
Bajo la Nieve .....	<i>E. Z...</i> ..... 26
El Automóvil .....	<i>Mauricio Maeterlinck</i> ..... 28
La Montaña .....	<i>Eliseo Reclús</i> ..... 31
El Pastor de Estrellas .....	<i>Federico Mistral</i> ..... 33
La Ventana Mágica .....	<i>Alfonso Maseras</i> ..... 34
Triste .....	<i>Domingo V. Lombardi</i> ..... 35
La Pampa .....	<i>Carlos Octavio Bunge</i> ..... 36
En el Campo .....	<i>Ricardo Güiraldes</i> ..... 38
Plegaria por el Nido .....	<i>Gabriela Mistral</i> ..... 40
El Ombú .....	<i>Marcos Sastre</i> ..... 41
La Enredadera .....	<i>Juana de Ibarbourou</i> ..... 42
¡Adios, Cordera! .....	<i>Leopoldo Alas (Clarín)</i> ..... 43
Los Bueyes .....	<i>José Gálvez</i> ..... 44
El Nido de Gorriones .....	<i>Joaquín Dicenta</i> ..... 45
El Vizcachón Previsor .....	<i>Godofredo Daireaux</i> ..... 46
El Sapo y el Cangrejo .....	<i>Trilussa</i> ..... 47
Mi Barrilete Rabón .....	<i>Domingo Maciel</i> ..... 48
Los Reyes Magos .....	<i>Jacinto Benavente</i> ..... 50

	Pags.
Mentira Piadosa.....	M. R. Blanco Belmonte..... 52
Naturaleza Muerta.....	Rubén Dario..... 53
Lloviendo.....	Julián Martel..... 53
Las Campanas.....	Gabriel D'Annunzio..... 55
Horas de Silencio.....	Pio Baroja..... 56
Un invierno de Sisley.....	José Ingenieros..... 57
Invierno.....	Angel de Estrada..... 58
Fiesta Nocturna.....	Alfredo R. Bufano..... 58
Un Testigo de Cargo.....	A. Palacios Valdés..... 59
Convencimiento.....	Carlos Rodríguez Pintos..... 62
Una Bola de Nieve.....	Edmundo De Amicis..... 63
En Casa del Herido.....	Edmundo De Amicis..... 65
Los Hijos y los Padres.....	Ramón de Campoamor..... 67
Amor Maternal.....	Victor Hugo..... 67
La Casa Materna (Primera Parte).....	Domingo Faustino Sarmiento..... 68
Las Alegrias del Sol.....	Daniel Elias..... 71
La Casa Materna (Segunda Parte).....	Domingo Faustino Sarmiento..... 72
El Naranjo.....	Angel de Estrada..... 75
Alamos en la Orilla.....	Arturo Vazquez Cey..... 77
Al Caer la Tarde.....	R. R..... 78
Ultra.....	Federico Balart..... 79
La Madre de Garrón.....	Edmundo De Amicis..... 80
La silla que ahora nadie ocupa.....	Evaristo Carriego..... 81
Parábola.....	Anatole France..... 82
Proverbio.....	G. Martínez Sierra..... 84
Ruy Díaz de Vivar.....	Victor Hugo..... 84
Descripción.....	Gaspar Núñez de Arce..... 87
Un Viejo Escudero.....	Enrique Larreta..... 88
La Muerte de Juliano.....	Dimitri de Merejkowsky..... 90
Oremus.....	Moisés Numa Castellanos..... 93
Oración a la Bandera.....	Belisario Roldán..... 94
Retrato del General San Martín.....	Benjamín Vicuña Mackenna..... 96
Edmundo Goncourt.....	Emilia Pardo Bazán..... 97
Facundo Quiroga.....	Domingo Faustino Sarmiento..... 98
Segismundo.....	Calderón..... 99
El Padre Predicador.....	El Padre Isla..... 100
Mariano Moreno.....	José Manuel Estrada..... 100
Esteban Echeverría.....	Pedro Goyena..... 102
Marco Bruto.....	Francisco de Quevedo y Villegas..... 103
Estrada y Goyena.....	Juan Balestra..... 103
Moreno y Belgrano.....	Bartolomé Mitre..... 104
El Misionero.....	Pedro B. Palacios (Almafuerte)..... 105
El Héroe y su Heroísmo.....	Leopoldo Lugones..... 107
Optimismo.....	Augusto Bunge..... 108
Si una espina me hiere.....	Amado Nervo..... 111
Rima.....	Agustín Ferrán y Fornies..... 111



Los Hombres de Acción.....	Teodoro Roosevelt.....	112
El Buen Sentido.....	R. Descartes.....	113
El Futurismo.....	F. T. Marinetti.....	114
El Periodismo Argentino.....	Ezequiel P. Paz.....	117
La Alegría de Buenos Aires.....	Enrique Gómez Carrillo.....	118
Las Cataratas del Iguazú.....	Baudilio Alió.....	120
Tucumán.....	Miguel Cané.....	121
Coplas al Tulumaya.....	Alfredo R. Bufano.....	124
En las Montañas de La Rioja.....	Joaquín V. González.....	125
El Canto del Zorzal.....	María Alicia Domínguez.....	126
Restos de la Cultura Calchaquí.....	Juan B. Ambrosetti.....	127
Calma.....	Juana de Ibarbourou.....	128
La Niebla en las Montañas.....	Eliseo Reclús.....	129
El Paisaje Castellano.....	Manuel Gálvez.....	132
Córdoba.....	José María Salaverría.....	133
Llameantes Ceibos.....	Arturo Vázquez Cey.....	134
Burgos.....	Manuel Ugarte.....	135
Consejos del Viejo « Vizcacha ».....	José Hernández.....	137
Un Jardín.....	Pablo Mantegazza.....	139
Desde el Mirador.....	Ovidio Fernández Ríos.....	140
La Huerta Perdida.....	Alberto Gerchunoff.....	142
La Madrugada.....	Estanislao Del Campo.....	144
Un Hogar.....	Eusebio Blasco.....	146
Romanza sin Palabras.....	Juan Maragall.....	147
¿ « Sabés » silbar?.....	Martiniano Leguizamón.....	148
Los Nidos de las Aves.....	Carlos Octavio Bunge.....	150
La Felicidad.....	J. D. Perdeguet.....	152
Fin de Año.....	B. Fernández Moreno.....	153
Un Diálogo.....	Pío Baroja.....	154
Agua Fuerte.....	Rubén Darío.....	157
Los intereses creados.....	Jacinto Benavente.....	159
« La Intrusa » por Maeterlinck.....	Luis Morote.....	166
Los Viejos.....	Alfonso Daudet.....	168





## PRÓLOGO

Sea mi primera palabra de justicia y reconocimiento para el magisterio, porque esta nueva antología, en realidad, no me pertenece. Es fruto directo de la escuela. Se publica *por y para* los maestros, gracias al estímulo que les debo tanto por el apoyo constante que prestan a mis libros, como por sugerencias espontáneas que han determinado la publicación y el carácter de este nuevo texto cuyo contenido refleja valiosas experiencias recogidas en las aulas.

A mediados del año 1918 publiqué mi primera antología escolar, "PROSISTAS Y POETAS". Dicha obra fué compilada especialmente para estudiantes de enseñanza secundaria y normal. A pesar de ello, y no obstante su excesiva extensión (605 páginas), se difundió rápidamente en los cursos superiores de las escuelas primarias. Hoy se usa como texto oficial en los grados 5.º y 6.º de varias provincias.

Desde la aparición de "PROSISTAS Y POETAS", muchos maestros prestigiosos han insistido sobre la conveniencia de publicar una edición especial más reducida de la misma obra *u otro texto similar de menor extensión*. Acepté de inmediato y muy agradecido esta última idea, pero otras tareas perentorias postergaron la realización del propósito.

No lamento, sin embargo, la demora, pues ella me ha permitido conocer y reunir elementos de juicio aportados por la experiencia de muchos educadores.

Al compilar esta nueva antología, he tratado de interpretar con fidelidad esas sugerencias de orden pedagógico

que gentilmente se me han brindado a propósito de dificultades, eficacia real, etc., de algunos trozos literarios.

“RENOVACIÓN” es, por lo tanto, según dejo dicho, una obra publicada por estímulo, con la colaboración de maestros y compuesta para ellos consultando las necesidades de la enseñanza y los datos recogidos en las aulas.

El criterio con que se ha realizado la selección de su contenido puede enunciarse sintéticamente, enumerando sus características fundamentales.

1.º — Es ante todo una antología esencialmente escolar; sus capítulos fueron escogidos con criterio pedagógico estricto, anteponiendo la eficacia didáctica al valor representativo que los mismos puedan tener con relación a un género literario, a una escuela estética o a una época determinada.

2.º — Se han preferido las lecturas que por sus temas, amenidad o por cualquier otra razón, resultan más asequibles o atrayentes para alumnos de quinto y sexto grados.

3.º — “RENOVACIÓN” es un texto intermedio, de concate-nación, destinado a evitar la transición demasiado brusca que implica el paso de los libros comunes de lectura a las antologías rigurosamente literarias, y en particular a las compilaciones que siguiendo un orden cronológico rígido se inician con escritos de épocas lejanas, y por lo mismo menos comprensibles para alumnos de corta edad y limitada cultura.

4.º — Tratándose de un libro destinado a la juventud de un país nuevo, nos hemos esforzado porque predomine en sus páginas un soplo de sano y alentador optimismo.

5.º — Teniendo en vista que toda antología puede ejercer decisiva influencia en la orientación espiritual del joven lector, hemos tratado de desarrollar la capacidad para escoger

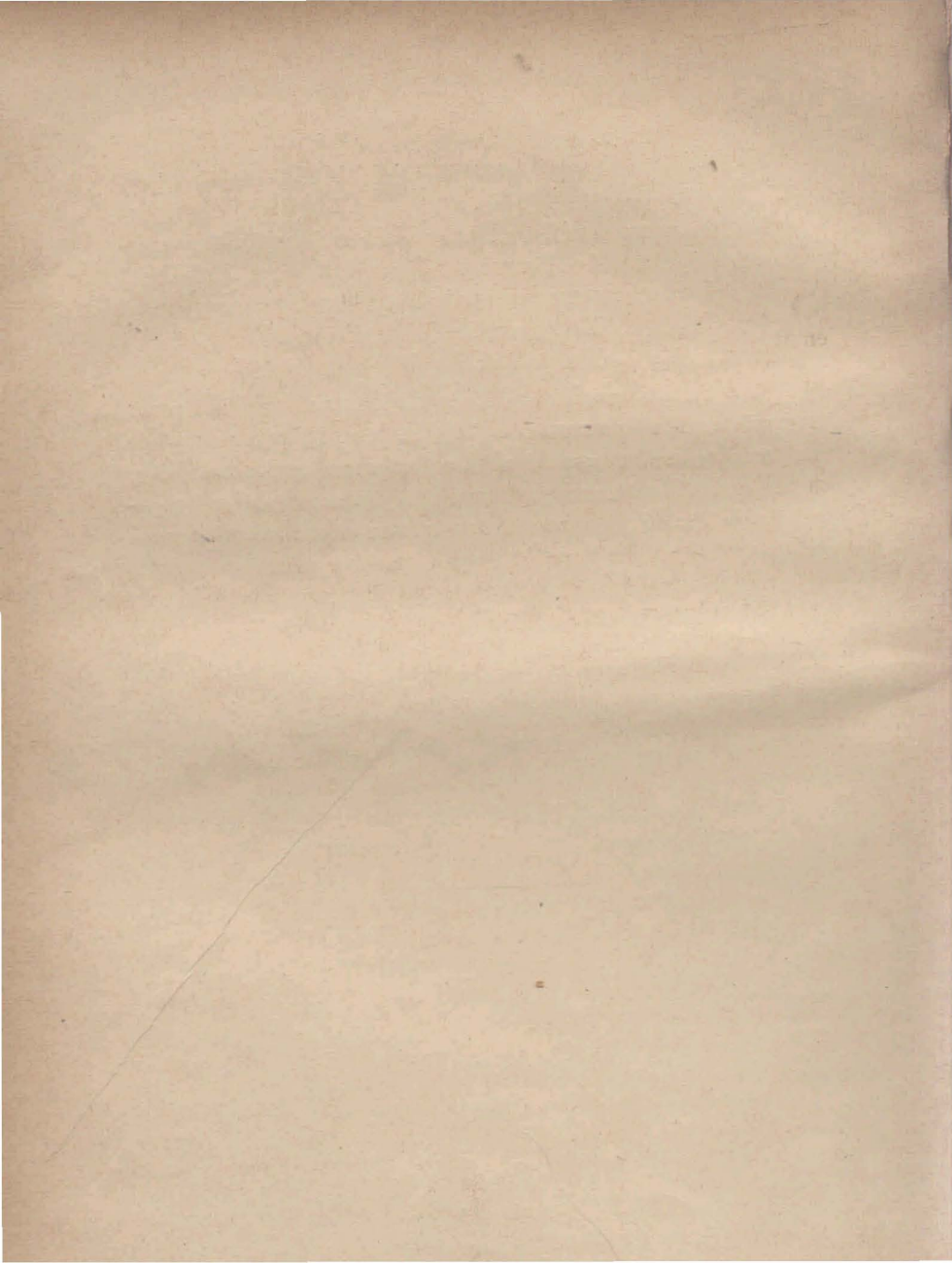


autores, presentándole vastos horizontes, y estimulando, ante todo, la amplitud de criterio.

En "RENOVACIÓN" gustará el alumno capítulos genuinamente clásicos de Cervantes, Isla o Larreta, admirará páginas descriptivas modernas, de Baroja o Daudet y podrá deleitarse con el dinamismo y la nerviosidad futurista de Marinetti, Alió o Maeterlinck.

Esta calidad explica el título de la obra: en ella precisamente estriba la *renovación*. Hemos ampliado el campo de las antologías en uso que sólo incluyen lo tradicional y consagrado. Deseamos que nuestros jóvenes aprecien y gocen la belleza bajo sus distintas formas, sin limitaciones de escuela. Queremos que conozcan y descubran el mayor número de aspectos y matices en que se revela "lo bello" y "lo bueno" a los espíritus selectos.

R. RYAN.



## Llénalo de Amor

**S** IEMPRE que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor. Adolescente, joven, viejo, siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor.

No pienses: "sufriré".

No pienses: "me engañarán".

No pienses: "dudaré".

Ve, simplemente, diáfananamente, regocijadamente en busca del amor.

¿Qué índole de amor? No importa: todo amor está lleno de excelencia y de nobleza.

Ama como puedas, ama a quien puedas, ama todo lo que puedas... pero ama siempre.

No te preocupes de la finalidad de tu amor.

El lleva en sí mismo su finalidad.

No te juzgues incompleto porque no responden a tus ternuras; el amor lleva en sí su propia plenitud.

Siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor.

## La Fe

**N** o temas nunca, en los casos angustiosos decir una palabra optimista. No receles que el destino te contradiga; el destino jamás contradice a los hombres que esperan en él, y siempre cumple las promesas que en su nombre hacen los fuertes.

Tu buen deseo ayuda, por otra parte, a manifestarse, a todas las bellas posibilidades de la existencia.

.....

AMADO NERVO.



## El Lago

LANCÉ con mano segura  
piedras al lago sereno  
que copiaba en su ancho seno  
la majestad de la altura.

El lago, todo hermosura,  
tembló un instante; en su seno  
se hundió la piedra, y sereno  
volvió a reflejar la altura.

Cuando en la lucha reñida,  
me hiere el destino aciago,  
quisiera, al sentir la herida,

que fuese siempre mi vida  
imagen ennoblecida  
del limpio cristal del lago!

M. R. BLANCO BELMONTE.

## El Arroyo

MIRA ese arroyo plácido, Florencio,  
que fluye sin rumor y baña el prado.  
Con su ejemplo enseñado,  
haz al prójimo bien, y hazlo en silencio.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

## El Libro y su Lectura

.....

CUANDO oigo decir que un hombre tiene el hábito de la lectura, estoy predispuesto a pensar bien de él. Leer es mantener siempre vivas y despiertas las nobles facultades del espíritu, dándoles por alimento nuevas emociones, nuevas ideas y nuevos conocimientos. Leer es multiplicar y enriquecer la vida interior.

Leer es, sobre todo, asociarse a la existencia de sus semejantes, hacer acto de unión y fraternidad con los hombres. El que lee, aunque se halle confinado en una aldea, vive del movimiento universal; y puede decir como el hombre de Terencio: que nada humano le es indiferente.

La lectura fecunda el corazón, dando intensidad, calor y expansión a los sentimientos. Los egoístas no practican por lo general la lectura porque pasan absortos en la árida contemplación de sus intereses personales. No sienten la necesidad de salir de sí mismos y estrecharse con los demás.

Las personas indolentes no leen; pero, ¿qué son el ocio y la indolencia sino las formas plásticas del egoísmo?

La naturaleza es pródiga en sorprendentes escenas, en maravillosos espectáculos, que el hombre sedentario apenas conoce y que los viajeros contemplan con estática admiración. Los placeres sociales encantan al hombre; pero no siempre vienen a su encuentro ni dependen de su voluntad. Entretanto, los placeres que proporciona la lectura son de todo tiempo y de cualquier lugar, y son los únicos que pue-

de renovar a su albedrío. El libro es enseñanza y ejemplo. Es luz y revelación. Fortalece las esperanzas que ya se disipaban: sostiene y dirige las vocaciones nacientes que buscan su camino al través de las sombras del espíritu o de las dificultades de la vida. El joven oscuro puede ascender hasta el renombre imperecedero conducido como Franklin por la lectura solitaria.

El libro da a cada uno testimonio de su vida íntima. Es el confidente de las emociones inefables, de aquellas que el hombre ha acariciado en la soledad del pensamiento y más cerca de su corazón. Así, la lectura del libro que nos ayudó a pensar, a querer, a soñar en días felices, es el conjuro de sus bellas visiones desvanecidas por siempre en el pasado.

Cuando puedo substraerme a lo que me rodea, y releo mis antiguos libros, parece que se renueva mi ser. Vuelvo a ser joven. Lo que pasó está presente; y creo por un momento que puedo envolverme de nuevo en la suave corriente de los sueños desvanecidos, cuando repitiendo con acento enternecido el verso de Lamartine o de Virgilio, los llamo y los nombro con las voces de mi antiguo cariño.

Enseñemos a leer y leamos. El alfabeto que deletrea el niño es el vínculo viviente en la tradición del espíritu humano, puesto que le da la clave del libro que lo asocia a la vida universal. Leamos para ser mejores, cultivando los nobles sentimientos, ilustrando la ignorancia y corrigiendo nuestros errores, antes que vayan con perjuicio nuestro y de los otros a convertirse en nuevos actos.

NICOLÁS AVELLANEDA.



## El Jazmín del Aire

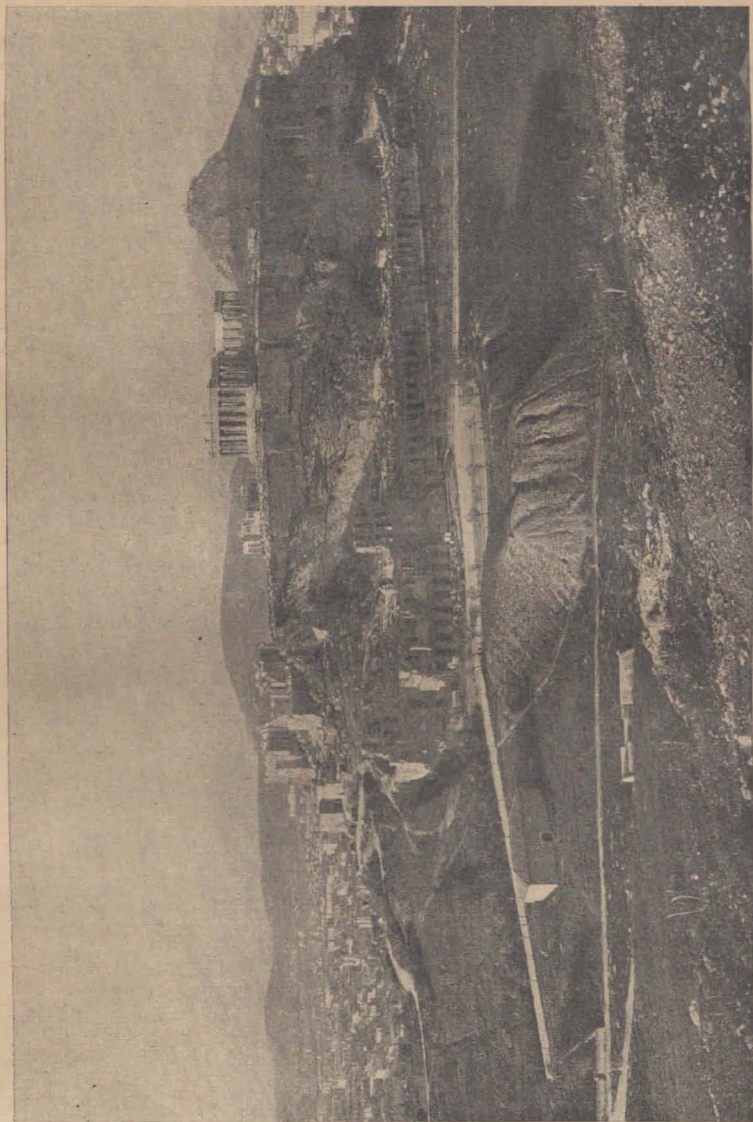
D E la ramita seca suspendido,  
meciéndose en el viento con donaire,  
de un rayito de sol, breve ha vivido  
el misterioso y fiel jazmín del aire.

Después de perfumar el árbol muerto,  
a quien vistió de extraña mansedumbre,  
como un pequeño corazón abierto,  
en el viento se fué sin pesadumbre.

¡Así en la rama de la vida mía,  
que lo imprevisto del milagro asombra,  
brotó, jazmín del aire, la poesía:  
de un rayito de Dios entre la sombra!

¡Efímera corola solitaria,  
no busca eternidad su amor profundo,  
sólo quiere rodar, como una lágrima  
de gratitud, sobre el cristal del mundo!

FERNÁN FÉLIX DE AMADOR.



Acropolis de Atenas.





## Los Viajes

.....

Los viajes realizan, sobre todo para las gentes de un país tan joven como el nuestro, una alta misión de cultura. Para el individuo, viajar es renovarse. Los viajes modifican nuestro concepto del mundo, crean en nosotros un



nuevo ser, acrecen el capital de nuestros conocimientos, nos inculcan la tolerancia, nos hacen más comprensivos e inteligentes, educan nuestra sensibilidad. Personas que vivieron consagradas a sus útiles tareas, al viajar visitan museos y catedrales, se ponen en contacto, siquiera sea por un instante, con el alma de las ciudades místicas. Este contacto es inmensamente benéfico. Una persona inteligente, pero que jamás se haya preocupado de otras cosas que de sus asuntos, sentirá en Avila, en Asís, o en Nuremberg, que su mundo se ensancha, que su concepto utilitarista se transforma. Podríamos decir que a esa persona le nacen alas.

Para el individuo, viajar es a veces salvarse. Hay quien al iniciar su viaje abandona al hombre antiguo, comienza una mejor vida. Algunos encuentran su personalidad, deciden su vocación. Constantino Meunier, pintor mediocre, siente en su viaje por España, a la edad de cincuenta años, despertar aquella vocación que le llevó a ser uno de los más insignes escultores de la época. Otros adelantan en su camino de perfección; muchos hallan la fe que los rehabilitará ante su propia conciencia. Y todos se educan y civilizan.

Quizás no haya nada tan útil como la facultad de soñar. El hombre que no sueña es un ser rutinario; no innovará, no creará jamás. Soñar es vivir, preparar el advenimiento de la creación artística o científica; soñar es amar la vida y las cosas. Los hombres y los pueblos necesitan soñar. Y bien: los viajes propician la plenitud del ensueño. Cuando viajamos dejamos en nuestras casas todas las menudas preocupaciones que enturbian la vida y nos entregamos a la delicia de vivir con el alma. En los viajes sentimos en nosotros un despertar de poesía. Sin contar la visión de los paisajes y las sugerencias del arte, encontramos una rara e íntima poesía en mil cosas, algunas triviales: como cuando llegamos de noche a una ciudad muerta y recorremos sus calles solitarias; cuando en el largo rodar de los ferrocarriles nos despiertan de nuestro sueño voces extrañas

y quejumbrosas que pronuncian nombres evocadores, célebres, seculares, nombres de los pueblos en cuyas estaciones nos detenemos; cuando pisamos los mismos lugares que ilustraron con sus vidas los grandes hombres de la historia; cuando sufrimos en los cuartos de los hoteles del horror de la soledad; cuando creemos sentir en las callejuelas arcaicas el alma de un héroe o de un santo.

A la patria misma se la quiere y comprende mejor cuando se viaja. Entonces apreciamos todo el valer de nuestras costumbres, de nuestras afecciones, de nuestras instituciones, de nuestras ideas y sentimientos. La patria, vista desde lejos, se agranda y poetiza.

.....

Los viajes son, por último, el más útil instrumento de perfección para las sociedades modernas.

.....

MANUEL GÁLVEZ.





## A bordo

TODAS las noches, después de la cena, al mismo tiempo que en el piano del salón una mano blanca despierta elegantes nostalgias parisienses, allá en el otro extremo del barco, en la lejana proa poblada de marineros, un acordeón muy viejo se estira entre manos negras de carbón. Y poco a poco, bajo las estrellas parpadeantes, en la quietud fresca de la hora, en el bienestar de la labor cumplida; poco a poco, a medida que la sombra aumenta y que la brisa acelera su vuelo; poco a poco, los bronceados tripulantes se olvidan de que ya la tierra de Europa está lejos, y embriagándose en ritmos tradicionales vuelven con la imaginación a la playa natal... ¿Marsella?... Marsella o Liorna, Nápoles o Valencia, Palermo o Génova, Tolón o Barcelona, lo mismo da. A medida que los hombres se alejan, sus patrias se agrandan.

La raza rompe las barreras políticas. La poesía del cielo, del clima, une a aquellos que se encuentran desunidos por la ley. Y así como en los mares del Norte, entre las brumas heladas, los marinos de Bretaña, de Irlanda y de Escandinavia se abrazan cantando los mismos cántares de muerte, así aquí, en los confines del mar divino, los hijos de Provenza, de Cataluña y de Cerdeña fraternizan en un canto de vida, de alegría.

¡El cantar de los marineros! Basta con oírlo una vez para comprender todo lo que encierra y lo que representa.

.....

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.



## Nueva York

...Sobre la tierra firme y sobre el océano se extiende una niebla gris, mezclada con un fino polvillo, y una llovizna sutil desciende sin cesar sobre los negros edificios de la ciudad y sobre el puerto triste.

A bordo del buque se amontonan los inmigrantes mirando todo alrededor con graves ojos interrogadores, en los que se lee la esperanza y la angustia, el espanto y la alegría.

—¿Quién es aquélla? — pregunta una joven polaca, señalando maravillada la estatua de la Libertad.

La gente calla, como si nadie conociera la respuesta; después se oye:

—Es el dios de los americanos.

La gigantesca, rígida mujer de bronce, está toda cubierta de cardenillo, como si la hubiesen pintado.

El gélido rostro mira ciego a través de la niebla en la soledad del océano, como si, lleno de fe, esperase algo luminoso que reavive sus ojos inmóviles, muertos.

Al pie de la Libertad, el terreno es angosto; la estatua parece surgir del mar y su pedestal semeja estar formado con ondas petrificadas.

Su mano, elevada sobre el océano y sobre los mástiles de los barcos, presta a su actitud solemnidad y belleza.

Parece que quiere encender el haz que tiene empuñado y disipar la niebla gris, inundando con vívida luz cuanto en su derredor se pierde.

A lo largo de la lengua de tierra, sobre la cual se eleva, corren férreos vehículos; cual enormes cetáceos, sobre las olas del mar, se estremecen como piratas ávidos los buques y barcos de vela.

Las sirenas suenan como voces de gigantes perdidos.

en la niebla, vibran silbidos agudos, rabiosos; las cadenas de las áncoras crujen; las olas baten solemnemente.

Todo corre, fluye, gime de fatiga; las hélices y las ruedas de los vaporcillos agitan temblorosas el agua, que está cubierta de una baba espumosa y amarillenta, estriada por inquietos surcos.

Y todo; el hierro, las piedras, el agua, la madera, todo parece saturado de protesta contra esta vida sin sol, sin cantos y sin alegrías, esclava de un oprimente trabajo.

Todo aparece revuelto en su torbellino.

Todo gime, murmura, grita y se doblega bajo la voluntad de una misteriosa fuerza hostil a los hombres y a la Naturaleza.

Por doquiera, sobre las olas flotan manchas de grasa, de aceite, de petróleo iridiscente, mezcladas con residuos de estopa, astillas de madera y restos de comida, como si una fuerza invisible de destrucción los enviase constantemente.

Esta máquina gigantesca no tiene razón ni objeto; en ella barcos y muelles de descarga son pequeñas cargas, y el hombre un tornillo insignificante, un punto invisible en la fea y pesada masa de hierro, madera, vehículos, barcos, residuos, lanchas y remolcadores.

Las piezas y las partes de la máquina giran inquietas aquí y allá sobre el agua, y en su triste, extraña danza, privada de ritmo y alegría, falta al hombre su voluntad y su personalidad.

Un ser bípedo, ensordecido por el estrépito, aturdido por este vértigo, de la materia muerta, dentro de esta masa de polvo negro y de grasa, me mira extrañamente con las manos en los bolsillos.

Su cara está barnizada con una luciente capa de grasa negruzca, y en ella no brillan los ojos de un hombre viviente ni resalta otra cosa que los dientes blancos.

MÁXIMO GORKI.



## Sevilla

Léí la última página, cerré el libro y apoyé mi cabeza entre las manos.

Un soplo de la brisa de mi país, una onda de perfumes y armonías lejanas, besó mi frente y acarició mi oído al pasar.

Toda mi Andalucía, con sus días de oro y sus noches luminosas y transparentes, se levantó como una visión de fuego del fondo de mi alma.

Sevilla, con su *Giralda* de encajes, que copia temblando el Guadalquivir, y sus calles morunas, tortuosas y estrechas, en las que aun se cree escuchar el extraño crujido de los pasos del rey justiciero; Sevilla, con sus rejas y sus cantares, sus cancelas y sus rondadores, sus retablos y sus cuentos, sus pendencias y sus músicas, sus noches tranquilas y sus siestas de fuego, sus alboradas color de rosa y sus crepúsculos azules; Sevilla, con todas las tradiciones que veinte centurias han amontonado sobre su frente, con toda la pompa y la gala de su naturaleza meridional, con toda la poesía que la imaginación presta a un recuerdo querido, apareció como por encanto a mis ojos, y penetré en su recinto, y crucé sus calles, y respiré su atmósfera y oí los cantos que entonan a media voz las muchachas que cosen detrás de las celosías, medio ocultas entre las hojas de las campanillas azules; y aspiré con voluptuosidad la fragancia de las madresevas, que corren por un hilo de balcón a balcón, formando toldos de flores; y torné en fin, con mi espíritu a vivir en la ciudad donde he nacido, y de la que tan viva guardaré siempre la memoria.

.....

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER.

(Del prólogo escrito para el libro "La Soledad",  
original de Augusto Ferrán y Forniés).



## Impresiones de Kioto

UN ligero desayuno, servido verdaderamente a la inglesa, con su acompañamiento de té y tostadas con manteca, y en seguida hago que comparezcan ante mí dos *djins*, que alquilo, ajustándolos en 75 sueldos por cabeza y por día; mediante esta cantidad, han de correr desde la mañana hasta la noche a mi capricho, sin sofocarse ni quejarse.

Las carreras en *djins*, constituyen uno de los recuerdos imperecederos de la estancia en Kioto, donde uno se afana por ver y hacer tantas cosas.

Arrastrado con doble velocidad que la de un caballo al trote, saltando de rodera en rodera, atropellando a las gentes, salvando puentecillos colgantes, se encuentra uno viajando solo a través de barrios desiertos. Hasta se suben y se bajan escaleras; y entonces, a cada grada, salta uno en el asiento como una pelota. Por fin, al llegar la noche, está uno aturdido, y le parece que ve desfilar las cosas como en un Calidoscopio, variado muy de prisa, y cuyos cambios cansan la vista.

¡Qué desigual, pintoresca y extraña es la tal Kioto! Calles bulliciosas, atestadas de *djins*, de transeuntes a pie, de vendedores, de carteles multicolores, de oriflamas extravagantes, que flotan al viento. Tan pronto se corre entre el ruido y los gritos, tan pronto se halla uno con el silencio de los lugares abandonados, entre los restos de un gran pasado muerto. Se encuentra uno entre relumbrantes escaparetes con tejidos y porcelanas, o bien se acerca a los grandes templos, donde únicamente los comerciantes de ídolos abren sus tien-

das, llenas de inimaginables figuras, o bien, experimenta la sorpresa de encontrarse de pronto bajo un bosque de bambúes, de troncos prodigiosamente altos, juntos y delgados, que le causan a uno la impresión de haberse convertido en un ínfimo insecto, que circula bajo las finas gramíneas de nuestros campos en el mes de Junio.

¡Y qué inmenso almacén religioso, qué gigantesco santuario de adoración es esta Kioto de los antiguos emperadores! Tres mil templos, donde yacen incalculables riquezas, consagradas a toda clase de dioses, diosas y animales. Palacios desiertos y silenciosos, donde se atraviesa con los pies descalzos series de salas, todas barnizadas de oro y decoradas con una originalidad rara y exquisita, bosques sagrados con árboles seculares, cuyos senderos están guarnecidos con monstruos de granito, de mármol o de bronce.

PIERRE LOTI.

## En Asuán

**A**RABES, coptos y negros van y vienen en el bazar de Asuán, bajo los techos de paja, que convierten las callejas en corredores de las tiendas, donde reinan penumbras, llenas de los colores de los trajes en perenne ebullición. El aire, cargado ya de especias olorosas, se perfuma intensamente con el respirar de calderos en que hierven ungüentos. Plumas de avestruz, collares de ámbar y de huevos, de conchas y caracoles, entre lámparas, armas y tapices, surgen en casi todos los puestos, con el aspecto característico de una industria primitiva. Los comerciantes, sentados gravemente sobre divanes, como Budas en sus santuarios, o trabajando en sus objetos, se animan al pasar un extranjero, ensayando palabras en diversos idiomas.

ANGEL DE ESTRADA.



## La Vieja España

LA estancia era un vasto recinto que ocupaba casi todo el plano de la torre. Las vigas no habían perdido el oro de la añosa pintura, y la faja de escudos nobiliarios, que corría en lo alto de las cuatro paredes lucía intacto su tinte de gules y sinople. En el rincón más oscuro dormía un antiguo telar descompuesto. No se había pensado nunca en repararlo, y se le dejaba apolillar y cubrirse de telaraña, conservando todavía entre sus maderos, los hilos de una estameña comenzada, quizá, en el reinado anterior.

En el grosor de las paredes, cada ventana formaba un hueco profundo, con sendos poyos de piedra. Ramiro se sentaba de costumbre sobre uno de ellos, y pasaba las horas largas mirando hacia fuera, con el codo apoyado en el elféizar.

Una de las ventanas, la que abría hacia el Nordeste, dominaba casi todo el caserío. Desde aquella altura, Avila de los Santos, inclinada hacia el Adaja y ceñida estrechamente por su torreada y bermeja muralla, más que una ciudad, semejaba gran castillo roquero. El niño oteaba los corrales y los patios, el interior de los conventos, el carapacho de las iglesias. A corta distancia, en el sitio más eminente, la catedral levantaba su torreón de fortaleza almenado y pardusco.

Desde la otra ventana se disfrutaba de una vista grandiosa: el Valle - Amblés, toda la nava, toda la dehesa; el río; las montañas. Fuera de los sotos ribereños, la vegetación era escasa. Raras encinas, negras a distancia, moteaban apenas los pedregosos collados. Paisaje de una coloración austera, sequiza, mineral donde el sol reverberaba ex-



tensamente. Paisaje huraño y apacible como el alma de un monje.

Vivo resplandor revelaba a trechos, entre fresnos y bardagueras, el curso del Adaja, esparcido sobre la arena como galón de plata que se deshila. En el fondo, la sierra de Avila levantaba sus picos más altos chapados de nieve. De ordinario, un bulto de nubes asomaba por detrás de la Serrrota o del Zapatero, como vapor de una olla, sombreando los picachos y suspendiendo sobre la falda largos vellones horizontales.

Aquella tarde las mujeres aderezaban ropas de iglesia. Sentadas en redondeles de esparto, extendían sobre el suelo las viejas vestiduras, cambiando el hilo desdorado, rehaciendo la raída guirnalda, el símbolo eucarístico, la orla de santos; y a veces, también, alguna alcoránica leyenda deslizada en la estofa por el obrero morisco. Era un trabajo piadoso. Aquellos ternos y frontales pertenecían a los conventos. Los monjes aseguraban que cada puntada equivalía para Dios a una cuenta del rosario.

Había góticos terciopelos que se plegaban angulosamente, Terciopelos acartonados y finos del tiempo de Isabel y Fernando, donde una línea segura iba inscribiendo el tenue contorno de una granada sobre el fondo verde o carmesí; donosas telas de plata que parecían aprisionar entre la urdimbre un viejo rayo de luna; brocados y brocateles amortecidos por el polvillo del tiempo, a modo de vidrieras religiosas.

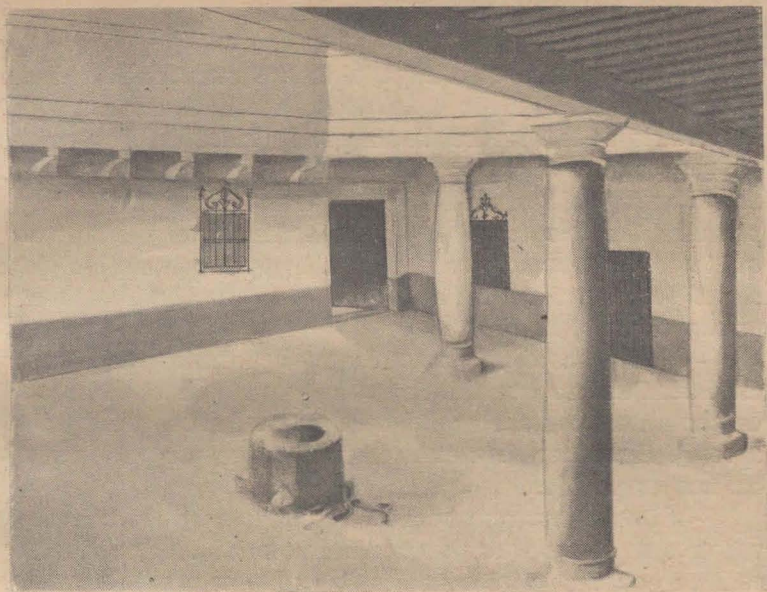
El resplandor del poniente prestaba rara vislumbre a todos aquellos ornamentos, iluminando de soslayo las sedas multicolores, cuyos tintes vinosos habían madurado como zumos añejos en los cajones de las sacristías.

ENRIQUE LARRETA.

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS







Casa de Cervantes. ]

## Una Aventura de Don Quijote

Y habiendo andado como dos millas, descubrió don Quijote un gran tropel de gente, que como después se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia. Eran seis y venían con sus quitasoles, con otros cuatro criados a caballo y tres mozos de mula a pie. Apenas los divisó don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura, y por imitar, en todo cuanto a él le parecía posible, los pasos que había leído en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer, y así con gentil continente y denuedo se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y, puesto en la mitad del camino, estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen (que ya él por tales los tenía y juzgaba); y cuando llegaron a trecho que se pudieron ver y oír, levantó don Quijote la voz y con ademán arrogante dijo:



—Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo, doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.

Paráronse los mercaderes al son de estas razones, y a ver la extraña figura del que las decía, y por la figura y por ellas luego echaron de ver la locura de su dueño; mas quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesión que se les pedía; y uno de ellos, que era un poco burlón y muy mucho discreto, le dijo:

—Señor caballero, nosotros no conocemos quien sea esa buena señora que decís; mostrádnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significáis, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida.

—Si os la mostrare, replicó don Quijote, ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender; donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia; que ahora vengáis uno a uno como pide la Orden de caballería, ora todos juntos como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero confiado en la razón que de mi parte tengo.

—Señor caballero, replicó el mercader, suplico a vuestra merced, en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos, que porque no carguemos nuestras conciencias confesando una cosa por nosotros jamás vista ni oída (y más siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas de Alcarria y Extremadura), que vuestra merced sea servido de mostrarnos algún retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado. Y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo y que del otro le mana bermellón y piedra azufre, con todo eso, por complacer a vuestra merced, diremos en su favor todo lo que quisiere.

—No le mana, canalla infame, respondió don Quijote encendido en cólera, no le mana, digo, eso que decís, sino ámbar y algalia entre algodones, y no es tuerta ni corcovada, sino más derecha que un huso de Guadarrama; pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habéis dicho contra tanta beldad como es la de mi señora.

Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baja contra el que lo había dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar jamás pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada con el peso de las antiguas armas. Y entretanto que pugnaba por levantarse, y no podía, estaba diciendo: Non fuyáis, gente cobarde, gente cautiva: atended que no por culpa mía, sino de mi caballo estoy aquí tendido.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.



Patio de casa en el Toboso.





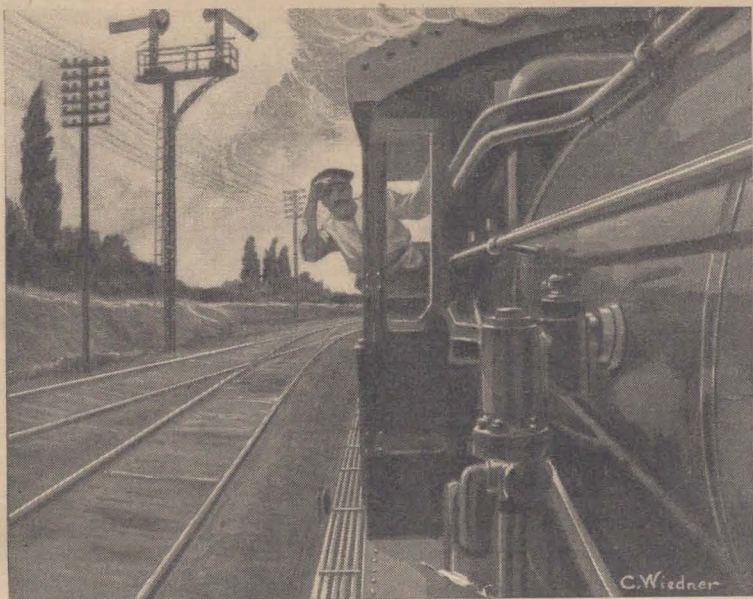
### La Carreta

POR caminos y atajos, la carreta camina,  
la carreta recruje, la carreta rechina;  
al andar de los bueyes, tan enormes y lentos  
sin cesar fatigados, sin cesar soñolientos;  
al gemir de sus tablas, por los malos caminos  
al girar de sus ruedas, en sus ejes cansinos.



Por atajos muy duros, la carreta rechina,  
con su música tosca, de canción campesina;  
con su música triste, que se queja, y que deja  
por el aire una larga vibración de su queja.  
Todo va, en la carreta, de su marcha cansado:  
tan rendido el boyero como el lento ganado;  
lacia y mustia la hierba que, en montañas, se hacina  
sobre el fondo de tablas, que se rinde y rechina;  
mustio y lacio el mozuelo que se tiende y enerva  
recostado en las cimas de los montes de hierba.  
Todo va sofocado por la ardiente mañana.  
Todo va con pereza, con fatiga... sin gana...;  
sin que nadie se queje de un andar tan rehacio;  
sin que nadie se duela de vivir tan despacio.  
¿Hacia dónde el boyero, con la vara que rige  
los destinos de todos, la carreta dirige?  
¿Es quizás que sus bueyes se adormilan y tardan  
porque en parte ninguna la conocen ni aguardan?  
¡Ah, carreta de bueyes, bajo el sol!... Se dijera  
que caminas tan poco porque nadie te espera.  
... Así va, por el mundo, tan cansada, la vida,  
cuando el ánimo pobre se rindió dolorida...  
Así en horas muy tristes, con el agrio sonido,  
con las notas dolientes de un profundo quejido,  
hoy se arrastra mi verso de indolente poeta...  
con la música triste de la pobre carreta.  
Mas, ¿qué importa? Mi verso con razón se retarda.  
¡Ninguna alma, que rime con la suya, le aguarda!  
.....  
.....  
Por las cuestas del monte la carreta camina,  
con su música tosca de canción campesina...  
... Y allá va por el aire mi canción plañidera,  
hacia un valle ignorado, donde nadie la espera...

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.



## El Maquinista

EN pié sobre el suelo acerado de la locomotora, repar-  
tiendo con mano segura y experta vida y calor y mo-  
vimiento a aquel organismo de hierro y de cobre; apoyado  
en la manivela; atento a las oscilaciones del manómetro y a  
las exigencias del regulador; combinándolo todo, midiéndolo  
todo, previniéndolo todo, está el maquinista del tren en  
marcha, con los ojos puestos en el camino y la conciencia en  
el cumplimiento de su deber.

Aquel hombre, vestido con una blusa recogida en des-  
iguales pliegues sobre unos pantalones del mismo color: ro-  
busto de cuerpo, con el rostro ennegrecido por el humo, las  
manos sucias por el carbón y la piel curtida por la lluvia y  
el aire; aquel personaje, en cuya existencia reparan apenas  
los viajeros, es el dueño del tren que resbala apresurada-



mente sobre los rieles; a su voluntad y a su pericia están encomendados los intereses varios que se agitan y se amontonan en el interior de los vagones, la vida de los hombres, la conservación de los equipajes, la seguridad de las mercancías; un movimiento torpe, una maniobra mal hecha, el menor descuido, la más pequeña falta, pueden convertir la mole obediente y bien equilibrada, el medio de comunicación y de progreso, el implacable vencedor de las distancias y de las fronteras, en masa ciega y destructora, en instrumento de muerte y de tortura, en vehículo de desastre y en pregonero de desgracias.

Porque tal sabe, porque no se le esconde la responsabilidad que de su oficio emana, camina el maquinista por la vía adelante, inaccesible al sueño, a la distracción y al cansancio; azotado por la lluvia cuando las nubes se desatan en agua; sacudido por el huracán cuando el trueno ruge en los aires y el rayo construye ángulos de fuego en el horizonte; tostándose de un lado y helándose de otro durante el invierno, para achicharrarse por todas partes a la vez en el verano; recibiendo el beso frío de la escarcha, el hábito helado de la nieve, la caricia asfixiadora del sol y el brusco manotazo del vendaval; firme en su sitio, penetrando con pupila escudriñadora las tinieblas en las noches oscuras, vigilando las curvas que describe la línea, fijándose en el menor detalle, porque en hacerlo estriba su deber, porque es a un tiempo mismo capitán y piloto de aquel buque que navega en tierra firme sobre dos carriles de acero.

Esfuerzo gigantesco el de ese hombre, en quien nadie o casi nadie repara, y a quien yo he visto ganar leguas y leguas, envuelto por torbellinos de humo, por nieblas de vapor, respirando una atmósfera de hulla, siniestramente iluminado por el resplandor rojizo que brota de la hornilla entreabierta, y, avaro de recorrer el trayecto, a cuyo término le aguarda una vivienda humilde.

J. DICENTA.



## Bajo la Nieve

EN seguida, en cuanto salieron del soportal, los dos hombres entraron en la nieve. El viento soplabá del Este, de modo que las ráfagas azotaban la máquina de frente, y detrás de la placa de resguardo no sufrieron mucho al principio, cubiertos con trajes de gruesa lana y protegidos los ojos con gafas; pero en medio de la obscuridad, la luz intensa del farol estaba como empeñada por aquellas espesas capas blanquizas que caían. En lugar de alumbrar a dos o trescientos metros, aparecía la vía bajo una especie de niebla lechosa, en donde sólo se veían las cosas muy aproximadas, como desde el fondo de un sueño. Y según temía él, lo que llevó hasta el colmo la inquietud del maquinista, fué el notar ya, desde el farol del primer puesto, que no vería ciertamente, a la distancia de reglamento, las señales rojas, cerrando las vías. Desde aquel momento adelantó con suma prudencia, sin poder, sin embargo, disminuir la velocidad, pues el viento le oponía una resistencia enorme, y todo atraso habría sido un peligro igualmente serio.

Hasta la estación Harfleur, la Lisón siguió con bastante rapidez. La capa de nieve que había caído no preocupaba aun a Santiago, pues a lo sumo había sesenta centímetros y el escampavía quitaba fácilmente un metro. Sólo le preocupaba conservar su velocidad, pues sabía muy bien que el verdadero mérito de un maquinista, después de la sobriedad y el amor a su máquina, consiste en andar con marcha normal, sin sacudidas, a la más alta presión posible. Es más, éste era su único defecto, obstinado en no pararse, desobedeciendo a las señales, creyendo siempre que tendría tiempo suficiente para dominar a la Lisón; y así es, que a veces iba demasiado lejos, aplastaba los petardos, "los callos", como los llaman, lo cual dos veces ya le había valido estar ocho días sin sueldo.

Pero en el momento de mayor peligro, al recordar que

Severina estaba allí, que corría a cargo suyo aquella querida existencia, doblaba la fuerza de su voluntad, y su vista se extendía hasta París, a lo largo de aquella doble línea de hierro, en medio de los obstáculos que debía franquear.

De pie sobre la placa de hierro colado que unía la máquina con el tender, en medio de los continuos vaivenes de la trepidación, Santiago, a pesar de la nieve, se inclinaba hacia la derecha para ver mejor. Por el cristal de resguardo, lleno de agua, nada distinguía, y permanecía con la cara envuelta en las ráfagas, azotada la piel por millares de agujas, mordida por un frío tal, que sentía como cortaduras de navaja de afeitar. De tiempo en tiempo se retiraba para tomar aliento; se quitaba las gafas y las limpiaba; después volvía a su puesto de observación, en pleno huracán, con la mirada fija, esperando los faroles rojos, tan absorto en su preocupación, que dos veces tuvo el alucinamiento de ver repentinas chispas ensangrentadas, manchando la cortina pálida que temblaba delante de él.

Pero bruscamente, en las tinieblas, notó que el fogonero no estaba en su puesto. Sólo una linternilla alumbraba el nivel de agua; para que ninguna otra luz cegase al maquinista; y sobre la esfera del manómetro, cuyo esmalte parecía conservar luz propia, vió que la aguja azul, temblando, bajaba rápidamente. Era que se apagaba la lumbre. El fogonero acababa de caer sobre el cofre, vencido por el sueño.

Santiago, furioso, lo sacudió.

Pacqueux se levantó y se excusó con un gruñido ininteligible. Apenas podía tenerse en pie; pero la fuerza de la costumbre le puso en seguida delante del hogar, con el martillo en la mano, rompiendo el carbón, extendiéndolo sobre el enrejado con la pala, en una capa muy igual; después dió un escobazo. Y mientras quedó abierta la puerta del hogar, un reflejo de horno inmenso iluminó el resto del tren, semejante a la cola flamante de un cometa, que incendiaba la nieve, azotándola con anchas gotas de oro.





## El Automóvil

.....

Ayer me condujo el maestro de París a Ruán, y esta mañana me dejó solo por primera vez fuera de las puertas de la capital de Normandía, en plena llanura, sobre el camino desierto, lejos de estaciones y caminos de socorro.

La primera sensación es cierta inquietud no exenta de atractivos. Soy dueño de la fuerza misteriosa y conozco los secretos del monstruo. Su alma es la chispa eléctrica que hace dar a sus arterias de siete a ochocientas vueltas por minuto; su terrible corazón es el carburador; y el alma obedece al cuerpo y el cuerpo al alma en ingeniosa armonía.

El monstruo, bajo mi mano conmovida, es dócil y lleno de buena voluntad. A los dos lados de la carretera, los campos de trigo corren plácidamente como verdes arroyuelos. Ya es tiempo de poner a prueba el poder de los gestos esotéricos. Toco las llaves encantadas, y el caballo hechizado se para bruscamente; toda su vida se extingue en breve gemido y se convierte en enorme e inerte aparato de metal.

Ahora se trata de resucitarle. Me desmonto y me agito en torno del cadáver. La ciencia está segura de su triunfo; el hipogrifo revive, bufa un instante y se lanza de nuevo cantando victoria. Abro un poquito lentamente la famosa manivela de anticipo de la ascensión y regulo como puedo la administración de la esencia; la marcha se acelera y el roce, cada vez más agudo, de las ruedas revela creciente embriaguez.

Al principio la carretera viene a mi encuentro con movimiento cadencioso; luego, poco a poco, se anima, se precipita sobre mí; corre bajo el coche como torrente embravecido que me ahogara con su espuma; me inunda con sus oleadas, me ciega con su aliento.

¡Oh, qué caricia tan deliciosa! Se diría que alas, millares de alas que no se ven, alas transparentes de gigantescos pájaros sobrenaturales, habitantes de las excelsitudes batidas por los vientos eternos, envuelven en su vasta frescura mis sienes y mis ojos.

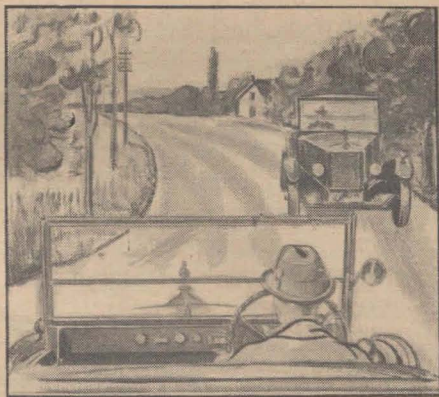
Ahora la calzada desciende a pico en el abismo; los árboles que durante tantos años la flanquearon plácidamente, parecen juntarse, agrupar sus verdes cabezas y conjurarse ante el fenómeno que surge para cerrarle el paso; pero co-



mo ven que no se detiene, se retiran, se alejan, se contorsionan, vuelven a encorvarse sobre mí y con voz sumisa y arcana, sus miles de hojas murmuran a mi oído los cánticos volubles del espacio, que admira y exalta a su viejo enemigo finalmente vencedor, la velocidad.

En los trenes, el espacio devorado pasa ante nuestros ojos; pero pasa lejos de nosotros; no lo tocamos, no lo podemos gozar; pero aquí, en este carrito de fuego, dócil, ligero, milagrosamente infatigable, entre las alas replegadas de este pájaro de llama, que vuela desflorando la tierra para admirar sus flores, que acaricia los campos de cereales, que aspira los arroyos, que conoce la sombra de los árboles y entra en las aldeas, aquí el espacio se hace proporcionado a nuestros deseos, a los deseos de nuestra alma, insaciable y meticulosa.

MAURICIO MAETERLINCK.





## La Montaña

COMPARADA con el tamaño del Globo, la montaña, por alta que parezca, es una simple arruga, menos gruesa, en proporción, que una verruga en el cuerpo de un elefante: es un punto, un grano de arena. Y, sin embargo, ese relieve, tan mínimo en relación con el gran planeta, baña sus laderas y su crestería en regiones aéreas muy distintas de las que en la llanura sirven de residencia a los pueblos. El peatón que en el transcurso de algunas horas sube desde la base del monte hasta las peñas de la cima, hace en realidad un viaje más grande, más fecundo en contrastes que si empleara años en dar la vuelta al mundo, a través de los mares y de las regiones bajas de los continentes.

Gravita el aire en pesada masa sobre el océano y las comarcas que tienen poca altura sobre el nivel del mar, y en las cumbres se enrarece y adquiere cada vez mayor ligereza. Centenares y millares de montes elevan en la tierra



sus cumbres a una atmósfera cuyas moléculas están dos veces más separadas que las del aire en llanuras inferiores. Cambian allí arriba los fenómenos de la luz, del calor, del clima y de la vegetación; el aire más enrarecido deja pasar más fácilmente los rayos calóricos, ya desciendan del sol, ya suban desde la tierra.

Cuando brilla el astro en un cielo claro, elévase rápidamente la temperatura en las pendientes superiores; pero en cuanto desaparece, se enfrían éstas en seguida; la montaña pierde velozmente con la radiación el calor que había recibido. Por eso reina el frío casi siempre en las alturas; en nuestras montañas hace por término medio un grado más de frío por cada espacio vertical de doscientos metros.

Los que habitamos en ciudades estamos condenados a vivir en una atmósfera viciada, recibimos en los pulmones aire ponzoñoso, respirado ya por otros muchos pechos; lo que más nos asombra y más regocija, cuando recorremos las altas cimas, es la maravillosa pureza del aire. Respiramos alegremente, bebemos el hálito que pasa, nos embriagamos con él. Nos parece la ambrosía de la cual hablan las mitologías antiguas. Extiende a nuestros pies, en la llanura, allá lejos, muy lejos, un espacio brumoso y sucio donde nada puede distinguir la mirada: aquella es la gran ciudad. Y pensamos con repugnancia en los años que hemos tenido que vivir bajo aquella nube de humo, de polvo y de alientos impuros.

.....

ELISEO RECLÚS.

## El Pastor de Estrellas

EN el risco más solo y escarpado  
de la sierra distante,  
vive un pastor de cabras ignorado  
de todos e ignorante.

Resplandece en los ojos del cabrero  
la gloria de la cumbre,  
y del naciente sol es el primero  
que recibe la lumbre.

Con un áspera piel de su rebaño  
cubre sus desnudeces,  
y se alimenta, cual un ermitaño,  
de raíces y nueces.

Libre, como las águilas salvajes,  
odia la tierra baja,  
y duerme bajo plácidos follajes  
sobre un lecho de paja.

Como nunca a los riscos de la sierra  
se aventura un viandante,  
imagina el pastor que de la tierra  
es el solo habitante.

No sabe del idioma de los hombres  
sino medias palabras,  
y llama a las estrellas con los nombres  
que ha puesto a sus cabras.

Y así, a la luz vaga del lucero  
en las cumbres aquellas,  
más, que un pastor de cabras, el cabrero  
es un pastor de estrellas...

FEDERICO MISTRAL.



## La Ventana Mágica

LA ciudad toda vive como en letargo en la hondura del valle. Nada turba su paz secular. Desde hace algunos años, solamente, allá en una loma que bordea un paseo de plátanos polvorientos, se levanta la estación del ferrocarril y por dos o tres veces al día desgarran los aires el silbido de la locomotora. Las viejas calles desiguales son silenciosas como los claustros de un convento. De vez en cuando tambalea por ellas un carro y a su paso se despiertan los perros dormidos en la acera. Los ancianos salen por las mañanas a tomar el sol. Por la tarde, las viejas van a rezar su rosario en la iglesia parroquial.

De noche, cuando todas las puertas están cerradas, diríase que la ciudad es un cementerio. Y si una luz se enciende al azar en un zagúan o en un recodo, desaparece súbito como un fuego fatuo. Y aunque el viento aülle, aunque el agua azote los muros y la calzada, la ciudad sigue impasible durmiendo en el valle como un crustáceo en la hendedura de una roca.

Sola en una calle, no bien trazada aún, que se sale de la vieja ciudad, hay una casa silenciosa también, lóbrega y triste. Ante su portalón se eleva un ciprés que se muere de sed y de nostalgia. Como la ciudad, esta casa parece dormir. Durante el día, nadie vió ser viviente en ella. Pero tan pronto como la noche cubre el profundo valle, he aquí que en su única ventana se enciende una luz, como una atenta pupila que se absorbe ante el misterio. Cada hora que pase hace gemir el bronce de los campanarios, pero las gentes no oyen sus lamentos. Sólo la lucecita de esta ventana tiembla al escucharlos, como si cada hora fuese la última de su existencia.

.....

ALFONSO MASERAS.

## Triste

VUELEN como en un lamento  
en fugitivas bandadas  
las notas del instrumento,  
tristes cual ecos del viento  
al cruzar por las cañadas.

¡Ay! *triste* del alma mía,  
nadie comprende tu queja,  
nadie escucha tu armonía  
cuando despides al día  
que tras de la luz se aleja...

Ya no anida el terutero  
en la loma solitaria,  
y parece que el hornero  
sobre el carcomido alero  
entonara una plegaria.

Tal vez la vieja cumblera  
no ofrece apoyo a su nido;  
la sabandija rastrera  
es dueña hoy de la tapera  
que un viento extraño ha derruido.

Ya el payador su desvelo  
no canta en noches serenas,  
ni rayan el duro suelo  
marcando el compás de un *cielo*  
las agudas nazarenas.

Hogar, despojos, del viento,  
ruinas de antigua memoria,  
hoy tienes, falto de aliento,  
en cada grieta un lamento  
y en cada mata una historia...

Una luz deslumbradora  
rodea el vasto circuito  
con resplandores de aurora,  
y un viejo fantasma implora  
huyendo hacia el infinito.

¡Ay! *triste* del alma mía,  
vuela en alas de un lamento,  
cuando en la noche sombría  
arranca ayes de agonía  
en las cañadas el viento...

DOMINGO V. LOMBARDI.



## La Pampa

LA antigua pampa era un desierto verde. Sobre su vasta lontananza, la vista se perdía y fatigaba hasta hacer pesar sobre los párpados como un sueño, la sensación de la inmensidad. Todo llano, sin montes, sin bosques, sólo entrecortaban la monotonía del paisaje algún ombú aislado y tal cual arroyuelo o laguna que reflejaba en sus aguas la viva púrpura de los flamencos.

En la mudez de aquellas vastas soledades, levántase la lechuza de la cueva, con su vuelo a ras de tierra, chirriando alarmada, para posarse más lejos sobre un cardo; de donde haciendo girar horizontalmente su cabeza como alrededor de un eje, domina el panorama con sus vibrantes pupilas de mujer. A la distancia, responden a su alerta confusos gritos selváticos: el pulmón de metal del elegante terutero; el grito del chajá, que asienta su pesado cuerpo de-obscuro plumaje sobre dos cortas patas calzadas de terciopelo rosa; los mil graznidos de las aves acuáticas, que levantan sus alas sobre el horizonte. Luego descienden a posarse en el matorral de juncos de las hondonadas, cuyo fondo azulado salpican delicadísimas flores de estambres de plata y pétalos de un suave matiz lila, flores de "duraznillo" que parecen, caídas sobre la tierra, prematuras estrellitas del crepúsculo...

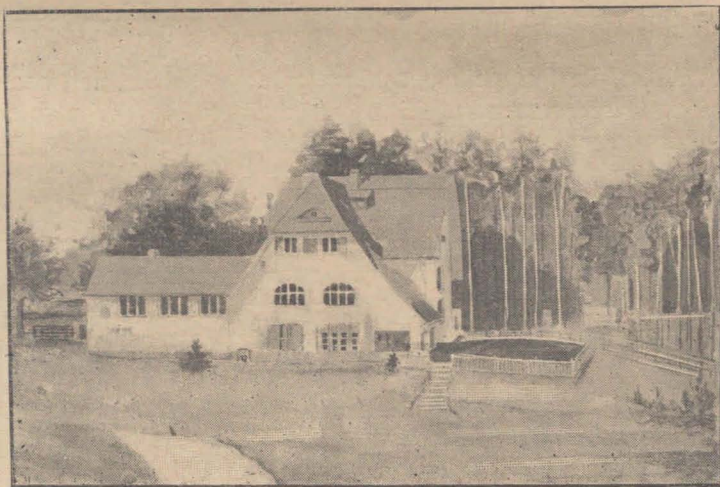
Pasado el alboroto que provocara el chirriar de la lechuza, extinguidos sus últimos ecos, el desierto vuelve a su mortal silencio. De cuando en cuando, en la boca de una cueva que se abre bajo un montículo de movida tierra, asoma la vida en forma de vizcacha, que está allí parada ante la puerta de su palacio subterráneo, luciendo su pardo pelaje de seda. Y muy de tarde en tarde, en las inmediaciones de algún corpulentísimo ombú silvestre, álzanse miserales ranchos, a cuyas puertas se entrevé el perfil de una gaucha quieta como la vizcacha. Alguna vez, perdiéndose a

lo lejos, se vislumbra un copioso rebaño de potros salvajes que huyen más veloces que el relámpago, encendida la mirada de terror al hombre, humeantes las narices, y al viento las crines.

En ciertos sitios cercanos a los pueblos, clarean como manchas calizas grandes montones de osamentas vacunas. Son restos de vacadas bravías, que carneara alguna tropa de gauchos para explotar el cuero y la grasa. La carne queda abandonada a las aves de rapiña. Innumerables caranchos y chimangos, graves y señorilmente posados sobre aquellos restos, diríanse extraños mitos de una religión de exterminio, símbolos del salvajismo de la indiada lejana o de la barbarie de los gauchos...

¡Cuán distinta de aquella salvaje pampa antigua, la moderna pampa, toda poblada de innumerables establecimientos agrícolas y ganaderos; entrecruzada de ferrocarriles y canales, cuadriculada, delineada, minuciosamente dividida por cercos y alambrados!

CARLOS OCTAVIO BUNGE.





## En el Campo

**L**A novillada marchaba bien. Las tropillas que iban delante llamaban siempre con sus cencerros claros. Los baidos de la madrugada habían cesado. El traqueteo de las pezuñas, en cambio, parecía más numeroso y el polvo alzado por millares de patas iba tornándose más denso y blanco.

Animales y gente se movían como captados por una idea fija: caminar, caminar.

A veces un novillo se atardaba mordisqueando el pasto del callejón, y había que hacerle una atropellada.

Influído por el colectivo balanceo de aquella marcha, me dejé andar al ritmo general y quedé en una semiinconciencia que era sopor, a pesar de mis ojos abiertos. Así me parecía posible andar indefinidamente, sin pensamiento, sin esfuerzo, arrullado por el vaivén mecedor del tranco, sintiendo en mis espaldas y mis hombros el apretón del sol como un consejo de perseverancia.

A las diez, el pellejo de la espalda me daba una sensación de efervescencia. El petizo tenía sudado el cogote. La tierra sonaba más fuerte bajo las pezuñas siempre livianas.

A las once tenía hinchadas las manos y las venas. Los pies me parecían dormidos. Dolíanme el hombro y la cadera golpeados. Los novillos marchaban más pesadamente. El pulso me latía en las sienes de manera embrutecedora. A mi lado la sombra del petizo disminuía desesperadamente espacio.

A las doce, íbamos caminando sobre nuestras sombras, sintiendo así mayor desamparo. No había aire y el polvo nos envolvía como queriéndonos esconder en una nube ama-

rillenta. Los novillos empezaban a babosear largas hilachas mucosas. Los caballos estaban cubiertos de sudor y las gotas que caían de sus frentes salábanle los ojos. Tenía yo ganas de dormirme en un renunciamiento total.

Al fin llegamos a la estancia de un tal don Feliciano Ochoa. La sombra de la arboleda nos refrescó deliciosamente. A pedido de Valerio, nos dieron permiso para echar la tropa en un potrerito pastoso, provisto de aguada, y nos bajamos del caballo con las ropas moldeadas a las piernas, caminando como patos recién desmanados. Rumbo a la cocina, las espuelas entorpecieron nuestros pasos arrastrados. Saludamos a la peonada, nos sacamos los chambergos para aliviar las frentes sudorosas y aceptamos unos mates, mientras en el fogón colocábamos nuestro churrasco de reseros y activábamos el fuego.

No tomé parte en la conversación que pronto se amynó entre los forasteros y los de las casas. Tenía reseco el cuerpo como carne de charque, y no pensaba sino en “tumbar” y echarme aunque fuera en los ladrillos.

—¿Seguirán marchando cuando acaben de comer?

—No, señor; — contestó Valerio. — El tiempo está muy pesao pa los animales... Pensamos, más bien, con su licencia, echar una siestita y caminar un poco de noche, si Dios quiere.

¡Qué placer indescriptible me dió aquella respuesta! Instantáneamente sentí mis miembros alargarse en un descanso aliviador y toda mi buena disposición volvió a mí como por magia.

RICARDO GÜIRALDES.



## Plegaria por el Nido

DULCE Señor, por un hermano pido,  
indefenso y hermoso: ¡por el nido!

Florece en su plumilla el trino;  
ensaya en su almohadita el vuelo.  
¡Y el canto dices que es divino  
y el ala cosa de los cielos!

Dulce tu brisa sea al mecerlo,  
dulce tu luna al platearlo,  
fuerte tu rama al sostenerlo,  
bello el rocío al enjoyarlo.

De su cunita delicada  
tejida con hilacha rubia,  
desvía el vidrio de la helada  
y las guedejas de la lluvia;  
desvía el viento de ala brusca  
que lo dispersa a su caricia  
y la mirada que lo busca,  
toda encendida de codicia...

.....  
Guarda su forma con cariño  
y pálpala con emoción.  
Tirita al viento como un niño;  
¡es parecido a un corazón!

GABRIELA MISTRAL.

## El Ombú

EL ombú es el único objeto que se eleva sobre la dilatada pampa, destruyendo la monotonía de ese océano de verdura. Sus abultadas raíces que se levantan en una enorme masa cónica, base de un tronco, imitan las rocas, simulando en los huecos de su seno sombrías cavernas que pueden servir de cómoda habitación en el desierto. Casi siempre su presencia indica desde muy lejos la morada humana al caminante extraviado, que apresura hacia él sus pasos para gozar el seguro reposo del rancho hospitalario de nuestros campos.

En las dilatadas llanuras sin caminos, el ombú es el norte del viajero, y levantándose sobre la planicie de las costas del Plata, en forma de colinas invariables como las montañas, es el guía seguro del navegante para tomar el puerto, evitando los bajíos peligrosos.

Uno de los caracteres distintivos del ombú es su longevidad, condición requerida en un ser que con dificultad se reproduce. No se conoce el término de su vida, nadie ha visto hasta ahora un ombú seco de vejez, no hay tradición que recuerde la edad juvenil de algunos. Por las enormes dimensiones de muchos de ellos con treinta varas de circunferencia en su monstruosa raíz, y diez en su tronco, puede juzgarse que tienen miles de años de existencia...

Además de su extraordinaria longevidad, tiene el ombú tal fortaleza, que no hay huracán que lo derribe, y es su vitalidad tan prodigiosa que ni la sequedad ni el fuego tienen poder para destruirlo. Si por acaso algún violento torbellino llega a destrozar su copa, muy pronto se rehace con asombroso vigor y lozanía...

El ha resistido las sequías destructoras que, de tiempo en tiempo, han asolado las campiñas...

El ombú prospera en los lugares más áridos y en toda



clase de terrenos, con tal que no tenga una humedad excesiva. Sólo se multiplica por la semilla, y es preciso, mientras es pequeño, ponerlo a cubierto de las heladas. Trasplantándolo joven, no requiere ya ningún otro cuidado, ni el de riego, y a los cuatro o cinco años llega a ser un árbol frondoso.

No hay árbol como el ombú para formar umbrosas alamedas y avenidas arboladas. La naturaleza de nuestro clima, madrastra de los árboles exóticos, parece que niega el sustento a éstos, pues exigen solicitud y constante atención del hombre. El ombú, su hijo predilecto, prospera admirablemente sin necesidad de sus cuidados. Y, ¿cuál es el árbol de otros climas que aventaja a nuestro ombú en frondosidad, majestad, hermosura? Bien puede herir su copa un sol abrasador, bien puede faltarle el refrigerio de los rocíos y el alimento de las lluvias, no por eso dará paso a un solo rayo del astro ni soltará una sola de sus hojas; mientras que los demás árboles, languidecen y pierden parte de su follaje en la estación de los calores.

MARCOS SASTRE.

## La Enredadera

POR el molino del huerto.  
Asciende una enredadera.  
El esqueleto de hierro  
Va a tener un chal de seda.  
Ahora verde, azul más tarde  
Cuando llegue el mes de Enero  
Y se abran las campanillas  
Como puñados de cielo.  
Alma mía: ¡quién pudiera  
Vestirte de enredaderas!

JUANA DE IBARBOUROU.

## ¡Adios, Cordera!

(Fragmento)

LA *Cordera*, muchos más formal que sus compañeros, verdad es que, relativamente, de edad también mucho más madura, se abstenía de toda comunicación con el mundo civilizado, y miraba de lejos el palo del telégrafo, como lo que era para ella efectivamente, cosa muerta, inútil, que no le servía siquiera para rascarse. Era una vaca que había vivido mucho. Sentada horas y horas, pues, experta en pastos, sabía aprovechar el tiempo, meditaba más que comía, gozaba del placer de vivir en paz, bajo el cielo gris y tranquilo de su tierra, como quien alimenta el alma que también tienen los brutos; y si no fuera profanación, podría decirse que los pensamientos de la vaca matrona, llena de experiencia, debían de parecerse todo lo posible a las más sosegadas y doctrinales odas de Horacio.

Asistía a los juegos de los pastorcitos encargados de *llindarla*, como una abuela. Si pudiera, se sonreiría al pensar que Rosa y Pinín, tenían por misión, en el prado, cuidar de que ella, de que la *Cordera*, no se extralimitase, no se metiese por la vía del ferrocarril, ni saltara a la heredad vecina. ¡Qué había de saltar! ¡Qué se había de meter!

Pastar de cuando en cuando, no mucho, cada día menos, pero con atención, sin perder el tiempo en levantar la cabeza por curiosidad necia, escogiendo sin vacilar los mejores bocados, y, después, sentarse sobre el cuarto trasero con delicia, o rumiar la vida, o gozar el deleite del no padecer, del dejarse existir; esto era lo que ella tenía que hacer; y todo lo demás aventuras peligrosas.

Aquella paz sólo se había turbado en los días de prueba de la inauguración del ferrocarril. La primera vez que la *Cordera* vió pasar el tren, se volvió loca. Saltó la sebe



de los más alto del Samonte, corrió por prados ajenos, y el terror duró muchos días; renovándose más o menos violento, cada vez que la máquina asomaba por la trinchera vecina. Poco a poco se fué acostumbrando al estrépito inofensivo. Cuando llegó a convencerse de que era un peligro que pasaba, una catástrofe que amenazaba sin dar, redujo sus precauciones a ponerse de pie, y a mirar de frente, con la cabeza erguida, al formidable monstruo; más adelante no hacía más que mirarle, sin levantarse, con antipatía y desconfianza; acabó por no mirar al tren siquiera.

LEOPOLDO ALAS.

## Los Bueyes

Los bueyes... Hay que verlos al declinar el día,  
L hendir con lento paso los húmedos terrales,  
magníficos, solemnes, casi sacerdotales;  
ajenos a la pena y a la humana alegría.

Llenos de su soberbia, sin inútil alarde,  
soportan el aullido gutural del aldeano,  
le miran y perdonan al comprenderle hermano,  
y ebrios de sol recogen en sus ojos la tarde.

Prosiguen la tarea que interrumpe la sombra,  
y cuando desuncidos el buen gañán los nombra,  
se echan indiferentes a la voz del boyero.

Sobre sus ojos, rojos de sol y de fatiga,  
deja caer la noche como piadosa amiga,  
la misericordiosa claridad de un lucero.

JOSÉ GÁLVEZ.

## El Nido de Gorriones

No, padre. Usted necesita descansar. Se lo ha dicho el médico y se lo repetimos nosotros.

—Pues vosotros diréis cómo se arregla.

—Mire usted, como medio, hay uno.

—¿Cuál?

—Cédanos usted las tierras, repártalas entre nosotros a su gusto; de ese modo nos evitaremos pleitear por las particiones cuando se muera usted; nosotros cuidaremos, cada uno de su parte, como usted mismo, y usted descansa, viviendo al lado de sus hijos, del que usted desee, porque todos le queremos bien, y nos desviviremos por complacerle.

—Vamos — dijo el tío Roque con voz nerviosa — queréis heredarme en vida.

—¿Nosotros?

—Si no me enfado; es natural que penséis en ello; pero oidme:

“Cuando vosotros erais muy pequeños hallé en el alero de ese tejado un nido de gorriones; me los llevé a casa; los puse en una jaula y la dejé encima de la ventana. Los padres que habían venido detrás de los gorriones, empezaron a dar vueltas en rededor de aquella cárcel y a piar dolorosamente. Por fin uno de ellos se echó a volar, volvió a poco rato con un grano de trigo en el pico, entró en la jaula, dió de comer a una de las crías y mientras él practicaba la operación, se fué el otro gorrión y volvió también... cargado de trigo... en fin, que los dos padres mantuvieron a los pajarillos, ni más ni menos que cuando estaban en el alero del tejado.

“Crecieron las crías, y echaron alas; ya revoloteaban dentro de la jaula; los padres seguían alimentándolos; cuando estuvieron los pequeños en disposición de volar por su



cuenta, puse yo unos espartos con liga delante de la jaula; hice prisioneros a los padres y di libertad a los hijos. A los padres los encerré. ¿Y sabéis vosotros lo que pasó? — dijo el tío Roque con acento burlón y duro — Que los padres se murieron de hambre; porque ninguno de los hijos se ocupó de darles de comer.

—¿Y qué queréis decir con eso? — exclamó el mayor de los hijos.

—¡Qué! Que no despedazaré mi tierra querida por vosotros; que os vayáis a vuestra casa y que me dejéis en la mía. Que no me quiero encerrar en la jaula.

Y el tío Roque, riendo a carcajadas, se metió en su cuarto.

JOAQUÍN DICENTA.

## El Vizcachón Previsor

A los viejos, les gusta amontonar. Será que no pudiendo ya producir, tienen miedo de quedarse de repente desamparados, y al fin, hacen muy bien.

Un vizcachón viejo, viudo, sin hijos, sin familia conocida, amontonaba en su cueva todo lo que podía encontrar. Unos jóvenes sin experiencia creían que lo hacía por avaricia y se burlaban de él, haciéndole ver que cuando se muriese, lo que no podría tardar, por su edad avanzada, todo iba a caer en manos de indiferentes, de parientes lejanos, o de quién sabe quién, y que haría mucho mejor en gastarlo todo inmediatamente.

—¿De qué le sirve — decían — cuidarse del día de mañana, cuando probablemente no lo alcanzará usted a ver?

—Es que más me gusta, muchachos — contestó el viejo — correr el riesgo de enriquecer por mi muerte a mi peor enemigo, que el de quedar, en vida, a cargo de mi mejor amigo.

GODOFREDO DAIREAUX.



## El Sapo y el Cangrejo

A sí el sapo al cangrejo interpeló:  
—¿Por qué andas para atrás y arvesado?  
¡Cuánto tiempo pudiste haber ganado  
si anduvieras derecho como yo!

—Por sexta vez renuevas el asunto —  
dijo el cangrejo. —Buenos es que comprendas  
que, aparte del modo de seguir las sendas,  
ambos llegamos siempre al mismo punto.

Entre otras muchas, hay una razón:  
Desde que mi familia, que es muy fuerte,  
ha caminado siempre de esta suerte,  
yo debo conservar la tradición.

Y replicóle el sapo: —Es temerario  
imaginar que todo se concilia  
llamando tradiciones de familia  
a lo que sólo es vicio hereditario.

TRILUSSA.



## Mi Barrilete Rabón

**T**ENER un barrilete! Aquello compendiaba todas las aspiraciones de mis ocho años.

Así, grande, semejante al de Jerito y al de Popo, en forma de estrella, adornado de rulos zumbadores y pintado en su terso bramante de corazones al rojo.

Así lo quería y así se lo mostraba a mi padre en los continuos pedidos, hasta que una tarde — grata conspiración del cariño paternal — llegó a mis manos ¡el barrilete! semejante a... ¡no! semejante no, que el mío era superior a todos los barriletes de la tierra.



Noche de ansiedades trágicas fué aquella que pasé sentado al borde de mi camita, a la espera de la aurora, de la luz para lanzarme triunfador a la calle con aquel mi barrilete que parecía mirarme con los ojos de sus corazones al rojo desde la percha donde lo habían colocado mis manos cariñosas.

La una... las dos... las tres; una cadena infinita de tic-tac que me tajaban el alma con sus rimaciones isócronas, y luego... ¡la luz! ¡la aurora surgiendo entre las brumas de aquella noche inacabable en la lentitud de sus minutos!



Quien me hubiera visto aquella mañana dominando la turba de pilluelos curiosos y llenando la calle toda con mis arrogancias, me hubiera tomado por un bravío jefe que arengara a sus huestes preparando el asalto a las trincheras.

El más fiel de la "troupe" se encargó de soltar el barrilete para hacerle tomar viento. Le aflojé hilo, ochenta, noventa, cien, doscientos metros.

Esperé, o mejor dicho, esperamos viento; una racha quebró la angustia de la expectativa; se oyó un grito, recogí el hilo y ¡cien bocas corearon la ascensión del triunfador de los espacios!

Mis manos febriles recogían y largaban la cuerda, y aquel mi tesoro de los corazones al rojo, subía, subía dominando las nubes como un gran pájaro que anhelara perderse en los celajes.

De pronto... ¡qué horror! El barrilete, como si sintiera los efectos de un vértigo, comenzó a trazar elípticas locas y a descender, poniendo sombras de angustia en mis ojos, que seguían las evoluciones, y un coro de carcajadas hirientes en los labios de la turba, gozosa ante lo efímero de mi triunfo.

Mientras tanto, mi barrilete descendía... descendía en una como ansia de hecatombe final.



Fué el triunfo de la turba.

Sus ironías se me clavaron en el alma como alfilerazos, las befas me llenaban los ojos de lágrimas, hijas de la mortificación moral; pero mi sufrimiento no degeneró en llanto, no estalló en sollozos sentidos, sino cuando la turba coreó al unísono mientras seguía con la vista las volteretas del barrilete:

—¡No tiene cola!... ¡No tiene cola!... ¡Piufuuuu! ¡El rabón!... ¡El rabón!... ¡Que lo saquen!...

El eco de las pullas pareció llegar hasta el alma misma de mi barrilete, porque cuando la grito se alargó como una queda vibración de susurro, él ponía fin a la brevedad de su existencia estrellándose contra la cimera de un álamo.



Sólo Dios, el silencio de mi pieza y yo, sabemos de las lágrimas que aquella noche derramé por mi rabón.

DOMINGO MACIEL.



## Los Reyes Magos

**D**ESPERTÓSE nervioso, calenturiento. Mal despierto y mal dormido toda la noche, despierto y dormido había soñado con la regia cabalgata de los Reyes Magos. Con los más ricos materiales recogidos en la realidad, forjó la imaginación del niño deslumbradora comitiva: caballos empenachados, con rendajes de oro, y sobre ellos los Reyes resplandecientes de joyas, y detrás los camellos cargados de tiendas enteras de juguetes y de cajas de dulce.

Apenas clareó el amanecer anhelado, de un brinco saltó de la cama y corrió al balcón, trémulo de curiosidad y de esperanza.

Tan pequeño, que no alcanzaba a levantar la falleba, era un manojillo de nervios vibrantes, morenucho, con la piel fina de los niños morenos en que se transparentan las venas muy azules; los ojos en continuo abrir y cerrar; la nariz respingada; un feíllo con gracia para ser querido antes que admirado.

Al ruidoso forcejear del niño para abrir el balcón acudió una criada dando gritos.

—¡Demonio, que te vas a morir, vuelve a la cama!

—¡Los Reyes! ¡Quiero ver lo que me han traído los Reyes!

—¡Qué tonto, qué tonto!

Era el hermano mayor, que se ría desde la cama al enterarse de lo ocurrido.

—Mira, mira — le decía al pequeño cuando la criada le subió en brazos a la cama. —Yo tengo ya mi regalo. Y le enseñaba un duro de los recién acuñados. “¿Tú crees en eso de los Reyes? ¡Tonto, más que tonto! Los Reyes son papá y mamá...”

—¡Mentiroso! — gritó el pequeño con ira. — Han venido los Reyes y me han traído muchas cosas, y a ti nada, porque me haces rabiar.

—¡Tonto, más que tonto! — seguía el otro implacable.

El pequeño rompió a llorar. Acudió el padre, desazonado por la gritería, de mal temple...

—¿Qué ocurre?

Explicado el caso, el padre, educador positivista, tomó desde luego, el partido de la razón práctica.

—Tu hermano tiene razón; no hay tales Reyes; esas son tonterías y los hombres no creen en esas cosas...

El niño quedó aterrado ante las severas afirmaciones de su padre. Lloraba calladamente, con honda pena...

—¿Lo ves, lo ves? — le decía, triunfalmente, el mayor. Y él lloraba, lloraba... Entró la madre:

—¿Qué tiene el niño? ¿Por qué llora?

—¡Déjalo, por tonterías!

—¡Corazón! ¿Por qué lloras?

—Porque dice papá que no vienen los Reyes Magos; que no hay Reyes Magos...

El padre se disponía a insistir con mayor severidad; pero la madre lo contuvo con una mirada.

—¿Te han dicho eso? ¡Por hacerte rabiar! ¡Sí hay Reyes Magos, sí, vida mía! Unos Reyes muy buenos que quieren mucho a los niños...

Y secando a besos las lágrimas del hijo, iba contando la eterna leyenda, y el niño, al oírla, se abrazaba a ella como si ansioso se amamantara de nuevo al pecho de su madre, y con hipo de risa y llanto desafiaba al padre y al hermano.

—¿Ves lo que dice mamá? ¿Ves como es verdad todo?

JACINTO BENAVENTE.



## Mentira Piadosa

(Pensamiento de Víctor Hugo)

JAMÁS alfarero chino  
 Fabricó jarrón tan fino  
 Como el soberbio jarrón  
 Que era encanto de mi vista.  
 Jamás un sueño de artista  
 Tuvo tan bella expresión.

Allí, en horizonte vago,  
 La onda serena del lago  
 Surcaba un cisne gentil;  
 Y, gala de país remoto,  
 Lucía su gracia el loto  
 Junto al iris de marfil.

Viejos bonzos, mandarines,  
 Sobre regios palanquines,  
 En magnífico tropel,

Entre pájaros y flores  
 Desfilaban brilladores  
 Al conjuro del pincel.

Allí los monstruos voraces,  
 Abriendo tremendas fauces  
 Se aprestaban a luchar;  
 Y, del cielo en la escarlata,  
 Cigüeñas, de oro y de plata  
 Ensayaban su volar.

Mi sirvienta Catalina  
 Rompió el jarrón de la China,  
 Bello cual risa de Abril.  
 ¡Mal hayan los torpes brazos  
 Que truecan en mil pedazos  
 Todo un imperio gentil!

Colérico y afligido,  
 El estruendo producido  
 Al despacho me llevó.  
 —¿Quién ha sido la culpable?  
 Pregunté.

Con voz amable,  
 Mi nieta, niña adorable,  
 Así dijo: —¡He sido yo!

M. R. BLANCO BELMONTE.

## Naturaleza Muerta

HE visto ayer por una ventana un tiesto lleno de lilas y de rosas pálidas, sobre un trípode. Por fondo tenía uno de esos cortinajes amarillos y opulentos, que hacen pensar en los mantos de los príncipes orientales. Las lilas recién cortadas resaltaban con un lindo color apacible, junto a los pétalos esponjados de las rosas té.

Junto al tiesto, en una copa de laca ornada con ibis de oro incrustados, incitaban a la gula manzanas frescas, medio coloradas, con la pelusilla de la fruta nueva y la sabrosa carne hinchada que toca el deseo; peras doradas y apetitosas, que daban indicios de ser todas jugo y como esperando el cuchillo de plata que debía rebanar la pulpa almibarada; y un ramillete de uvas negras, hasta con el polvillo ceniciento de los racimos acabados de arrancar de la viña.

Acerqueme, vilo de cerca todo. Las lilas y las rosas eran de cera, las manzanas y las peras de mármol pintado y las uvas de cristal.

RUBÉN DARÍO.

## Lloviendo

UNA lluvia fina, un desmenuzamiento de agua helada, abundante y tupida como la niebla, se descolgaba de un cielo de alabastro, manchado allá abajo por un gran círculo de luz difusa. Desde la mañana estaba cayendo, cayendo siempre, ora en forma de aguacero torrencial, ora en la de sutil llovizna, muy entretenida, al parecer, en las múltiples tareas de deslizarse por la tela tirante de los paraguas abiertos, para adornar sus bordes recortados con flecos de cristal, y en fabricar su pasta color de chocolate, a un tiempo mismo resbaladiza y pegajosa, esparciéndola por calles y aceras con una persistencia que dejaba adivinar sus deseos.



de no permanecer ociosa en medio del trabajo general. Complaciase también en hacer apresurar el paso a los desprevenidos y en empañar el lustre de los coches y la nítida transparencia de los escaparates, envolviéndolo todo en un velo gris, cuya densidad aumentaba con la distancia.

Soplando del Sudeste, el viento hacía de las suyas. Corriente y burlón, se paseaba por las calles en actitud carnavalesca, arrojando a la cara de los transeuntes esos puñados de lluvia que producen en la piel el efecto de crueles alfilerazos, y silbando aires extraños con toda la displicencia de un vago elegante que distrae su fastidio tarareando algún trozo de su ópera favorita. Pero a lo mejor, y sin motivo justificado, porque sí y no más, encolerizábase de repente, y brusco y zumbante metíase en los zaguanes, sin llamar, como dueño de casa, invadía los patios y se colaba de rondón por la primera puerta franca que hallaba al paso, cerrándola tras de sí con la furia de un marido bilioso que viene de afuera dispuesto a vengar los contratiempos del día en las costillas de su consorte.

Irritado, sin duda, por el mal recibimiento que se le hacía, escurriase por cualquier rendija, se escapaba nuevamente a la calle, y una vez allí, para desvanecer su mal humor, encaramábase a los tendidos hilos del teléfono, y pasaba por ellos su arco invisible, haciéndolos gemir como las cuerdas de un violín gigantesco. Terminada la fantástica sonata, echábase a correr por las desiertas azoteas, arrancando una nota de cada claraboya, una escala de cada chimenea.

Si encontraba a paso la bandera roja o azul de una casa de remates, se detenía un punto, como para tomar impulso, y luego la arremetía furioso, la estrujaba, la sacudía, la tironeaba, como queriendo arrancarla del asta a que estaba sujeta, irritado quizás, él, músico desinteresado, artista vagabundo, contra la prosaica operación simbolizada por aquel trapo flotante.

JULIÁN MARTEL.

## Las Campanas

---

UN breve impulso, un pequeño esfuerzo, y la campana mayor, "La Loba", se movió pesadamente; una ola de sonidos profundos, seguida de un largo rugido, cayó sobre los tejados, se propagó con el viento por toda la orilla, por toda la llanura.

Animábase el bronce; semejante a un monstruo, oscilaba espantablemente de izquierda a derecha enseñando la boca por dos aberturas de la torre: sus notas amplias, profundas, se fundían unas con otras por un continuo zumbido que las ensanchaba y hacía majestuosas, solemnes...

De pronto, oyóse otro sonoro timbre: el repicar de "La Estrige" agrio, ronco, cascado, parecido a un rabioso ladrido contra el rugir de una fiera... Después resonó el martilleo rápido de "La Cantora", martilleo alegre, límpido, ágil, revoltoso, parecido a un diluvio de granizo en una cúpula de cristal. Y luego se escucharon los lejanos ecos de otros campanarios que despertaban: el campanario de San Roque, allí abajo, campanario rojizo, oculto entre encinas, el de Santa Teresa, el de San Francisco... diez, doce, quince lenguas metálicas que vertían en el campo las alegres y sanas variaciones del himno dominical, en luminoso triunfo.

---

GABRIEL D'ANNUNZIO.





## Horas de Silencio

(Descripción de un cuadro)

.....

EN la Exposición de Bellas Artes, años después, vi un cuadro de Ossorio colocado en las salas del piso de arriba, donde estaba reunido lo peor de todo, lo peor en concepto del Jurado.

El cuadro representaba una habitación pobre con un sofá verde y encima un retrato al óleo. En el sofá, sentados, dos muchachos altos, pálidos, elegantemente vestidos de negro y una joven de quince o diez y seis años; de pie, sobre el hombro del hermano mayor, apoyaba el brazo una niña de falda corta, también vestida de negro. Por la ventana, abierta, se veían los tejados de un pueblo industrial, el cielo cruzado por alambres y cables gruesos y el humo de las chimeneas de cien fábricas que iba subiendo lentamente en el aire. El cuadro se llamaba "Horas de silencio". Estaba

pintado con desigualdad, pero había en todo él una atmósfera de sufrimiento contenido, una angustia, algo tan vagamente doloroso que afligía el alma.

Aquellos jóvenes enlutados, en el cuarto abandonado y triste, frente a la vida y al trabajo de una gran capital, daban miedo. En las caras alargadas, pálidas y aristocráticas de los cuatro se adivinaba una existencia de refinamiento, se comprendía que en el cuarto había pasado algo muy doloroso; quizás el epílogo triste de una vida. Se adivinaba en lontananza una terrible catástrofe; aquella gran capital con sus chimeneas, era el monstruo que había de tragar a los hermanos abandonados.

.....

Pío BAROJA.

## Un Invierno de Sisley

(Descripción de un cuadro)

.....

OTRO cuadro. Una plazoleta desierta y blanqueada por la nieve bajo un palio de plúmbeas nubes macizas, una iglesia pobre y un muro limitando el breve horizonte, pocos árboles, cuyas ramas escasas parecen dedos de manos mendicantes abiertas bajo el cielo gris, una muda silueta, arrastrando pasos inseguros sobre la alfombra algodonosa, y más allá el cadáver de un gorrión a medio sepultar entre los copos fríos. Es un invierno de Sisley. Todo él sugiere un triste agonizar de la Naturaleza: el blancor de la nevada bajo el cielo opaco, la melancolía del muro en ruinas, la telaraña del ramaje sin frondas, el mutismo solitario; los pasos inciertos del anciano y el gorjeo apagado en el cadáver, parecen exponentes del agotamiento y la desventura.

.....

JOSÉ INGENIEROS.



## Invierno

Es de noche. En el salón crepita el fuego. Vuela una mosca insomne en el ambiente tibio. Las flores artificiales parecen adquirir savias y matices verdaderos. Un vals sueña y el alma persigue su alegre giro. En la calle los plátanos tiritan, mientras caen sus últimas hojas. La música, que no oyen, les da a través del cristal un tinte más melancólico. Las aceras están desiertas. Los focos eléctricos entre los árboles no calientan sus esqueletos; son congeladas lunas. Los caballos de un fiacre duermen, tan ateridos, que no los despierta el pantanoso bullir del asfalto. A cada pestañeo de los focos, con mayor expresión de sombra, las ramas dibujan sobre los muros espectrales siluetas. El alma, en los júbilos del vals, sale, vuela tras las hojas, y vuelve transida, pidiendo abrigo al cuerpo hospitalario.

ANGEL DE ESTRADA.

## Fiesta Nocturna

Sobre el valle brillan  
las estrellas claras,  
y en el río verde  
desnudan se bañan.  
¡Oh fiesta de luces!  
¡Oh el cielo y el agua!  
Y en la noche pura,  
musical y diáfana,  
mi corazón niño  
sobre una montaña  
quema alegremente  
luces de bengala.

ALFREDO R. BUFANO.

## Un Testigo de Cargo

IGNORO si el perro con quien tropecé cierto día en una de las calles más extraviadas del barrio de Chamberí era quimerista y agresivo como sus convecinos; pero sí puedo dar fe de su escandalosa suciedad.

Flaco, lanudo como esos bohemios que no se recortan jamás la barba y la dejan crecer por donde salga, cubierto de polvo y con un pegote de barro en cada pelo, se acercó a mí este repugnante animal moviendo el rabo y mirándome con ojos humildes.

Yo di un salto atrás, porque la experiencia me ha enseñado que se puede mover el rabo humildemente y ser en el fondo malísimo sujeto. Pronto me convencí de que no había nada que temer. Aquel pobre perro había venido tan a menos, se hallaba tan desamparado y abatido, que los últimos rescoldos de su carácter agrio, si alguna vez lo había tenido, se habían apagado por completo.

Hice sonar con los dedos una leve castañeta, correspondiendo al meneo vertiginoso de su rabo, y me dispuse a proseguir mi camino. Pero él agradeció aquella fría castañeta como nadie me agradeció en la vida el saludo más cordial y cariñoso. Comenzó a brincar delante de mí, y a retorcerse, y a lanzar suaves e insinuantes aullidos, expresando tanto gozo como gratitud.

No, se agradecen así los saludos en este bajo mundo — me dijo nuevamente la experiencia — si no se teme o se espera algo. Este perro no tiene amo, o ha sido arrojado por él de su casa. ¡Pobre animal! Me interesó su desgracia, y de nuevo hice sonar la castañeta con alguna mayor efusión, y él con esto renovó las señales de gratitud hasta querer descoyuntarse.



Inmediatamente tomó la resolución de seguirme hasta el fin del mundo.

Yo le veía detrás varias veces, dándome escolta; otras, delante, sirviéndome de heraldo. Por momentos se detenía, levantaba hacia mí su hocico peludo, y me miraba con afectuosa sumisión, cual si me quisiera decir que estaba dispuesto a obedecerme como amo y señor. La desgracia de aquel animal me conmovió. Era tan feo, que no había motivo para admirarse de que su dueño, le hubiese abandonado.

Me representaba a aquel pobre animal, arrojado ignominiosamente de su casa, volviendo a ella a demandar gracia, aullando tristemente a la puerta; le veía marchar errante y hambriento por aquellas calles solitarias, introducirse en alguna tienda en busca de una piltrafa, salir de ella molido a palos, seguir a los transeuntes hasta que éstos le despedían a puntapiés o pederadas.

La compasión se filtraba en mi pecho, y cuando el animal se paraba a mirarme, le hacía una seña de afectuosa consideración. Entonces se acercaba a mí rebosando de agradecimiento, y yo, sin temor a mancharme las manos, como los santos caritativos de la leyenda, le acariciaba la cabeza.

Pero a medida que transcurría el tiempo, se apoderaba de mí un vago malestar. ¿Qué iba a hacer de aquel desdichado? A un perro no se le puede dar un limosna, ni recomendarle a un concejal amigo para que lo coloque de peón en los trabajos de la villa. Necesitaba llevármelo a casa. Esto era grave. ¿Qué diría el portero, qué dirían los vecinos, qué diría, sobre todo, mi familia al ver entrar aquel bicho feo y asqueroso? ¡Vaya unas protestas, vaya una zambra, vaya una risa que se armaría en mi casa! Se me puso la carne de gallina.

Comprendí inmediatamente todo lo falso de mi situación.

Entonces hice con el perro lo que conmigo hacen los amigos cuando mi presencia les molesta; me hice el distraído.

Cuando me miraba con sus ojos afectuosos, volvía la cara hacia otro sitio; si se acercaba a mí, fruncía el entrecejo como si no le viese, y seguía mi camino. En fin, adopté un continente tan glacial como significativo. Pero él no vió la significación, o no quiso verla. Sin darse por enterado, persistía en sus muestras de adhesión incondicional,teniéndose siempre por mi protegido.

Una de las veces que mi mirada se cruzó con la suya, vi en sus ojos una expresión de sorpresa y de súplica tal, que el corazón se me apretó. Sin embargo, lo que pedía no era posible.

Mi inquietud iba en aumento, y ya pensaba en la barbarie de arrojarlo de mi lado violentamente, cuando observo que viene hacia nosotros un tranvía. Entonces, cautelosamente me agarro a él y monto. Desde la plataforma veo a mi perro que camina tranquilo y confiado, vuelve de pronto la cabeza, queda sorprendido, olfatea el aire con desesperación, y, por fin, baja de nuevo su cabeza hacia la tierra, resignado, como los seres que han conocido todo el dolor de este mundo y saben lo que se puede esperar de la existencia.

Jamás pude olvidarlo. Y al acordarme de él, no puedo menos de pensar que cuando algún día me vea ante el supremo tribunal de Dios, y se juzguen todos los actos de mi vida, y se cuenten mis faltas y desaciertos, he de verle aparecer, con su hocico peludo y su aspecto dolorido, a dar fe de mi cruel egoísmo.

A. PALACIO VALDÉS.





## Convencimiento

NOSOTROS, perro mío, somos dos personajes  
necesarios al brillo de estos claros paisajes.  
¿Has pensado algún día,  
lo que nuestra playa romántica sería,  
sin tus largas orejas,  
sin tu hocico peludo,  
y sin el gesto airoso de mi sombrero aludo?  
Al pasear descuidados  
al pie del viejo cerro,  
no hay árbol, ni guijarro,  
ni flor, que no nos nombre:  
—¡Ahí va el hombre del perro!  
—¡Ahí va el perro del hombre!...  
Convéncete, mi amigo, somos dos personajes  
necesarios al brillo de estos claros paisajes.

CARLOS RODRÍGUEZ PINTOS.

## Una Bola de Nieve

SIGUE nevando, nevando. Ha sucedido un accidente desagradable esta mañana al salir de la escuela. Un tropel de muchachos, apenas llegaron a la plaza, se pusieron a hacer bolas con esa nieve acuosa que las hace muy sólidas, y pesadas como piedras. Mucha gente pasaba por la acera. Un señor gritó: ¡Alto, chicos! Y precisamente en aquel momento se oyó un grito agudo en la otra parte de la calle: un anciano, que había perdido el sombrero y andaba vacilante, se cubría la cara con las manos; a su lado, un niño gritaba: ¡Socorro, socorro! En seguida acudió gente de todas partes. Le había dado una bola de nieve en un ojo. Todos los muchachos huyeron y se desbandaron. Yo estaba ante la tienda del librero, donde había entrado mi padre, y vi llegar a la carrera a varios compañeros míos que se mezclaron con los que estaban junto a mí e hicieron como que miraban los escaparates: eran Garrón, con su acostumbrado pan en el bolsillo; Coreta, el albañilito y Garofi, el de los sellos. Mientras tanto, se había reunido gente alrededor del herido y los guardias corrían de una parte hacia otra, amenazando y gritando:

—¿Quién ha sido? ¿Quién? ¿Eres tú? Decid quién ha sido. Y miraban las manos de los muchachos para ver si las tenían humedecidas de nieve.

Garofi estaba a mi lado: reparé que temblaba mucho y estaba pálido como un muerto.

—¿Quién es? ¿Quién ha sido? —continuaba gritando la gente.

Entonces vi a Garrón que dijo por lo bajo a Garofi:

—¡Anda! ve a presentarte: sería una villanía dejar que sospechen de otro.



—¡Pero si yo no lo he hecho de intento! —respondió Garofi—, temblando como una hoja en el árbol.

—No importa; cumple con tu deber —contestó Garrón.

—¡Pero si no tengo valor para confesarlo!

—Anímate, yo te acompaño.

Y los guardias y la gente gritaban cada vez más fuerte:

—¿Quién es? ¿Quién ha sido? Le han metido un cristal de sus lentes en un ojo. Le han dejado ciego. ¡Perdidos!

Yo creí que Garofi caía en tierra.

—Ven — le dijo resueltamente Garrón —; yo te defiendo. Y tomándolo por un brazo, lo empujó hacia adelante, sosteniéndolo como a un enfermo. La gente lo vió y lo comprendió todo en seguida, y muchos corrieron con los puños levantados. Pero Garrón se puso en medio, gritando:

—¿Qué vais a hacer, diez hombres contra un niño?

Entonces ellos se detuvieron, y un guardia municipal llevó a Garofi, abriéndose paso entre la multitud, a una pastelería donde habían refugiado al herido. Viendo a éste de cerca, reconocí en seguida al viejo empleado que vive con su sobrinillo en el cuarto piso de nuestra casa. Lo habían recostado en una silla, con un pañuelo en los ojos.

—¡Ha sido sin querer! —balbuceaba Garofi.

Dos personas lo arrojaron violentamente en la tienda, gritando:

—¡Abajo esa cabeza! ¡Pide perdón! Y lo echaron al suelo. Pero de pronto, dos brazos vigorosos lo pusieron en pie, y una voz resuelta, dijo:

—¡No, señores! —Era nuestro Director, que lo había visto todo. Puesto que ha tenido el valor de presentarse, nadie tiene derecho de vejarlo. — Todos permanecieron callados. — Pide perdón, dijo el Director a Garofi.

Garofi, ahogado por el llanto, abrazó las rodillas del

anciano, y éste, buscando con la mano su cabeza, lo acarició tiernamente. Entonces, todos dijeron:

—Vamos, muchacho, vete a casa. Y mi padre me sacó de entre la multitud, y me preguntó en la calle:

—Enrique, en un caso análogo, ¿hubieras tenido el valor de cumplir con tu deber, de ir a confesar tu culpa? — Yo le respondí que sí. Y repuso: —Dame tu palabra de honor de que así lo harás.

—Te doy mi palabra, padre mío.

EDMUNDO DE AMICIS.

## En Casa del Herido

CON la maestra de la pluma encarnada está el sobrinillo del viejo empleado, que fué herido en un ojo por la bola de nieve de Garofi: lo he visto hoy en casa de su tío, que lo considera como un hijo. Yo había concluido de escribir el cuento mensual para la semana próxima: *El pequeño escribiente florentino*, que el maestro me dió a copiar, y me dijo mi padre:

—Vamos a subir al cuarto piso a ver cómo está de su ojo aquel señor.

Hemos entrado en una habitación casi oscura, donde estaba el anciano en la cama, recostado con muchos almohadones detrás de la espalda; a la cabecera estaba sentada su mujer y a un lado el sobrinillo, sin hacer nada. El herido tenía el ojo vendado. Se alegró mucho de ver a mi padre; le hizo sentar y le dijo que estaba mejor, y que no sólo no perdería el ojo, sino que dentro de pocos días estaría completamente curado. Fué una desgracia — añadió —; siento el mal rato que debió pasar aquel pobre muchacho. Después nos habló del médico que debía venir entonces a curarle. Precisamente en aquel momento sonó la campanilla.

—Será el médico — dijo la señora.



Se abre la puerta y... ¿qué veo? Garofi, con su capote largo, de pie en el umbral, con la cabeza baja, y sin atreverse a entrar.

—¿Quién es? — pregunta el enfermo.

—Es el muchacho que tiró la bola... — dice mi padre.

El anciano exclamó:

—¡Oh, pobre niño! Ven acá: has venido a preguntar cómo está el herido, ¿no es verdad? Estoy mejor, tranquilízate; estoy mejor, casi curado. Acércate.

Garofi, cada vez más cortado, se acercó a la cama, esforzándose por no llorar, y el viejo lo acarició, pero sin poder hablar tampoco.

—Gracias — le dijo, al fin el viejo —; ve, pues, a decir a tus padres que todo va bien, que no se preocupen ya de esto.

Pero Garofi no se movía; parecía que tenía algo que decir y no se atrevía.

—¿Qué tienes que decirme, qué quieres?

—Yo... nada.

—Bien, hombre, adiós, hasta la vista; vete, pues, con el corazón tranquilo.

Garofi fué hasta la puerta; pero allí se volvió hasta el sobrinillo, que le seguía y miraba con curiosidad. De pronto sacó de debajo del capote un envoltorio: se lo dió al muchacho, diciéndole de prisa: Es para ti. Y se fué como un relámpago.

El niño enseñó el obsequio a su tío; vimos que encima había un letrero que decía: *Te regalo esto*. Lo miramos, y lanzamos una exclamación de sorpresa. Lo que el pobre Garofi había llevado era el famoso álbum de sellos, aquella colección de que hablaba siempre, sobre la cual venía fundando tantas esperanzas, y que tanto trabajo le había costado reunir: era su tesoro... ¡Pobre niño! ¡La mitad de su sangre regalaba en cambio del perdón!

EDMUNDO DE AMICIS.

## Los Hijos y los Padres

**N**<sup>i</sup> arrastrada un pastor llevar podía  
a una cabra infeliz que oía amante  
balar detrás al hijo, que, inconstante,  
marchar junto a la madre no quería.

—¡Necio! — al pastor un sabio le decía —,  
al que llevas detrás, ponle delante;  
échate el hijo al hombro, y al instante  
la madre verás ir tras de la cría.

Tal consejo el pastor creyó sencillo,  
cargó la cría y se marchó corriendo  
llevando al animal sobre el hatillo.

La cabra, sin parar, los fué siguiendo,  
mas siguiendo tan cerca al cabritillo,  
que los pies por detrás le iba lamiendo.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

## Amor Maternal

**J**OVEN aún, entre las verdes ramas,  
de secas pajas fabricó su nido:  
la vió la noche calentar sus crías,  
la vió la aurora acariciar sus hijos.

Batió sus alas y cruzó el espacio,  
buscó alimentos en lejanos riscos,  
trajo de frutas la garganta llena,  
y con arrullos despertó a sus hijos.

El cazador la contempló dichosa...  
y, sin embargo, disparóle un tiro,  
jella, la pobre, en su estertor de muerte  
abrió sus alas y cubrió a sus hijos!

VÍCTOR HUGO.



## La Casa Materna

(Un hogar de provincias, en San Juan, a principios del siglo XIX)

### PRIMERA PARTE

LA casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adobes y tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar su construcción, ha recibido en el transcurso de estos últimos años algunas adiciones, que la confunden hoy con las demás casas de cierta medianía. Su forma original, empero, es aquella a que se apega la poesía del corazón, la imagen indeleble que se presenta porfiadamente a mi espíritu, cuando recuerdo los placeres y pasatiempos infantiles, las horas de recreo, después de vuelto de la escuela, los lugares apartados donde he pasado horas enteras y semanas sucesivas en inefable beatitud, haciendo santos de barro para rendirles culto en seguida, o ejércitos de soldados de la misma pasta, para engreírme de ejercer tanto poder.

Hacia la parte del Sur del sitio de treinta varas de frente por cuarenta de fondo, estaba la habitación única de la casa, dividida en dos departamentos: uno, sirviendo de dormitorio a nuestros padres, y el mayor, de sala de recibo, con su estrado alto y cojines, resto de las tradiciones del diván árabe que han conservado los pueblos españoles. Dos mesas de algarrobo indestructibles, que vienen pasando de mano en mano desde los tiempos en que no había otra madera en San Juan que los algarrobos de los campos, y algunas sillas de estructura desigual, flanqueaban la sala, adornando las lisas murallas dos grandes cuadros al óleo de Santo Domingo y San Vicente Ferrer, de malísimo pincel, pero devotísimos y heredados a causa del hábito dominico. A poca distancia de la puerta de entrada elevaba su copa verdinegra

la patriarcal higuera que sombreaba aún en mi infancia aquel telar de mi madre, cuyos golpes y traqueteo de husos, pedales y lanzadera nos despertaba antes de salir el sol, para anunciarnos que un nuevo día llegaba, y con él la necesidad de hacer por el trabajo frente a sus necesidades. Algunas ramas de la higuera iban a frotarse contra las murallas de la casa, y calentadas allí por reverberación del sol, sus frutos se anticipaban a la estación, ofreciendo para el 23 de noviembre, cumpleaños de mi padre, su contribución de sazonadas brevas para aumentar el regocijo de la familia. Deténgome con placer en estos detalles, porque santos e higuera fueron personajes más tarde de un drama de familia en que lucharon porfiadamente las ideas coloniales con las nuevas.

En el resto de sitio que quedaba, de veinte varas escasas de fondo, tenían lugar otros recursos industriales. Tres naranjos daban fruto en el otoño, sombra en todos tiempos. Bajo un durazno corpulento había un pequeño pozo de agua, para el solaz de tres o cuatro patos, que, multiplicándose, daban su contribución al complicado y diminuto sistema de rentas sobre que reposaba la existencia de la familia; y, como todos estos medios eran aún insuficientes, rodeado de cerco, para ponerlo a cubierto de la voracidad de los pollos, había un jardín de hortalizas del tamaño de un escapulario, y que producía cuantas legumbres entran en la cocina americana, el todo abrigado e iluminado con grupos de flores comunes, un rosal morado y varios otros arbustillos fluorescentes. Así se realizaba en una casa de las colonias españolas la exquisita economía de terreno y el inagotable producto que de él sacan las gentes de campaña en Europa. El estiércol de las gallinas y la bosta del caballo en que montaba mi padre, pasaban diariamente a dar nueva animación a aquel pedazo de tierra que no se cansó nunca de dar variadas y lozanas plantas; y cuando he querido sugerir a mi madre algunas ideas de economía rural, cogidas al vuelo en los libros, he pasado merecida plaza de pedante, en pre-



sencia de aquella ciencia de la cultura que fué el placer y la ocupación favorita de su larga vida. Hoy, a los setenta y seis años de edad, todavía se nos escapa de adentro de las habitaciones, y es seguro que hemos de encontrarla aportando algunas lechugas, y respondiendo en seguida a nuestras objeciones, con la violencia que se le haría, de dejarlas, al verlas tan maltratadas.

Todavía había en aquella arca de Noé algún rinconcillo en que se enjebaban o preparaban los colores para teñir las telas, y un pudridor de afrecho de donde salía todas las semanas una buena porción de exquisito y blanco almidón. En los tiempos prósperos se añadía una fábrica de velas hechas a mano, alguna tentativa de amasijo, que siempre terminaba mal, y otras mil granjerías que sería superfluo enumerar. Ocupaciones tan variadas, no estorbaban que hubiese orden en las diversas tareas, principiando la mañana con dar de comer a los pollos, desherbar, antes que el sol calentase, las eras de legumbres, y establecerse en seguida en su telar, que por largos años hizo la ocupación fundamental. Está en mi poder la lanzadera de algarrobo lustroso y renegrido por los años, que había heredado de su madre, quien la tenía de su abuela, abrazando esta humilde reliquia de la vida colonial un período de cerca de dos siglos, en que nobles manos lo han agitado casi sin descanso; y, aunque una de mis hermanas haya heredado el hábito y la necesidad de tejer, de mi madre, mi codicia ha prevalecido, y soy yo el depositario de esa joya de familia. Es lástima que no haya de ser jamás suficientemente rico o poderoso para imitar a aquel rey persa que se servía en su palacio de los tiestos de barro que le habían servido en su infancia, a fin de no ensoberbecerse y despreciar la pobreza.

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO.

## Las Alegrías del Sol

**D**ESPIERTA el alma sana de la finca  
al conjuro del sol que se levanta,  
y la calandria impenitente canta  
y el recental infatigable brinca.

La vislumbre solar, con sus reflejos  
hila una tela de brillante franja,  
y trisca en los dominios de la granja  
una blanca alegría de conejos.

Canta el labriego su canción sencilla  
que huele a parva fermentada, a trilla,  
a trébol, a romero y a violeta...  
Canta el labriego sus cantares; canta,  
pues parece que lleva en su garganta  
la desgracia feliz de ser poeta!

La juventud del día a pulmón lleno  
cuelga un canto de sol en cada rama,  
y su caudal de lumbré desparrama  
como un rubio burgués pródigo y bueno.

Se acerca hacia la loma y la ilumina,  
deciende hasta el arroyo y lo abrillanta,  
y ordena al ave mañanera: "¡canta!".  
y: "¡vuela!", a la alocada golondrina.

Asiste a la labor de la batea  
donde la espuma del jabón blanquea  
con su alegría burbujante y franca,  
y cuelga un haz en el cordel tirante,  
donde tiembla nerviosa y ondulante  
la risa limpia de la ropa blanca.



Finge la vaca en el corral palabras  
de exquisitas dulzuras maternas  
llamando a su ternero. En los cardales  
triscan alegres las nerviosas cabras.

Unos corderos se lamentan; otros  
semejan un manojo de cosquillas,  
y tiemblan azoradas las cuchillas  
bajo el relincho agudo de los potros.

La atrevida invasión de los gorrones  
ocupa gallineros y galpones.

La autoridad del sol todo lo allana  
y tremola sonriente por doquiera,  
como un regocijo hecho bandera,  
flameando en la amplitud de la mañana!

DANIEL ELÍAS.

## La Casa Materna

### SEGUNDA PARTE

.....

La lucha se trabó, pues, en casa, entre mi pobre madre, que amaba a sus dos santos dominicos como a miembros de la familia, y mis hermanas jóvenes, que no comprendían el santo origen de estas afecciones, y querían sacrificar los lares de la casa al bien parecer y a las preocupaciones de la época. Todos los días, a cada hora, con todo pretexto, el debate se renovaba; alguna mirada de amenaza iba a los santos, como si quisiera decirles: "Han de salir afuera"; mientras que mi madre, contemplándolos con ternura, exclamaba: "¡Pobres santos! ¿Qué mal les hacen, donde a nadie estorban?" Pero en este continuo embate, los oídos se habituaban al reproche, la resistencia era más débil cada

día; porque, vista bien la cosa, como objetos de religión, no era indispensable que estuviesen en la sala, siendo mucho más adecuado lugar de veneración el dormitorio, cerca de la cama, para encomendarse a ellos; como legado de familia, militaban las mismas razones; como adorno, eran de pésimo gusto; y de una concesión en otra, el espíritu de mi madre se fué ablandando poco a poco, y, cuando creyeron mis hermanas que la resistencia se prolongaba no más que por no dar su brazo a torcer, una mañana que el guardián de aquella fortaleza salió a misa, o a una diligencia, cuando volvió, sus ojos quedaron espantados al ver las murallas lisas donde había dejado poco antes dos grandes parches negros. Mis santos estaban ya alojados en el dormitorio, y, a juzgar por sus caras, no les había hecho impresión ninguna el desaire. Mi madre se hincó llorando en presencia de ellos, para pedirles perdón con sus oraciones; permaneció de mal humor y quejumbrosa todo el día, triste el subsiguiente, más resignada al otro día, hasta que, al fin, el tiempo y el hábito trajeron el bálsamo que nos hace tolerables las más grandes desgracias.

Esta singular victoria dió nuevos bríos al espíritu de reforma; y, después del estrado y los santos, las miradas cayeron, en mala hora, sobre aquella higuera que vivía en medio del patio, descolorida y nudosa en fuerza de la sequedad y los años. Mirada por este lado la cuestión, la higuera estaba perdida en el concepto público; pecaba contra todas las reglas del decoro y de la decencia; pero para mi madre era una cuestión económica, a la par que afectaba su corazón profundamente. ¡Ah! ¡si la madurez de mi corazón hubiese podido anticiparse en su ayuda, como el egoísmo me hacía, o neutral, o inclinarme débilmente en su favor, a causa de las tempranas brevas! Querían separarla de aquella su compañera, en el albor de la vida y el ensayo primero de sus fuerzas. La edad madura nos asocia a todos los objetos que nos rodean; el hogar doméstico se anima y vivifica;



un árbol que hemos visto nacer, crecer y llegar a la edad provecta, es un ser dotado de vida, que ha adquirido derechos a la existencia, que lee en nuestro corazón, que nos acusa de ingratos, y dejaría un remordimiento en la conciencia si lo hubiésemos sacrificado sin motivo legítimo. La sentencia de la vieja higuera fué discutida dos años, y, cuando su defensor, cansado de la eterna lucha, la abandonaba a su suerte, al aprestarse los preparativos para la ejecución, los sentimientos comprimidos en el corazón de mi madre estallaban con nueva fuerza, y se negaban obstinadamente a permitir la desaparición de aquel testigo y de aquella compañera de sus trabajos. Un día, empero, cuando las revocaciones del permiso dado habían perdido todo prestigio, oyóse el golpe mate del hacha en el tronco añoso del árbol, y el temblor de las hojas, sacudidas por el choque, como los gemidos lastimeros de la víctima. Fué éste un momento trisísimo, una escena de duelo y de arrepentimiento. Los golpes del hacha higuericida sacudieron también el corazón de mi madre; las lágrimas asomaron a sus ojos como la savia del árbol que se derramaba por la herida, y sus llantos respondieron al estremecimiento de las hojas; cada nuevo golpe traía nuevo estallido de dolor, y mis hermanas y yo, arrepentidos de haber causado pena tan sentida, nos deshicimos en llanto, única reparación posible del daño comenzado. Ordenóse la suspensión de la obra de destrucción, mientras se preparaba la familia para salir a la calle y hacer cesar aquellas dolorosas repercusiones del golpe del hacha en el corazón de mi madre. Dos horas después la higuera yacía por tierra, enseñando su copa blanquecina, a medida que las hojas, marchitándose, dejaban ver la armazón nudosa de aquella estructura que por tantos años había prestado su parte de protección a la familia.

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO.

## El Naranja

**T**RASPLANTADO de España, creció bajo el cielo de Buenos Aires, en un patio de la casa de mis abuelos. Quizás porque extrañaba la tierra, desenvolvióse miserable, casi atacado de raquitismo, así como esos niños que, concentrando en los ojos una belleza impropia de la edad, tienen una infancia triste. En el naranjo, los ojos fueron tempranas flores; tan tempranas, que parecía darlas aprisa, y fundir en ellas toda su enfermiza savia, presintiendo que la muerte le esperaba en la próxima estación. Pero, poco a poco, los cuidados le hicieron olvidar el aire primero que respirara y hasta la vieja fuente árabe que mezcló su murmurio al de sus hojas recién nacidas. El agua que le echaban religiosamente, con cariños de manos de enfermero; la poda, que ponía en la tijera la solicitud de un médico amigo, convirtieron al débil en un fuerte arbusto, y, por último, un invierno benigno y una primavera extraordinaria le transformaron en un árbol magnífico.

Desde entonces, con avidez, esperaba los nuevos septiembres que le traían las golondrinas de Europa. Toda la belleza del cielo, toda la transparencia del aire, tenían por objeto engendrar el traje nupcial del árbol, sonrisa de gloria entre los muros amarillentos del patio. Los niños habían crecido con él; y para sus novias encontraron azahares en sus ramas. Ya hombres, entregaron a sus hijos las cuatro o cinco naranjas que producía y de que ellos, con el mismo placer y a la misma edad, lo despojaron.

Vario ataúdes desfilaron después al pie de su tronco. Su sombra cayó rápida sobre el ébano, queriendo dibujarse



en el brillo de esa negrura. El también se despedía, armonizando con los viejos retratos que, presidiendo la vida luminosa o alegre, impregnábanse de las emociones del hogar, melancólicamente pensativos.

De tres generaciones había sido ya camarada, cuando empezó a reconquistar sólo la mitad de sus hojas en las nuevas primaveras. Su sombra fué más leve en las baldosas desgastadas por los juegos de otro tiempo. Parecía más triste ante el rastro de los pies que ya no corren. Sus pocas hojas mostraban un verdor más intenso, más oscuro, y sentían en la luz misma el germen de la muerte. Al marchitarse, su amarillo no llegaba a convertirse en oro, pues con un dejo del verde anterior, diríase entrecano, dejábase arrebatar sin fuerza al primer soplo vivo del Plata. El tronco se hendió, para mayor miseria, ahora, cuando no tenía casi copa que soportar; quizás el recuerdo de la frondosidad de otro tiempo le hizo romper su entraña, imitando a los profetas bíblicos, que en los días de duelo desgarraban sus vestiduras.

Hubo que sostenerlo con un barrote, y se apoyó en el báculo, suavizando la dureza del hierro con la gracia melancólica de sus últimas floraciones. Un niño tuvo entonces la ocurrencia de quererlo mandar al Paraguay, para que reviviera en un hospitalario clima, y la gente rió por cierto de aquella forma ingenua del cariño. Su sombra, en tanto, daba pena; era un alma buscando su viejo cuerpo desvanecido. Alguien plantó una glicina al pie del tronco. La muleta de hierro fué envuelta. El árbol enfermo sufrió un asalto, y las flores azules, recuerdo del cielo, cubriendo el tronco y las ramas, lo embalsamaron piadosamente. Cuando cayeron, al fin de la estación, el naranjo no podía tenerse en pie, y la raíz sola, arrancando aún jugos a la tierra, con un último esfuerzo, ayudaba al sol, en cuyos rayos, para el árbol

de la casa, había, con el amor de los vivos, algo del espíritu de los muertos. Todo fué inútil, y, para evitar su completa degradación, el hacha de un joven jardinero, descendiente de quien lo cuidó en su infancia, lo abatió de un solo golpe.

El patio, desde entonces, fué el sepulcro de algo que había desaparecido llevándose muchas cosas. Un farol que brillaba en invierno al lado del centinela rígido y negro, y en estío a través de las hojas, adquirió, al fulgurar libre en las noches, un inusitado brillo, lleno de fuerza para velar un cadáver invisible.

.....

ANGEL DE ESTRADA.

### Álamos en la Orilla

B AJO la luz terrible,  
en la orilla arenosa,  
yerguen mezquinos álamos  
su ramaje sin hojas.  
¡Erguidos y ya muertos!  
Las ramas blanquecinas  
en la tarde azulada  
parecen de ceniza.  
Evocan a los hombres  
vencidos por la pena  
los trágicos arbustos  
de argentada corteza.  
En un crugir de huesos  
suenan las tristes ramas.  
En torno Primavera  
ríe en las vivas aguas.

ARTURO VÁZQUEZ CEY.



## Al Caer de la Tarde

VIVEN los campos solitarios una hora incomparable de de tristeza y ensueño, de serenidad y emoción; hora mágica que difunde sobre las cosas un soplo de apacible melancolía: es la caída de la tarde.

Los últimos reflejos del sol, ya oculto, acaban de extinguirse; las nubes que antes brillaron como ascuas, se han esfumado, fundiendo sus tonos amarillos, violáceos y purpúreos en la palidez de un cielo plomizo y homogéneo. Tiemblan en lo alto algunas estrellas y dos o tres luces lejanas parpadean sobre la llanura.

¡Cómo apenas la penumbra azulada del anochecer cuando sigue a un crepúsculo radiante! Después de ese fantástico incendido en que las nubes semejan brasas gigantescas o lagos enormes de metal en fusión, después de esos fulgores violentos, el lánguido morir del día redobla su tristeza y despierta en el alma sentimientos indefinibles. Los anhelos utilitaristas pierden su poder, las cavilaciones mezquinas se borran mansamente como disueltas por la quietud rodeante y el espíritu liberado de sus afanes egoístas, presiente un superior y luminoso destino. Todo se suma, todo converge y se une para convertir esos instantes en una hora de recogimiento y elevación: la vaguedad del paisaje velado por las sombras, la palidez del cielo en donde sólo brillan unas cuantas estrellas, el silencio que descende majestuoso y lento, el mugir lastimero de los rebaños y hasta las mismas ráfagas breves e inesperadas de aire frío que se deslizan tímidas e impalpables como si temiesen turbar la paz del conjunto.

Un hálito de renunciación flota sobre las cosas, penetra en los seres y se adueña de nuestro espíritu. La suerte de las cosechas, la salud de los ganados, el éxito de los negocios, las rencillas políticas o domésticas pierden su habitual

importancia y dejan de preocuparnos. ¿Qué valen, qué representan esas pequeñeces, qué significamos nosotros mismos frente a la inmensidad? ¿Qué somos? ¿A dónde vamos? ¿Por qué vivimos? ¿Qué debemos y qué podemos realizar? se pregunta el alma anonadada frente al infinito insondable.

Entretanto, la noche ha llegado y en el espacio sin límites, titilan millares de estrellas.

## Ultra

.....  
LA nebulosa apenas percibida,  
de millones de soles niebla densa,  
es menuda molécula perdida  
del negro espacio en la extensión inmensa;  
y la azucena que entreabrió a la aurora

la copa tembladora  
de sus pétalos cándidos y tersos,  
lleva por gala entre el follaje umbrío,  
millones de millones de universos  
en cada limpia gota de rocío!

Y, con giro incesante,  
de la nítida gota en lo profundo,  
cada invisible mundo  
siglos de siglos vive en cada instante.

La importancia del tiempo es a medida  
de cada ser al universo adscrito;  
en cada ser que puebla lo infinito  
es diferente el ritmo de la vida;  
interminable ciclo es en el uno  
lo que, en el otro, indivisible instante:  
¡Para llenar un año de Neptuno,  
un siglo de la Tierra no es bastante!

FEDERICO BALART.



## La Madre de Garrón

A PENAS volví a la escuela, recibí una muy triste noticia. Hacía varios días que Garrón no iba, porque su madre estaba gravemente enferma. Murió el sábado por la tarde. Ayer de mañana, en seguida que entré en la escuela, nos dijo el maestro: —“Al pobre Garrón le ha tocado la más negra desgracia que pueda caer sobre un niño. Su madre ha muerto. El mañana volverá a clase. Desde ahora os suplico, muchachos, que respetéis el terrible dolor que destroza su alma. Cuando entre, saludadlo con cariño, estad serios; nadie juegue, nadie sonría al mirarlo, nadie, os lo recomiendo”. Y en efecto, esta mañana, algo más tarde que los demás, entró el pobre Garrón. Sentí una grande angustia en el corazón al verlo. Tenía la cara sin vida, los ojos encendidos, y apenas se sostenía sobre las piernas: parecía que había estado enfermo un mes; era difícil, reconocerlo: vestía todo de negro, y daba compasión. Nadie respiró, todos lo miraron.

Apenas entró, al ver por vez primera la escuela, donde su madre había venido a buscarlo casi todos los días; aquel banco sobre el cual tantas veces se había inclinado ella los días de examen para hacerle la última recomendación, y donde él tantas veces había pensado en ella, impaciente por salir a encontrarla; no pudo menos de estallar en un golpe de llanto desesperado. El maestro lo atrajo a su lado, y apretándolo contra su pecho, le dijo: —“¡Llora, llora, pobre niño; pero ten valor! Tu madre ya no está aquí; pero te ve, te ama todavía, vive a tu lado, y la volverás a ver porque tienes un alma buena y honrada como ella. ¡Ten valor!” Dicho esto lo acompañó al banco, cerca de mí. Yo no me atrevía a mirarlo. Sacó sus cuadernos y sus libros, que hacía muchos días no había abierto. Al abrir el libro de lec-

tura, donde hay una madre con un hijo de la mano, no pudo contener el llanto, y dejó caer su cabeza sobre el banco. El maestro nos hizo seña para que le dejásemos estar así, y comenzó la lección. Yo hubiese querido decirle algo, pero no sabía. Le puse una mano sobre el brazo, y le dije al oído: —No llores, Garrón. No contesta; y sin levantar la cabeza del banco puso su mano en la mía, y así la tuvo un buen rato. A la salida, nadie le habló; todos pasaron por su lado con respeto y en silencio...

EDMUNDO DE AMICIS.

### La silla que ahora nadie ocupa

C ON la vista clavada sobre la copa,  
se halla abstraído el padre desde hace rato;  
pocos momentos antes rechazó el plato  
del cual apenas quiso probar la sopa.

De tiempo en tiempo, casi furtivamente,  
llega en silencio alguna que otra mirada  
hasta la vieja silla desocupada  
que alguien, olvidadizo, colocó enfrente.

Y mientras se ensombrecen todas las caras,  
cesa de pronto el ruido de las cucharas,  
porque inocentemente como empujado

por esa idea fija que no se va,  
el menor de los chicos ha preguntado  
cuándo será el regreso de la mamá.

EVARISTO CARRIEGO.



## Parábola

C UANDO el joven príncipe Zemire sucedió a su padre en el trono de Persia, mandó llamar a todos los académicos de su reino, y habiéndolos reunido les dijo:

—El doctor Zeb, mi maestro, me ha enseñado que los soberanos no se expondrían a cometer tantos errores si tuvieran presentes los ejemplos del pasado. Por eso quiero estudiar los anales de los pueblos. Os ordeno que compongáis una historia universal, no omitiendo nada para que sea completa.

Habiendo prometido los sabios complacer el deseo del príncipe, se retiraron para dar principio a su obra.

Veinte años después volvieron a presentarse al rey, seguidos por una caravana de doce camellos, cada uno de los cuales llevaba quinientos volúmenes. El secretario de la Academia, arrodillándose en las gradas del trono, habló de esta manera:

—Señor: Los académicos de vuestro reino tienen el honor de depositar a vuestros pies la historia universal compuesta por vuestro mandato. Comprende seis mil tomos y encierra todo cuanto nos ha sido posible reunir respecto a las costumbres de los pueblos y a las vicisitudes de los imperios. Hemos insertado las antiguas crónicas que felizmente se conservaban aún, ilustrándolas con notas abundantes sobre la geografía, la cronología y la diplomacia. Los prolegómenos forman por sí solos la carga de un camello y los paralipómenos a duras penas pueden ser llevados por otro.

El rey respondió:

—Señores: Agradezco las molestias que os habéis tomado; pero estoy ocupadísimo con las atenciones de mi gobierno. Además, envejecí mientras trabajabais. He llegado, como dice el poeta persa, a la mitad del camino de la vida,

y aun suponiendo que muera en edad muy avanzada, no puedo prometerme tiempo bastante para leer una historia tan larga. Os ruego que me hagáis un compendio más proporcionado a la brevedad de la existencia humana.

Los académicos de Persia trabajaron veinte años más, presentando luego al rey mil quinientos volúmenes sobre tres camellos.

—Señor: —dijo el secretario perpetuo, con la voz fatigada. —He aquí nuestra nueva obra. Creemos no haber omitido nada esencial.

—Es posible —respondió el rey —, pero no la leeré tampoco. Ya soy viejo; las largas empresas no son propias de mi edad. Abreviad aún y no tardéis.

Tardaron tan poco, que al cabo de diez años volvieron seguidos de un elefante cargado con quinientos volúmenes.

—Me alabo de haber sido breve —dijo el secretario perpetuo.

—No lo habéis sido aún lo bastante —respondió el rey —. Mi vida toca a su fin. Abreviad, abreviad si queréis que conozca antes de morir la historia de los hombres.

Volvió el secretario perpetuo a presentarse en el palacio real pasados cinco años. Andando con muletas llevaba de la brida un borriquito cargado con un gran libro.

—Daos prisa —le dijo un palaciego —el rey se está muriendo.

En efecto, el rey se moría. Dirigiendo hacia el académico y su gran libro una mirada agonizante, dijo suspirando:

—¡Moriré sin conocer la historia de los hombres!

—Señor: —respondió el sabio, casi tan moribundo como él. —Os la voy a resumir en tres palabras: Nacieron, sufrieron y murieron.

Así aprendió el rey de Persia, un poco tarde, la historia universal.

ANATOLE FRANCE.



## Proverbio

No vayas, alma, a mendigar honores al pie de los palacios. No, en los dorados pórticos, esperes el paso del magnate, ni formes comitiva a la triunfal carroza.

No vayas, alma, a despertar rencores al seno de las turbas.

No intentes pedestal para tu fama, labrarte con auxilio de la fuerza del pueblo, eterno esclavo: ¡que eternamente adula y eternamente hiere!

¡Si quieres, alma, honores, lucha sola! ¡Alma, si honor pretendes, lucha libre!

Ni a reyes, ni a villanos jamás tu noble orgullo se doblegue. Ni a grandes, ni a pequeños intentes halagar con tus palabras. ¡Que los grandes salpican y los pequeños manchan!

G. MARTÍNEZ SIERRA.

## Ruy Díaz de Vivar

VIVAR estaba en el fondo de un bosque, era una fortaleza cuadrada, flanqueada por torres; fuerte antiquísimo. Tenía el patio pequeño y la puerta fea.

Cuando el *scheik* Jabias, después del rey de Toledo, fué a visitar al Cid al volver de Cintra, entró en el estrecho patio; un hombre que tenía en la mano una almohaza, curaba a un jumento que estaba atado en la verja; este hombre, que el caudillo moro veía por detrás, acababa de dejar en el suelo un saco de avena, una artesa, un arnés y una silla; la bandera que estaba enarbolada en el torreón era la de Don Diego, padre del Cid, que vivía aún; el hombre, sin ver al *scheik*, trabajaba con los brazos desnudos frotando

y limpiando al pollino; vestía de grosero cuero y de un modo agreste; el *scheik*, sin darle siquiera los buenos días, le dijo:

—“Villano, vengo a visitar a Ruy Díaz, el gran Campeador de las dos Castillas.”

El hombre se volvió hacia el príncipe moro y le contestó: “Yo soy.”

—“¡Cómo! ¿vos sois el valiente, el hombre heroico, la columna de los tronos?” — exclamó asombrado Jabias.

—“¿Sois vos el que sólo necesita salir a campaña para conquistar las ciudades y las aldeas que desea, al son del clarín triunfante?... Cuando os vi, siendo yo prisionero y vos el vencedor, en el palacio del rey, teníais el real aspecto del conquistador del Ebro; sostenía vuestra mano la célebre tizona y vuestra magnificencia hacía que la corte deslumbrase; muchos ricoshombres tenían en gran estima ser miembros de vuestra servidumbre y de vuestra antecámara; duques altaneros, hinchados de vanidad desde que eran caballeros cubiertos ante el rey, sin saber por qué se levantaban cuando vos pasabais; conseguíais que os siguieran los gentileshombres, y teníais mayordomos como las altezas reales; vuestros ropajes eran espléndidos; nadie sobrepujaba al Cid, ni aun en el real estrado; no había príncipe ni infante que se atreviera a llamaros compañero suyo. El brillo de vuestra gloria llegaba hasta el cielo; no había cumbre demasiado alta para vuestra talla; lo dominabais todo, siendo grandioso, sin jefe, sin yugo, sin dique; erais absoluto cuando enristrabais la lanza y agitabais vuestro penacho.”

Ruy Díaz de Vivar, le respondió:

—“Estaba entonces en el palacio del rey.”

El *scheik* repuso:

—“Pero ¿qué os ha pasado? ¿Qué significa ese cambio? Vengo a visitaros y os encuentro vestido como un paje, aquí afuera, con la cabeza descubierta y en las manos una



artesa y un cabezón y ocupado en trabajos propios de vuestros escuderos.”

—“*Scheik*, le respondió el Cid, es porque ahora estoy en casa de mi padre.”

VÍCTOR HUGO.



## Descripción

.....

G UARNECIENDO de una ría  
la entrada incierta y angosta,  
sobre un peñón de la costa  
que bate el mar noche y día,  
se alza gigante y sombría  
ancha torre secular  
que un rey mandó edificar  
a manera de atalaya,  
para defender la playa  
contra los riesgos del mar.

Cuando viento borrasco  
sus almenas no conmueve,  
no turba el rumor más leve  
la majestad del coloso.  
Queda en profundo reposo  
largas horas sumergido,  
y sólo se escucha el ruido  
con que los aires azota  
alguna blanca gaviota  
que tiene en la peña el nido.

Mas cuando en recia batalla  
el mar rebramando choca  
contra la empinada roca  
que allí le sirve de valla;  
cuando en la enhiesta muralla  
ruge el huracán violento,  
entonces, firme en su asiento,  
el castillo desafía  
la salvaje sinfonía  
de las olas y del viento.

.....

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.



## Un Viejo Escudero

.....

CASI todas las tardes, antes del toque de oraciones, se presentaba en la cuadra un viejo escudero. El ruido de sus botas en los peldaños era inconfundible. Sin embargo, el hombre aparecía de sorpresa, abriendo la puerta de un puñetazo. Luego, levantando por detrás, con la punta del espadón, bufonamente, la capa, se quitaba el chapeo y, haciéndole barrer el piso con la pluma, saludaba de esta guisa a las mozas, cual si fueran infantas de España. Un arcón, forrado de bayeta amarilla, le servía de asiento. Cuando traía las botas enlodadas acercábase al brasero para secarse las suelas.

Era natural de Turégano, en Castilla la Vieja. Siendo muy niño, había dado muerte, con una navaja, al hijo de un alguacil. Después de cuatro años de cárcel, como sus padres quisieran colocarle en una tienda de platero, se desgarró para siempre. Su repugnancia por todo oficio mecánico y un exceso de voluntad errabunda le arrojaron por el camino soldadesco. Más de la mitad de su vida la pasó sirviendo al Emperador Carlos Quinto y al actual monarca Don Felipe Segundo, en los galeones y galeazas armados a la ligera para tomar represalias sobre los pueblos desprevenidos o caer de improviso sobre algún cargamento del turco. Conocía las islas del Levante y los menores recovecos de los golfos. Soldado y marino a la vez, la sarna, las bubas, y otras graves enfermedades que se toman en los puertos, las heridas de pica, de espada, de saeta, las porradas y quemaduras de los asaltos, fueron las especias en que se guisó de continuo su azarosa ventura. Había estado dos veces a punto de morir en la horca. El año 1560 cayó prisionero del

turco, en los Gelves. Llevado a Constantinopla, y puesto al remo de una galera que cargaba materiales para el Palacio del Sultán, fué uno de los que mataron a los guardas a pedradas, huyendo a Sicilia con el bajel.

El hábito del acecho continuo y de los ataques súbitos como picotazos, había dejado un gesto de resolución instantánea en sus ojos enérgicos. Ojos grises de ave de presa, pupilas duras donde chispeaba todavía la brasa de su orgullo, como en los tiempos en que arrastraba sus castellanas espuelas por las losas de Nápoles.

Era su historia una ristra de hazañas más o menos honrosas; pero, lleno de altiva indolencia, no buscó nunca salir de la clase de soldado, calzando a la vejez el guante escudril y acogiéndose a la tarea tranquila de acompañar por las calles a las señoras de la nobleza.

A más de los lances de su propia existencia, contábales a las criadas retazos de libros de caballerías, así como también tradiciones fabulosas de Avila y Segovia. Sabía canciones de barberos y caminantes, toda la vida en verso del moro Abindarráez; e innumerables letrillas que cantaba con áspera voz, al son de una vihuela, dándose vuelta los párpados para remedar a los ciegos.

ENRIQUE LARRETA.





## La Muerte de Juliano

YA declinaba la tarde cuando los klibanarios vacilaron, por cuanto las armaduras recalentadas los quemaban. Juliano dirigió contra ellos todos sus esfuerzos. Se arremolinaron y el espanto penetró en sus filas. De los labios del Emperador se escapó un grito de triunfo. Tiró hacia delante, persiguiendo a los fugitivos, sin darse cuenta de que el ejército se quedaba rezagado. Algunos guerreros acompañaban a César y en su número el viejo general Víctor. El anciano, herido en una mano, no sentía su mal, no abandonaba al Emperador un solo instante, parando con su escudo los golpes mortales que les asestaban. Sabía que era tan peligroso acercarse a un ejército en fuga como a un edificio en ruina.

—¿Qué haces, César? ¡Cuidado! ¡Ponte mi cota de maila! — le gritaba.

Juliano, sin escucharlo, iba adelante, siempre adelante, los brazos levantados, el pecho al descubierto, como si solo, sin ejército, por su cara y su gesto terribles, espantara a sus innumerables enemigos. Una alegre sonrisa se pintaba en sus labios. A través de una nube de polvo que levantaba el galope furioso de su caballo, brillaba el casco beociano, y los pliegues de la clámide, flotando a merced del viento, parecían dos gigantescas alas de púrpura, que arrastraban al Emperador lejos, muy lejos.

Delante de él huía un destacamento de sarracenos. Uno de los jinetes se volvió, reconoció a Juliano en sus vestiduras, y le mostró a sus compañeros, lanzando un grito gutural parecido al de un águila:

—¡Malek! ¡Malek! ¡El rey! ¡El rey!

Todos se volvieron cara a los romanos, y sin detener sus corceles saltaron de pie en sus sillas, blancos completamente en sus largos ropajes, esquivando las lanzas arrojadas por encima de sus cabezas.

El Emperador vió un semblante bárbaro, muy bronceado. Era casi un niño. Corría hacia él sobre un dromedario de Bactriana, cuyos pelos balotaban pedazos de barro seco. Víctor, con su escudo, paró dos lanzas sarracenas dirigidas contra el Emperador.

Entonces el chiquillo, de pie sobre el dromedario, apuntó, y su mirada de rapaz brilló, en tanto que enseñando los dientes blancos gritaba alegremente:

—¡Malek!... ¡Malek!

¡Cuán dichoso eres! — pensó Juliano. — En tanto que yo aún...

No tuvo tiempo para acabar su pensamiento. Silbó la lanza, alcanzó su mano derecha en la que levantó la epidermis, deslizóse a lo largo de las costillas y fué a hundirse por debajo del hígado. Juliano creyó la herida ligera, cogió la punta de doble filo para arrancársela y se cortó los dedos. La sangre manaba en abundancia. Juliano lanzó un grito, inclinó la cabeza hacia atrás, clavó sus ojos desmesuradamente abiertos en el cielo pálido y cayó del caballo en los brazos de sus guerreros.

Víctor lo sostenía con una tierna veneración; sus labios temblaban; contemplaba con una turbia mirada de dolor los ojos cerrados del soberano.

Las cohortes rezagadas se les reunieron al fin.

DIMITRI DE MEREJKOWSKY.





Palas Atenea ante la tumba de los héroes muertos por la Patria

## Oremus...

D<sup>A</sup> a mi patria, Señor, la fortaleza  
que ha dado a las más ínclitas naciones,  
y haz que lleven sus triunfos los blasones  
de la Verdad, el Bien y la Belleza.

No permitas desmedro en su grandeza  
ni consientas deshonra en sus legiones,  
y abrásanos, Señor, los corazones  
con llamas de justicia y de nobleza.

Que disipe su voz las tempestades.  
en su recinto la abundancia fluya  
y reinen la salud y la alegría,

y que jamás contemplen las edades  
ni gloria más excelsa que la tuya,  
ni patria más gloriosa que la mía.

MOISÉS NUMA CASTELLANOS.



## Oración a la Bandera

A SUMA el verbo sus majestades más altas; inspirelo la República, y brote del labio, en cláusulas opulentas de unción y verdad el himno a la Bandera de la Patria...

Hela ahí, eterna como los cielos que trasunta, inimitable como la soberanía que representa, serena como la nacionalidad que simboliza, a la vez triunfal y benigna, desconocida de las derrotas y camarada de la victoria...; hela ahí, ondeando jubilosa en su armonía tricolor de firmamento y sol, más sagrada que todos los lábaros del mundo; ¡arriba los corazones para escuchar esta verdad inmensa!... más sagrada que todos los lábaros del mundo, porque jamás tremoló sobre el dolor de los vencidos sin recoger al mismo tiempo la bendición de los libertados...; hela ahí, magnífica de anterioridades, porque cuando nació, tal fué de solidaria para con los oprimidos y de castigo para los opresores, tal de americana su misericordia, que era como si los Andes fueran su asta y todo el cielo su trapo...; hela ahí legítimamente orgullosa de su duplicado simbolismo, como que tiene a la libertad por madre y a la libertad por fruto...; hela ahí soldado de la República, lista para cobijarnos como un dosel en las jornadas fecundas de la paz, o para conducirnos si el caso llega, con la serena precisión de un águila que vuelve al nido, a su eminencia familiar de triunfos y de glorias!

Ella inviste los tonos siderales... Los inviste, no sé si porque nuestros abuelos, en la inmutable arrogancia de su gesto, miraban habitualmente hacia arriba, o porque para traducir la pureza del anhelo común nada sugestionó tanto a sus espíritus como la mansa diafanidad de un día serenísimo, o si porque al cruzar la cumbre más alta de la Cordillera Andina, el sable de José de San Martín, alzado en la

vertical absoluta de la última invocación al Dios de las victorias, arrancó y trajo en la punta un pedazo de cielo como ejecutando militarmente el voto soberano del año diez y seis...

Acabáis de jurarla... Jurar la bandera es como subscribir el desposorio de la virilidad con la Patria. Ello fué siempre un honor para toda criatura humana y respecto de toda enseña de hombres libres; pero jurar "esa" bandera; ¡hay qué decirlo y hay que sentirlo, señores! Jurar esa bandera importa un honor muchas veces insigne. He ahí, en efecto, un jirón de firmamento bajo del cual nunca pasó una nube; y si es verdad, según el vibrante grito conocido, que no fué atada jamás al carro de ningún vencedor de la tierra, es cierto también, ¡loado sea Dios! que en los carros vencedores donde ella tremoló como dueña y señora no se cargó jamás botín de aventureros, ni se ultrajó a la dignidad humana... Paseó por América guerreando y redimiendo, como si el alma de la madre heredada integralmente por la progenie romántica y bravía, la hubiera inducido a echarse, campo fuera en gigantescas aventuras de redención; y cuando la victoria premió el esfuerzo supremo, sólo supo esa progenie, en su honradez inmaculada, replegarse con un gajo de laurel entre las manos al seno del hogar propio, perseverando en el propósito generoso de agigantarse hacia arriba, para poder agrandar el feudo propio sin disminuir el ajeno!

.....

¡Salve, bandera de la patria, hija de la libertad, y madre suya; lábaro santo impregnado de unos fulgores que traducen a la vez la altura de la procedencia y la altura del destino... , síntesis de una historia de redenciones y altiveces tales que, más que la pluma para referirla, fuera lo propio templar láudes para cantarla... ¡Salve bandera de la patria!



Por ella y para ella, todas las vibraciones del cerebro y todas las pujanzas del músculo; por ella y para ella, argentinos, hasta la última gota de sangre!

.....

BELISARIO ROLDÁN.

## Retrato del General San Martín

SAN Martín, como ser físico poseía una figura arrogante, altiva y en todo militar. Había nacido soldado y murió soldado. Alto, moreno, ancho de pecho, rígido como un sable, su espesa cabellera negra caía aún en su edad madura en enérgicas guedejas sobre su frente atezada, según se deja ver en un retrato casi juvenil que de él se conservó en la Sala de Gobierno de la antigua Mendoza. En su vejez peinaba, empero, sus canas cortadas militarmente, con la llaneza del cuartel. Su nariz era aguileña, su barba saliente, su boca enérgica, si bien en los últimos años espeso bigote completamente cano disimulaba la languidez de sus pliegues y la pérdida de su dentadura.

La vida entera parecía, sin embargo, concentrarse en los ojos, de un negro brillante sombrío en que todas las pasiones parecían teñirse de relámpagos como en los de aquel admirable tipo de belleza guerrera que poco después se extinguió entre nosotros: su capitán favorito, Las Heras.

La "mirada terrible" del general San Martín ha quedado en Chile como una especie de leyenda, pero a nuestro juicio había en esa severidad del semblante más aparato que ira, más estrategia que pasión. San Martín, por no gritar, miraba.

.....

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA.

## Edmundo Goncourt

EDMUNDO de Goncourt es <sup>(1)</sup> alto y de buenas carnes, aunque no excesivamente grueso: tiene la cabeza de más que mediano tamaño, sin desproporción y su apostura es noble y distinguida, aun para los que le vemos por su casa en zapatillas y chaquetón holgado. Gasta el bigote blanco, retorcido y marcial, y la perilla guerrera. Su cabello, largo como el de casi todos los escritores franceses, es también cano, con reflejos de plata; sedoso y brillante. Sus ojos negros revelan en el mirar extraordinaria energía, al par que los cruzan ráfagas de timidez, y sus pupilas están casi siempre dilatadas, como si hubiese absorbido belladona. Dilátanse también con frecuencia las movibles alas de su fina nariz, bien diseñada y palpitante al soplo de la idea y al aura del pensamiento. Sus cejas, altas hacia el entrecejo, descienden rápidamente en las sienes, lo cual presta a su cara un sello natural de melancolía. La frente es lobulosa, enérgicamente levantada sobre las cejas, aunque deprimida en la sien: las dos protuberancias que la acentúan parecen concreción visible de la memoria y de las dotes de observador. La tez, que según confesión propia era pálida cuando Edmundo mantenía arraigada la costumbre de fumar, ahora es blanca, levemente sonrosada, y muestra la delicadeza del cutis de las personas reclusas, caseras y metódicas, tres condiciones que posee en alto grado el inmortal autor de "Querida".

EMILIA PARDO BAZÁN.

---

(1) Este capítulo fué publicado antes de la muerte de Goncourt.



## Facundo Quiroga

...Facundo era de estatura baja y fornido; sus anchas espaldas sostenían sobre un cuello corto una cabeza bien formada, cubierta de pelo espesísimo, negro y ensortijado. Su cara, poco ovalada, estaba hundida en medio de otro bosque de pelo, al que correspondía una barba igualmente espesa, igualmente crespa y negra que subía hasta los pómulos bastante pronunciados para descubrir una voluntad firme y tenaz.

Sus ojos negros, llenos de fuego y sombreados por pobladas cejas, causaban una sensación involuntaria de terror en aquellos en quienes alguna vez llegaban a fijarse, porque Facundo, por arte, por deseo de hacerse siempre temible, tenía de ordinario la cabeza inclinada y miraba por entre las cejas como el Alí-Bajá de Montvoisin. El Caín que representa la famosa compañía Ravet, me despierta la imagen de Quiroga, quitando las posiciones artísticas de la estatuaria que no le convienen. Por lo demás, su fisonomía era regular, y el pálido moreno de su tez sentaba bien a las sombras espesas en que quedaba encerrada.

La estructura de su cabeza revelaba, sin embargo, bajo esta cubierta selvática, la organización privilegiada de los hombres nacidos para mandar. Quiroga poseía esas cualidades naturales que hicieron del estudiante de Brienne el genio de la Francia, y del mameluco oscuro que se batía con los franceses en las Pirámides, el virrey de Egipto. La sociedad en que nacen da a estos caracteres la manera especial de manifestarse; sublimes, clásicos, por decirlo así, van al frente de la humanidad civilizada en unas partes; terribles, sanguinarios y malvados, son en otras su mancha, su oprobio.

.....

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO.

## Segismundo

SUEÑA el rico en su riqueza,  
que más cuidados le ofrece;  
sueña el pobre que padece  
su miseria y su pobreza;  
sueña el que a medrar empieza;  
sueña el que afana y pretende;  
sueña el que agravia y ofende;  
y en el mundo, en conclusión,  
todos sueñan lo que son;  
aunque ninguno lo entiende.

Yo sueño que estoy aquí  
destas prisiones cargado,  
y soñé que en otro estado  
más lisonjero me vi.

¿Qué es la vida? Un frenesí,  
¿Qué es la vida? Una ilusión,  
una sombra, una ficción,  
y el mayor bien es pequeño:  
que toda la vida es sueño,  
y los sueños sueños son.

CALDERÓN.



## El Padre Predicador

HALLÁBASE el padre predicador mayor en lo más florido de la edad, esto es, en los treinta y tres años cabales: su estatura procerosa, robusta y corpulenta, miembros bien repartidos, y asaz simétricos y proporcionados, muy derecho de andadura, algo salido de panza, cuellierguido, su cerquillo copetudo, y estudiosamente arremolinado: hábitos siempre limpios y muy prolijos de pliegues, zapato ajustado, y sobre todo su solideo de seda, hecho de aguja, con muchas y muy graciosas labores, elevándose en el centro una borlita muy airosa, obra de ciertas beatas que se desvivían por su padre predicador. En conclusión, él era mozo galán, y juntándose a todo esto una voz clara y sonora, algo de ceceo, gracia especial para contar un cuentecillo, talento conocido para remedar, despejo en las acciones, popularidad en los modales, boato en el estilo y osado en los pensamientos, sin olvidarse jamás de sembrar los sermones de chistes, gracias, refranes, y frases de chimenea encajadas con grande donosura, no sólo se arrastraba los concursos, sino que se llevaba de calle los estrados.

EL PADRE ISLA.

## Mariano Moreno

UNGIDO por la muerte que le sorprende en el lleno de su esplendor, un hombre legó a la posteridad la memoria pura de su acción rápida y fértil, de su alma incontaminada de todo desfallecimiento, exenta de las manchas de la anarquía y de las intemperancias de la ambición. Espíritu escogido y corazón fogoso, abarcó temprano el sentido de la re-

volución, amó con frenesí y obró con denuedo. De todos los espectáculos del mundo moderno y de todos los hechos que brotaban ante sus ojos al calor de la irritación popular, recogió la lumbre que en su cabeza genial se convirtió en antorcha y en rayo. Formulando la mente oculta en el trastorno social y el destino del pueblo naciente, iluminaba las sendas de las muchedumbres libres, y con estro profético y la audacia de un apóstol fulminaba sobre los tiranos y sobre el pasado la inexorable sentencia. Como la mayoría de las grandes personalidades históricas, parecía absorto en una sola contemplación, y refundía su coraje, su actividad, en un amor y en un ideal: el pueblo, la soberanía democrática. Índomito, orgulloso, original, ninguna condescendencia le hizo paliar su pensamiento, ni torcer su rumbo, ni moderar las formas crudas y viriles de su palabra ardiente. Durante su juventud, un día en que la fiebre le oprimía y le martirizaba con visiones extravagantes, bastóle un momento de lucidez en medio de la obsesión de lo absurdo para recombrarse, y tan imperiosa era su alma, que un acto, insensato en otro, de voluntad, despejó su atmósfera fantástica y equilibró su organismo conmovido. Tanta energía era signo de su vocación de revolucionario y de iniciador. Fija el dogma, lo propaga, enciende las almas en el fuego que desborda de la suya... y desaparece, como si la Providencia hubiera querido sublimar el credo democrático eximiendo pronto de la vulgaridad a su primer apóstol y resguardar su nombre bajo el ala de la gloria. Muere joven, puro y lejos... en la soledad del mar que traga sus cenizas para que nos quedara sólo el recuerdo de su paso, súbito como el de una ráfaga vivificante, y su doctrina inoculada en todos los espíritus, encarnada en una sociedad. Ese hombre se llama Mariano Moreno.

JOSÉ MANUEL ESTRADA.



## Esteban Echeverría

CUANDO se escriba la historia de nuestros hombres civiles, un alto puesto de honor será mercedidamente destinado a la simpática figura de Echeverría. Fué un carácter y un talento verdaderamente argentino.

Era un apasionado de la Naturaleza, en cuyo seno había nacido y se había desenvuelto. No tiene desdén por el campesino; si le considera, tal como éste se le ofrece, incapaz de realizar inmediatamente el tipo del ciudadano consciente de la República, descubre en él las cualidades ingénitas que desenvueltas por la educación pueden convertirle en ese tipo. Ocúpase el mismo en faenas rurales que interrumpió cuando el general Lavalle se alzó en armas contra Rozas.

Quería establecer escuelas en todas partes. Uno de sus discípulos, Sarmiento, hizo de este proyecto del maestro, su tema favorito de propaganda y de trabajo.

Alberdi, caído Rozas, reflejo y desenvolvió el pensamiento de Echeverría y en vez de copiar una constitución extranjera, formuló en las *Bases* la que surgía naturalmente del estado social de sus antecedentes históricos.

El alma de Echeverría es quizá, más que la de cualquier otro pensador argentino, la que mejor ha reflejado la patria, como era en los días de su vida y como sería en el porvenir que él divisaba en las visiones de una mente elevada y perspicaz.

PEDRO GOYENA.

## Marco Bruto

.....  
ERA Marco Bruto varón severo, y tal, que reprendía los vicios ajenos con la virtud propia, y no con las palabras. Tenía el silencio elocuente, y las razones vivas. No rehusaba la conversación, por no ser desapacible, ni la buscaba, por no ser entremetido. En su semblante resplandecía más la honestidad que la hermosura. Su risa era muda y sin voz: juzgábanla los ojos, no los oídos; era alegre sólo cuanto bastaba a defenderle de parecer, afectadamente triste. Su persona fué robusta y sufrida, lo que era necesario para tolerar los afanes de la guerra. Su inclinación era el estudio perpetuo, su entendimiento judicioso, y su voluntad siempre enamorada de lo lícito y siempre obediente a lo mejor. Por esto las impresiones revoltosas fueron en su ánimo forasteras e inducidas de Casio y de sus amigos, que, poniendo nombre de celo a su venganza, se la presentaron decente y se la persuadieron por leal.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.

## Estrada y Goyena

Los dos habían recibido del cielo la vocación docente y la palabra vibradora del orador. Los dos fueron modestos en su vida, sabios en su ciencia que fué el derecho, e íntegros en las pruebas de la ambición, del éxito y del infortunio. Ambos conquistaron la alta notoriedad del intelecto: pero de muy distinta suerte. Tenía Goyena, fuera de su iglesia, la ironía filosófica de un volteriano y dentro de su fe era el *Agnus Dei* suave y cándido de la grey católica; aspiraba Estrada en todas partes a la austeridad de creencias sin enojos, pero sin sonrisas. En la elocuencia de Goyena triunfaba la gracia abundante y la intención filosa; en



la de Estrada, la sobriedad y el vigor: el uno, verboso, diestro, cincelado, insinuaba, seducía; el otro, adusto, sonoro y hondo, imprecaba y convencía...

JUAN BALESTRA.

## Moreno y Belgrano

MORENO subordinó la revolución a su genio y Belgrano, infatigable obrero de la libertad y del progreso, se puso a su servicio. El uno era el hombre de las grandes vistas políticas, de las reformas atrevidas, de la iniciativa y de la propaganda revolucionaria en todo sentido; el otro era el hombre de los detalles administrativos, de la labor paciente, dispuesto a ser el héroe o el mártir de la revolución, según se lo ordenase la ley inflexible del deber.

Belgrano era el yunque de la Junta, Moreno el martillo. Un vínculo común, unía a estas dos naturalezas opuestas: el interés por la instrucción pública. Mientras Moreno fundaba la Biblioteca Pública y trazaba a grandes rasgos un programa de educación popular, para impedir, según decía él, que la sociedad se barbarizase por la tendencia invencible que la arrastraba a los campos de batalla; Belgrano, reanudando sus antiguas tareas, promovía en el gobierno la creación de una "Academia de Matemáticas" para ilustrar a los militares, la que se estableció en el mismo salón del Consulado donde antiguamente había organizado su "Escuela Náutica" y su "Academia de Dibujo". Belgrano, nombrado protector de ella, decía en su discurso inaugural: "En este establecimiento hallará el joven que se dedica a la honrosa carrera de las armas, por sentir en su corazón aquellos afectos varoniles que son los introductores al camino del heroísmo, todos los auxilios que puede suministrar la ciencia matemática, aplicada al arte mortífero, bien que necesario de la guerra."

BARTOLOMÉ MITRE.

## El Misionero

(Fragmento)

.....

Yo renuncié a las glorias mundanales\*  
por el arduo desierto solitario,  
para sembrar, también, abecedario,  
donde mismo se siembran los trigales.

“Yo tuve mi covacha siempre abierta  
para cualquier afán, falaz o cierto,  
y tan franco, tan libre, tan abierto,  
mi hermoso corazón como mi puerta.

“Yo deliré de hambre sendos días,  
y no dormí de frío sendas noches,  
para salvar a Dios de los reproches  
de su hambre humana y de sus noches frías.

“Yo recibí el sarcasmo pestilente  
que de los senos presidiarios corre,  
como el santo de piedra de una torre  
las caricias del sol sobre su frente.

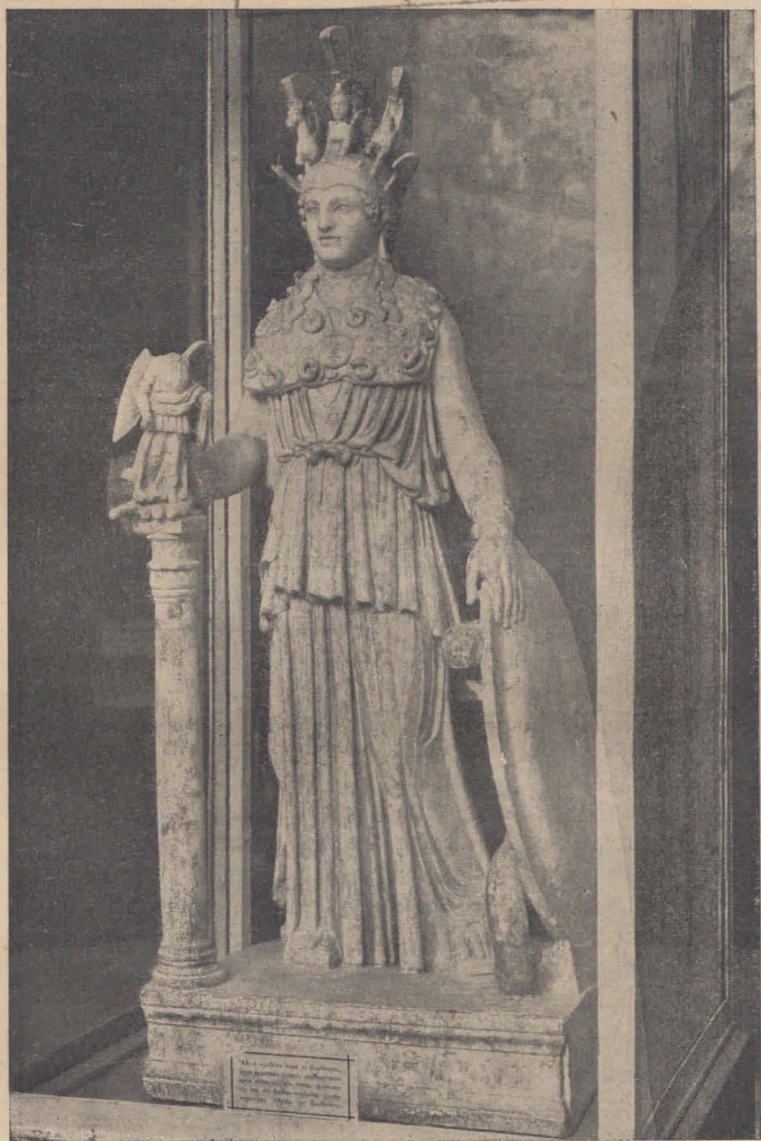
“Y a pesar de ser bálsamo y ser puerto,  
de ser lumbre, ser manta y ser comida...  
¡A mí nadie se amó sobre la vida,  
ni nadie me honrará después de muerto!”

.....

PEDRO B. PALACIOS.

(Almafuerte)





Palas Atene, obra del escultor griego Fidias

## El Héroe y su Heroísmo

Lo que constituye la virtud culminante de Sarmiento, es su inmensa fe en la patria futura. Por aquí se vinculaba su pensamiento a la idea de la inmortalidad, que es la más alta expresión del espíritu humano, y al concepto heroico que los hombres de Mayo tuvieron de nuestro destino como nación.

Fe, es decir, certidumbre de lo que no se ha visto, pero que el espíritu percibe como realidad indudable, por una especie de proyección de su propia luz en el tiempo y en el espacio todavía inexistentes: verdadero acto de creación, que diferencia al hombre como un ser único entre todos; heroísmo, porque semejante obra comporta un esfuerzo anormal, constituyendo al hombre que lo realiza en la entidad representativa de una existencia superior, en la que dicha anormalidad será la condición habitual de la vida. Así el heroísmo y la fe, resúmen en un solo acto magnífico.

La patria, pequeña y pobre que esos hombres acababan de fundar, no constituía ciertamente presunción de éxito, ni siquiera una bella esperanza. Todo parecía conspirar, por el contrario, a su fracaso. El desierto, la incultura, la religión, la guerra civil permanente, parecían relegar el propósito a la región de la quimera, por no decir del absurdo. Y luego, formar una patria, era, según las enseñanzas de la historia, tarea secular de millones de hombres. La única luz creadora, era la que esos pocos empresarios de ideal emanaban de sus espíritus. La realidad actual está fundada por aquella fe anterior. Es, conforme a la idea amada por el espíritu. Aquí está el secreto de la grandeza que hoy veneramos en nuestros padres. Y esto vale mucho más que todos los actos militares y los ensayos políticos de nuestros tiempos heroicos. Es la verdadera victoria, la expresión de vo-



luntad que vence obstáculos y desengaños, determinando a través de todos ellos, el porvenir mejor: el heroísmo, en una palabra.

Lo que caracteriza la acción heroica, es una desproporción fundamental entre la resistencia que opone el medio cuya transformación se persigue, y la capacidad aparente del que lucha con él. Cuando esas docenas de hombres han realizado en cincuenta años la obra de fundar un país, mientras para que esto se necesita normalmente el esfuerzo continuo de una raza durante siglos, podemos decir que aquellos trabajadores han ejecutado un acto heroico. Por esto, los hombres de la Revolución, son verdaderamente nuestros héroes.

LEOPOLDO LUGONES.

## Optimismo

---

INVESTIGAR el mal y llamar la atención sobre él es propio del más genuino optimismo, porque sólo encuentra fuerzas para hacerlo quien está convencido de que es remediable, de que puede ser substituído por un bien. El optimismo, enérgico, actuante, es el primer deber de la vida. Y nos lo impone con más autoridad que nunca el progreso científico y social de nuestra época. Sólo pueden negar el valor de ese progreso aquellos a quienes perjudica, o los que se han trasnochado en la Edad Media y no quieren salirse de sus ruinas.

Amemos la belleza soñadora de las ruinas; pidámosles el secreto que con ellas nos lega el pasado: él contiene acaso la clase de un secreto del presente o del porvenir. Pero no prestemos atención al chillido de los murciélagos que cobijan. ¡Vivamos en el presente! Y con la frente orientada ha-

cia el porvenir, porque en cada uno de los instantes fugitivos, el presente es el porvenir que se precipita sobre nosotros.

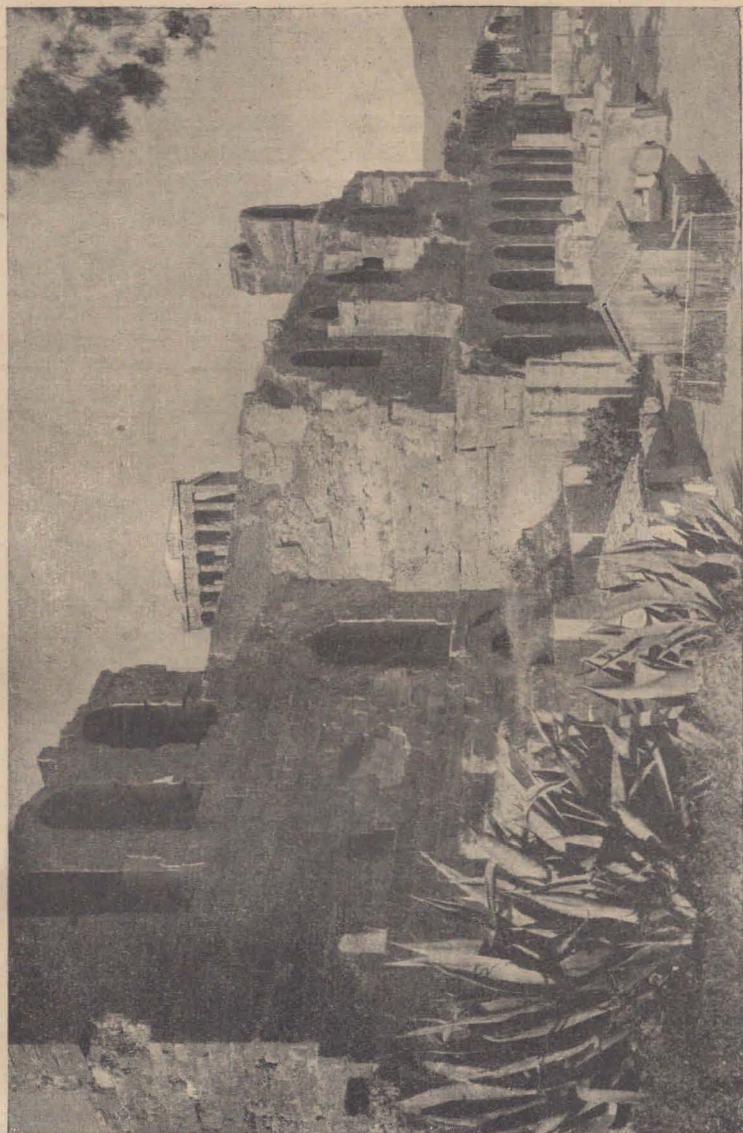
Nunca valió más el presente la pena de ser vivido que ahora, si se considera la civilización mundial en conjunto. No deploro haber nacido en esta época, si bien hubiera preferido hacerlo un par de siglos después. A pesar de todas sus incongruencias e ignominias es la más interesante, la más magnífica de la Historia. Ninguna ha agitado un número tal de problema trascendentales ni buscado su solución con tanta inteligencia y amor. El "materialismo" que se le reprocha, ha llegado a actualizar más ideales espirituales que el "espiritualismo" de las anteriores inmediatas; jamás el nivel general de la vida en todos sus aspectos llegó a una altura comparable.

El progreso técnico y económico ponen al alcance de las masas aspectos de bienestar, que hasta no hace mucho eran privilegio de pequeñas minorías. Las escuelas populares, el libro y el diario baratos llevan a todos una vislumbre cultural e ideal, y mejoran progresivamente. Renegar del diario de a cinco centavos por su vulgaridad y frecuente venalidad, de la escuela común porque "común", corre parejas con rechazar el aeroplano porque no puede llevarnos a la Luna. La lucha contra las plagas sociales se metodiza y se intensifica. Las ciudades cultas se llenan de aire y de luz, se florecen, se hacen amables y salubres. El progreso agrícola da a las campiñas un alma nueva, transforma en jardines las regiones densas. Y si de las masas subimos a las "élites", ¿puede citarse un siglo en que llegara a igual altura un número tal de hombres?

.....

AUGUSTO BUNGE.





## Si una espina me hiere...

Si una espina me hiere, me aparto de la espina,  
pero no la aborrezco. Cuando la mezquindad  
envidiosa en mí clava los dardos de su inquina,  
esquívase en silencio mi planta, y se encamina  
hacia más puro ambiente de amor y caridad.

Rencores. ¡De qué sirven, qué logran los rencores!  
Ni restañan heridas ni corrigen el mal.  
Mi rosal tiene apenas tiempo para dar flores  
y no prodiga savias en pinchos punzadores.  
Si pasa el enemigo cerca de mi rosal,  
se llevará las rosas de más sutil esencia,  
y si notare en ellas algún rojo vivaz,  
será el de aquella sangre que su malevolencia  
de ayer vertió al herirme con encono y violencia,  
y que el rosal devuelve trocada en flor de paz!

AMADO NERVO.

## Rima

Allá arriba el sol brillante,  
las estrellas allá arriba:  
aquí abajo los reflejos  
de lo que tan lejos brilla.

Allá lo que nunca acaba,  
aquí lo que al fin termina:  
¡Y el hombre atado aquí abajo  
mirando siempre hacia arriba!

AGUSTÍN FERRÁN Y FORNIÉS.

(Citada por el poeta Gustavo Adolfo Bequer, en  
el prólogo del libro "La Soledad").



## Los Hombres de Acción

No es difícil ser virtuoso de un modo negativo y restringiendo el campo de acción, como no lo es tampoco triunfar de cierto modo en la vida activa si se dejan a un lado las consideraciones que ligan a los hombres honrados y rectos, pero dista mucho de ser fácil combinar la honradez con un trabajo eficaz, y esta es precisamente la condición esencial de toda obra verdaderamente útil.

Soñar planes admirables para el mejoramiento de las condiciones sociales y políticas, no es trabajo penoso cuando se está cómodamente sentado en el gabinete; pero la experiencia demuestra con mucha frecuencia cuán difícil es llevar a la práctica, aunque sea imperfectamente, siquiera una pequeña parte de ellos. Y, sin embargo, hay que esforzarse constantemente para lograr esto último, so pena de renunciar a todo progreso en nuestra vida política.

Una sola cualidad o una sola virtud no son suficientes para asegurar el éxito: el vigor, la probidad, el sentido común, son igualmente necesarios.

La habilidad del hombre práctico sirve sólo para hacerle más pernicioso, si la emplea mal, sea por ignorancia o por falta de honradez; del mismo modo que el doctrinario, el hombre que expone teorías por escrito o de palabra, resulta completamente inútil si no se halla en condiciones para obrar y llevarlas a la práctica.

Creemos que el hombre de acción es superior al crítico, que el que lucha está muy por encima del que se mantiene aislado, sea cual fuere la razón que tenga para obrar así, lo mismo si es pesimismo que debilidad. Valiéndome de una comparación tomada del *football*, diré que, a mi juicio, los hombres deben jugar lealmente (*playfair*), sin supercherías, y que sólo puede alcanzar el éxito el jugador que pegue fuerte sobre la línea. (Who hist the line hard).

TEODORO ROOSEVELT.

## El Buen Sentido

EL buen sentido es una de las cosas mejor repartidas en mundo; todos pensamos que lo poseemos en alto grado y hasta aquellas personas de natural descontentadizo y ambicioso, en todos los órdenes de la vida, creen que tienen bastante con su buen sentido y, por consiguiente, no desean aumentarlo.

No es verosímil que todos se equivoquen; eso nos demuestra, por el contrario, que el poder de juzgar rectamente, distinguiendo lo verdadero de lo falso, poder llamado por lo general buen sentido, sentido común o razón, es igual por naturaleza en todos los hombres; por eso la diversidad que en nuestras opiniones se observa, no procede de que unos sean más razonables que los otros, porque, como acabamos de decir, el buen sentido es igual en todos los hombres; depende de los diversos caminos que sigue la inteligencia y de que no todos consideramos las mismas cosas.

Las almas más elevadas, tanto como de las mayores virtudes son capaces de los mayores vicios; y los que marchan muy lentamente, si siguen el camino recto pueden avanzar mucho más que los que corren por una senda extraviada.

Nunca he creído que mi espíritu es más perfecto que el del vulgo y con frecuencia he llegado a desear para mi espíritu cualidades que en otros he observado: rapidez en el pensamiento, imaginación clara y distinta, memoria firme y extensa. No conozco más cualidades que sirvan para formar un espíritu perfecto, porque la razón, característica del hombre, en cuanto por ella nos diferenciamos de las bestias, está entera en cada ser racional.

R. DESCARTES.





En acecho. Dibujo que por lo sintético y expresivo, pertenece a la orientación futurista.

## El Futurismo

.....

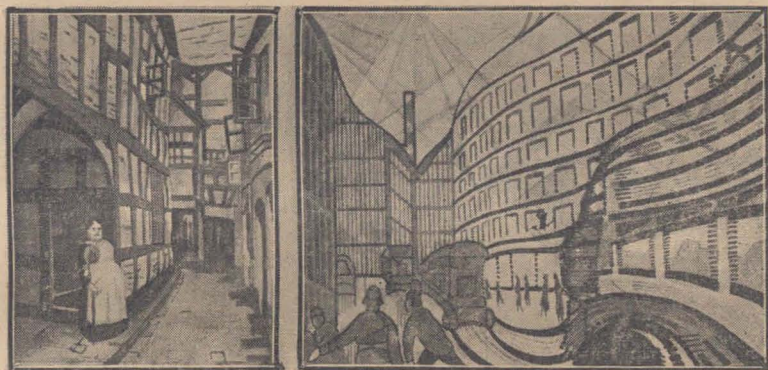
EL pasado es necesariamente inferior al futuro. Por lo menos, queremos que así sea. Sobre todo, ¿cómo hemos de reconocer nosotros méritos al más peligroso de nuestros enemigos, el pasado, mentor lúgubre, tutor execrable?

Por eso renegamos del esplendor obsesivo de los siglos abolidos y colaboramos con la mecánica victoriosa que sujeta a la tierra entre sus mallas de velocidad.

Colaboramos con la mecánica para destruir la vieja poe-

sía de la distancia y de las soledades silvestres, la exquisita nostalgia de la partida, que reemplazamos por el trágico lirismo de la ubicuidad y la omnipresente rapidez.

Nuestra sensibilidad futurista, en efecto, ya no se emociona ante el sombrío misterio de un valle inexplorado o de un desfiladero de montañas, las que nosotros imaginamos sin querer, surcadas por la cinta elegante y casi parisienne de un camino blanco, en el cual bruscamente se para bufando un automóvil hirviente de progreso y lleno de voces civili-



Dibujo futurista. Calle antigua, solitaria, y calle moderna en pleno tráfico.

zadas, rincón de bulvar trasplantado, vivaqueando en plena soledad.

Este bosque de abetos lunáticos tiene una senda futurista que le divide de parte a parte. El reinado sencillo y gemebundo del árbol de los largos soliloquios, acabó ya.

Con nosotros empieza el reinado del hombre sin raíces, el hombre multiplicado que se mezcla al hierro, se nutre de electricidad y no comprende más que la voluptuosidad del peligro y el heroísmo cotidiano.

Con esto os basta para saber hasta qué punto despre-



ciamos la propaganda en pro de la estética del paisaje, ese estúpido anacronismo.

¡Anuncios multicolores sobre el verdor de las praderas, puestos de hierro que engarzan las colinas, trenes quirúrgicos horadando el viento azul de las montañas, enormes cañones de turbinas, nuevos músculos del planeta, sed loados por los poetas futuristas, porque destruis la vieja sensiblería enfermiza y acariciadora de la tierra!

F. T. MARINETTI.



Escultura modernista.

## El Periodismo Argentino

EL periodismo es una exteriorización elocuente del grado de prosperidad económica y de cultura moral alcanzados por una nación. Entre nosotros tiene características peculiares que enaltecen su prestigio como exponente de la vitalidad del país, a la vez que aquilatan los progresos realizados en el orden de las instituciones políticas, no obstante la valla interpuesta en su camino durante el último medio siglo, por erróneas y perniciosas tendencias de personalismo y desbordes de sensualidad.

El periodismo argentino es hoy una fuerza dirigente y educadora, que pueblo y gobierno reconocen y respetan. Para cuantos la concebimos como una institución nacional destinada a defender y hacer triunfar ideas y principios, no tiene en su marcha hacia el perfeccionamiento de su organismo, ya poderoso, más limitaciones que las que pudieran suponerse a la República en su asombroso desenvolvimiento económico, social y político.

Como escuela de cultura popular, como factor eficiente de progreso, como divulgador de conocimientos generales, como guardián celoso y desinteresado de derechos y libertades colectivas, como censor y colaborador de gobiernos y autoridades, como paladín infatigable de la integridad territorial y del honor de la patria, a la vez que apóstol inspirado de la paz internacional, nuestro joven periodismo no reconoce supremacía puesto en parangón con los de las naciones más poderosas y adelantadas de la Tierra. Así lo atestiguan diariamente los centenares de periódicos que se editan en todos los pueblos de la República, y lo ratifican en sus conferencias y escritos los ilustres viajeros que vienen de diversas partes del Globo a estudiarnos como emporio de riqueza y a sorprenderse con nuestra avanzada civilización.

EZEQUIEL P. PAZ.



## La Alegría de Buenos Aires

TENDRÉ la enfermedad de encontrarlo todo alegre?... Aquí, en la metrópoli argentina, me pasa lo mismo que me ha ocurrido antes en otros lugares donde los demás ven brumas y melancolías, donde yo encuentro la más delicada alegría de vivir. Todo se me antoja feliz, todo me sonríe, todo me hace pensar en la plenitud de ventura que corresponde a la existencia joven y sana. No obstante, cada vez que abro un libro sobre Buenos Aires me encuentro con las inevitables narraciones sobre la tristeza de la gente.

“Este pueblo — dice Santiago Rusiñol — es un pueblo triste por dos motivos: por la línea recta de las calles y por la vida de los habitantes, divididos en secciones; los que desbordan de los navíos de Europa, fletados por la miseria y la tristeza, y los que ya están en tierra faltos de arte y sobrados de dinero; los que luchan y los que ya están cansados; los que nunca han estado contentos y los que ya están descontentos”.

¿Triste esta gente, tristes estos hombres, tristes estas mujeres?... No. ¿Por qué han de serlo? Las causas que mi querido y admirado Rusiñol indica son absurdas. ¿Qué tiene de triste, en efecto, la línea recta de las calles? Será fea, será monótona, será antiartística. Triste, no. Y en cuanto a los inmigrantes, podrán ser todo menos tristes. ¿Se ha visto jamás a Jasón triste?...

\* \* \*

El signo de la alegría de los pueblos, según los sociólogos, se halla en la abundancia de sus días feriados. No quiero meterme en averiguar si los argentinos tienen más fiestas de guardar que los españoles o los franceses. Un dato indica, no obstante, que desperdician pocas oportunida-

des y es el de haber declarado feriado el 1.º de junio de este año de gracia 1914, por ser el día del Censo.

—Mas es justamente en las fiestas — exclaman mis contradictores — donde se advierte la tristeza de esta gente. ¿No notó usted durante los desfiles populares del 25 de Mayo, la calma silenciosa de la muchedumbre?... No se oían ni gritos ni clamoreos... ¡Qué diferencia con otros pueblos!...

Es cierto. Otros pueblos hay que, apenas salen a la calle para celebrar una fiesta, se rompen los pulmones gritando. ¿Y qué pueblos son éstos? Desde luego no es Sevilla, no, en donde las procesiones se desenvuelven en un noble silencio; ni es tampoco Florencia, por cuyas calles hemos visto pasar, sin ruido, magníficos desfiles; es Hamburgo, que grita en cuanto se congrega alrededor de una barrica de cerveza; es Mánchester, en las grandes ocasiones; es Bruselas, en toda circunstancia y con cualquier pretexto. ¿Puede por eso decirse que los alemanes, los belgas y los ingleses son más alegres que los andaluces y los toscanos?...

La alegría de Buenos Aires, no es una alegría de día de fiesta, ni de borrachera, ni de barullo. Sus habitantes no ríen, no gesticulan, no hablan alto. Pero sonríen. Y no me refiero a la sonrisa culta, intencionada que el mismo Santiago Rusiñol ha descubierto en los labios de la élite porteña. Me refiero al sonreír en la calle, al del cochero, que no es gruñón cual el de París ni desmayado cual el de Madrid; al de los guardias municipales, al de los camareros de café, al de los vendedores de billetes de lotería, al de los dependientes, al de los simples paseantes, en fin. Ya Anatole France notó que entre la gente callejera, que en el resto del mundo contiene una proporción grande de seres sórdidos y sucios, no hay uno solo, así, ni uno, que tenga aspecto miserable.

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.





Cataratas del Iguazú: «Garganta del diablo».

## Las Cataratas del Iguazú

### LA GARGANTA DEL DIABLO

.....

**D**ESDE el lugar en que estoy, abarco todo el panorama del Iguazú.

Así como los seres desbordan en bellezas ignoradas cuando la muerte los llama o lanzan pensamientos sublimes que han permanecido ocultos en su ser, así, al igual, acontece ahora a las aguas de este prodigioso río azul, que llega manso, tranquilo, feliz y orgulloso de su belleza, que las verdes frondas le envidian viéndole pasar y lo creen hermano del cielo, porque éste se refleja en sus aguas con una pureza desconocida. Estas aguas mansas y privilegiadas se ven de pronto traidoramente lanzadas a los abismos. Es entonces, en este supremo momento de despedida, cuando descubren sus bellezas y misterios. Se desdoblan en hermosas gasas de cristiana transparencia. Mil colores brillan en sus entra-

ñas ignoradas al contacto del sol que les da fases prodigiosas. Después el abismo donde desmenuza sus corrientes en un infierno de estrépitos y zarpazos salvajes, estertores horribles, de donde asciende su parte espiritual en penachos de vapor de una transparencia inmaculada. Luego la reacción surge de golpe. Descubierta la perfidia que la tierra les tendió, las aguas en un furor alocado, en una desesperación salvaje se lanzan en rápidos, trenzándose a golpes, arrollando todo lo que encuentran a su paso, despedazando cerros y triturando plantas con furia ciega, convirtiendo en papilla a los peces que se han atrevido a acercarse a su derrota. Su color se ha transformado con el resbalar furibundo. Ahora tiene la tonalidad verde oscura de la hiel, el color del malhumor. Ha desaparecido su pureza primitiva. Se ha puesto densa oscura, como el aceite ordinario. En esa forma corre infinidad de kilómetros, rabiando avergonzada hasta llegar luego desfallecida, agotada, a las corrientes mayores del Paraná, que la reciben complaciente, llena de experiencia.

.....

BAUDILIO ALÍO.

## Tucumán

HE contemplado las selvas de Francia, los bosques de Italia y aquellos pinos gigantes que en los Alpes suizos nacen en el abismo y levantan su cabeza buscando la vivificante luz del sol. Todo es pálido, todo cede ante la opulencia agobiadora del suelo tucumano. Hay algo de intensamente primitivo en esa grandeza salvaje; parecen restos de otras épocas perdidas en la edad del mundo, y para encontrar una vaga analogía en el espectáculo, se necesita recordar las ilustraciones que traen los libros de los viajeros de la India.



Laureles gigantescos, cuyo tronco formidable mide tres o cuatro metros de circunferencia, levantándose al cielo arrogantes y esbeltos; lianas y enredaderas monstruosas que los cubren por completo, cayendo desde su copa en brazos sueltos de cinco o seis pulgadas de espesor, meciéndose lánguidamente bajo la acción del viento; miles de parásitos incrustados en el árbol y viviendo de la generosa vida del gigante, especie de cactus arraigados en la bifurcación de sus brazos, conservando en su espléndido tallo el agua fresca y cristalina que apagaría la sed del viajero, si un arroyo que parece correr sobre un lecho de diamantes no bajara serpenteando caprichosamente; naranjos silvestres que embalsaman el aire y encantan la vista con sus frutos de oro y sus hojas de un verde oscuro que contrastan bellísimamente con el claro color del nogal silvestre, que a su vez parece pugnar en tamaño con los titánicos laureles; el arrayán, que ostenta su pequeña fruta roja, como rubíes engarzados en hojas de esmeraldas; una vegetación vaga, indefinida, indescriptible que se levanta confundida hasta veinte pies del suelo, con sus mil colores, con sus flores de toda especie; precipicios profundos a ambos lados del camino, cuyo fondo no se alcanza a ver, porque las copas de los árboles que arrancan de su lecho se elevan hasta la cumbre en que marcháis, formando un velo impenetrable a cuya sombra parece entregarse la Naturaleza a las misteriosas y secretas ansias de la fecundación; y luego allá, a lo lejos, al pie de la montaña, el valle entero de Tucumán, surcado por mil ríos que dibujan sobre el verde elegantísimos filamentos de plata...; ¡he ahí los elementos de ese cuadro que hace inclinar la cabeza, que ensancha el corazón y acelera la sangre entre las venas!

.....

MIGUEL CANÉ.



Paisaje de Jujuy.



## Coplas al Tulumaya

TULUMAYA, Tulumaya,  
arroyo de mi querer,  
hacia ti mi copla vaya  
como un junco a florecer.

Hacia ti vuele mi canto  
solitario y montaraz,  
y en tu agua limpie su llanto  
cual sus plumas la torcaz.

En esta noche tan pura  
como una estampa bendita,  
noche de viva ternura  
y de dulzura infinita;

hacia ti mi copla vaya  
hecha roja luna llena,  
¡lindo arroyo Tulumaya,  
tan claro como mi pena!

Y brindame la fortuna  
de dar a todo viajero  
en el puco de la lana  
el alma de tu coplero.

ALFREDO R. BUFANO.

## En las Montañas de la Rioja

ALLÍ la noche tiene lenguaje y tinieblas extraordinarios. El viajero marcha inconsciente sobre la mula, por entre bosques de árboles gigantescos y casi desnudos, que, al aproximarse en la obscuridad, se asemejan a espectros alineados que esperasen al caminante para detenerlo con sus manos espinosas. Se siente a su aproximación ese frío que inmoviliza y espeluzna, cuando, con la imaginación excitada por el terror de lo desconocido, nos figuramos vagar entre los muertos.

¡Y qué soledad tan llena de ruidos extraños! ¡Qué armonía tan grandiosa la de aquel conjunto de sonidos aunados en la profunda noche de la altura! El torrente que salta entre las piedras, los gajos que chocan entre sí, las miríadas de insectos que en el aire y en las grietas hablan su lenguaje particular, el viento que cruza estrechándose entre las gargantas y las peñas, las pisadas que resuenan a lo lejos, el estrépito de los derrumbaderos, los relinchos que el eco repite de cumbre en cumbre, los gritos del arriero que guía la piara por entre sombras densas, como protegido por genios invisibles, cantando una vidalita lastimera que interrumpe a cada instante el seco golpe de su guardamonte de cuero y ese indescriptible, indescifrable, solemne gemido del viento en las regiones superiores, semejante a la nota de un órgano que hubiera quedado resonando bajo la bóveda de un templo abandonado: todo eso se escucha en medio de esas montañas, es, su lenguaje, es la manifestación de su alma henchida de poesía y de grandeza.

Esos músicos de la montaña, los vientos, como artistas novicios, se ocultan para entonar sus cánticos. La luz los oprime, los coarta, como si vieran un auditorio en los demás objetos de la selva; porque, en las noches de luna, cu-



ya claridad ilumina los huecos más reconditos, la escena cambia como movida por un maestro maravilloso,

Los estruendosos acordes, los "crescendos" colosales, los rugidos aterradores que surgen del fondo de las tinieblas, se convierten en melodía dulcísima y suave, casi soñolienta, como si todos los seres que allí viven tuvieran miedo de turbar la serena marcha de esa sonámbula del espacio, que, desplegando blancos tules, cruza sobre las montañas, las llanuras y los mares.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

## El Canto del Zorzal

QUÉ lindo y claro es el canto  
Del zorzal!  
Está mojado en el agua  
Fresquita del Paraná.  
Brotó, brotó y se sostiene  
Como un acorde de viento,  
Obstinado en el juncal.  
Se afina en no sé qué frondas  
Fresquísimas de las islas;  
Es un fluir y es un cesar;  
Cuando se empieza a escucharlo  
Ya... no está.  
Su nombre es un roce de agua  
Y de viento, en un cristal.  
¡Qué lindo y claro es el canto  
Del zorzal!  
¡El que lo escucha una vez  
Nunca lo puede olvidar!

MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ.

## Restos de la Cultura Calchaquí

EN época remota, allá, al Noroeste de la República, entre las quebradas, los valles y las faldas de nuestras sierras, desde el Aconquija hasta los contrafuertes de los Andes, vivió un pueblo grande y numeroso, guerrero y artista, sufrido y viril. La dominación de este pueblo, generalmente llamado Calchaquí, costó a los españoles una guerra de cien años. No fué posible reducirlo; hubo que destruir sus ciudades y que extrañar a sus habitantes. Pero, como protesta de su larga y dolorosa extinción, él nos ha legado sus ruinas, sus sepulcros, sus restos de piedra y de alfarería, que la ciencia, ávida de hallazgos, profana y estudia. En aquella región el viajero tropieza a cada instante con vestigios de murallas, fortalezas, pueblos, edificios aislados, cuyo ciclópeo trabajo prehistórico lucha aún con el tiempo.

Los cardones o cactus (*Cereus*) con su aspecto de fúnebre candelabro, arraigan en las junturas de las piedras. La serpiente, otrora guardiana sagrada de los muertos, custodia esas viejas ruinas, espantando con sus silbidos a las vicuñas y guanacos que vagan en los alrededores. Y el cóndor, el viejo cóndor de América, que antes contemplara la vida palpitante de esos antiguos pueblos, domina todavía, con los grandes círculos de su alto y majestuoso vuelo, sus ruinas y vastas soledades.

Allí entre el montón de escombros que el tiempo y las razas han acumulado, o dentro de los viejos sepulcros, el pico tropieza, al hundirse en la tierra, con los tesoros arqueológicos que escaparan, intactos o rotos, a la destrucción secular: un cetro, un cincel, un simple cántaro, una urna funeraria, un puco, un amuleto, un yuro, un ídolo, un fetiche, un collar, un hacha de piedra...

JUAN B. AMBROSETTI.



## C a l m a

L a luna estampa en el cielo  
Su faz de moneda nueva.  
Sobre el trigal amarillo  
Hay parpadear de candelas.  
Los pinos son misteriosos  
En esta noche tan clara,  
Y hasta el ladrar de los perros  
Trae emoción a mi alma.  
Junto al pozo, que está en ruina  
Florece una madreselva.  
En la polea gastada  
Un joven gajo se enreda.  
Y no se escucha un murmullo  
Ni se oye un rumor de agua.  
¡Parece que el ruido duerme  
O que el silencio soñara!  
Pasa un muchacho cargado  
Con un haz de alfalfa tierna.  
¡Hasta el alma se me filtra  
Este buen olor a hierba!  
Y es tan serena la noche  
Y es tan intensa la calma,  
Que se adormece mi angustia  
Y se evaporan mis lágrimas.

JUANA DE IBARBOUROU.



## La Niebla en las Montañas

.....

Nos encontramos como en un mundo nuevo, temible y fantástico a un tiempo, cuando recorremos la montaña entre la niebla. Hasta subiendo un sendero trillado, de fácil pendiente, experimentamos cierto miedo al contemplar las formas que nos rodean, cuyo incierto perfil parece oscilar en la bruma, que se va espesando y aclarando alternativamente.

Hay que tener mucha intimidación con la naturaleza para no sentir inquietud al verse cautivo de la niebla; el objeto más chico adquiere proporciones inmensas, infinitas. Algo vago y oscuro parece venir a nuestro encuentro para apoderarse de nosotros. Parece una rama y hasta un árbol lo que no es, más que un tallo de hierba. Creemos que un círculo de cuerdas nos cierra el camino, y luego es una misera



tela de araña. Un día que la niebla tenía poco espesor, me detuve lleno de admiración ante un árbol gigantesco, que reforcía las ramas como brazos de atleta, en lo más alto de un promontorio. Nunca había tenido el gusto de ver árbol más fuerte y mejor colocado para luchar heroicamente con la borrasca: largo tiempo lo estuve contemplando, pero poco a poco lo vi acercarse a mí y achicarse al propio tiempo. Cuando el sol vencedor dispuso la niebla, el soberbio tronco quedó reducido a débil arbolillo nacido en una cercana hendedura de roca.

El viajero perdido, descarriado entre la niebla, en medio de precipicios y torrentes, se encuentran en situación realmente terrible; aséchanle por todas partes el peligro y la muerte. Tiene que andar, y andar de prisa, para alcanzar lo antes posible el terreno llano del valle o las pendientes fáciles de los montes y encontrar algún camino de salvación; pero en la vaguedad de las cosas nada puede servir de indicio y todo parece un obstáculo. A la derecha huye la tierra: se cree estar al borde de un abismo; a la izquierda se yergue un peñasco: su pared parece inaccesible. Para apartarse del precipicio, se intenta escalar la abrupta roca, se pone el pie en una aspereza de la piedra y se sube de reborde en reborde. Pronto se está como suspendido entre el cielo y la tierra. Por fin, se alcanza a la arista; pero detrás de la primera roca se endereza otra de perfil movedizo, indeciso. Los árboles y las malezas que crecen en las fragosidades apuntan en las ramas a través de la niebla de un modo amenazador; a veces, sólo vemos serpentear una masa negruzca en la sombra cenicienta, y es una rama cuyo tronco permanece invisible. Nos baña el rostro una tenue lluvia: matas de hierba y malezas son otros tantos depósitos de agua helada que nos mojan como si atravesáramos un lago. Entumécense nuestros miembros: nuestro paso pierde

la seguridad; estamos expuestos a resbalar en la hierba o en la roca húmeda y a caer en el precipicio. Terribles rumores suben de lo hondo y parecen predecirnos mala suerte; oímos la caída de las piedras que se desmoronan, el ruido de las ramas cargadas de lluvia que rechinan en el tronco, el sordo trueno de la cascada y el chapoteo de las aguas del lago contra la orilla. Vemos a la niebla con espanto cargarse con la sombra del crepúsculo y pensamos en la terrible alternativa de morir de frío o despeñados.

En muchos climas, la impresión de asombro y hasta de horror que dejan las montañas en el espíritu, proviene de que casi siempre están rodeadas de nieblas. Hay montaña en Escocia o Noruega que parece formidable, aunque sea en realidad menos alta que otras muchas cimas terrestres. Se las ve con frecuencia veladas por vapores, revelarse en parte, volverse a ocultar, como si viajaran por el seno de la nube; alejarse aparentemente para acercarse de pronto, achicarse cuando el sol ilumina con limpieza sus contornos, crecer después cuando éstos se cargan de nieblas. Todos esos aspectos variables, esas lentas o rápidas transfiguraciones de la montaña, la hacen asemejarse vagamente a un gigante prodigioso que meneara la cabeza por encima de las nubes.

Bien diferentes son las inmutables cimas de fijos perfiles que baña la luz pura del cielo de Egipto, de estas montañas cantadas por los poemas de Ossián. Estas nos miran; sonríen unas veces, amenazan otras, pero viven nuestra vida, sienten con nosotros, o por lo menos así se cree, y el poeta que las canta les da alma humana.

.....

ELISEO RECLÚS.



## El Paisaje Castellano

**A**NCHA es Castilla! Al atravesar las vastas extensiones de sus campos se recibe una angustiosa sensación de inmensidad y de abandono. Son llanuras uniformes, monótonas, limitadas por serrezuelas pardas que se pierden en una lejanía polvorienta y gris, desoladas llanuras cortadas a largas distancias por hondas simas, arboledas exiguas y ruines, cauces secos y poblachones miserables. Un sol abrasador cae pesadamente sobre estos campos. No se ve un alma, ni una casucha, ni un caballo, ni un arado, ni signo alguno de vida. Y, sin embargo, el suelo ha sido cultivado recientemente, pues los surcos permanecen abiertos. Pero la tierra está reseca, espantosamente reseca; no se percibe una sola mata de hierba, no se adivina hacia ningún lado una gota de agua, y un aire calcinante, hostil, acrece la sequedad del suelo. Los labrantíos parecen abandonados. Uno imagina, con tristeza, las penurias de las misérrimas cosechas bajo los soles estivales de Castilla y bajo las lluvias violentas de su cielo implacable. Las heredades no están limitadas; no se advierten alambrados ni hileras de piedras, como si los hombres, ante la crueldad de su destino, en huraña conformidad, hubieran olvidado por completo sus intereses materiales. Los caminos, absolutamente desiertos, sin un árbol a su vera, sin un sitio donde reposar la vista y el espíritu, infunden un vago malestar. Son caminos interminables que las pobres gentes campesinas habrán recorrido quién sabe cuántas veces, agobiadas de sol, de hastío, de hambre y de fatiga. El viajero se pregunta, con cierta inquietud temerosa, que hacia dónde irán esos caminos cuyo fin no se ve nunca y que parecen tan inútiles en aquellas estériles soledades.

MANUEL GÁLVEZ.

## Córdoba

No es posible visitar esta Córdoba española sin acordarse de la Córdoba argentina. Pocas veces se habrá dado en América una mayor identidad entre la población fundada y su original del viejo mundo. Las dos Córdobas, la de América y la de Europa se parecen como un hijo y un padre, o más bien, como dos copias de un mismo asunto.

Las dos ciudades se asientan en terreno llano. Las dos tienen un cielo diáfano, una luz divina. Ambas se apoyan en sierras muy semejantes. El clima, la naturaleza del terreno, el color de las montañas, el perfume de sus alcores, todo es parecido. Hay igualmente un aire reposado, señorial y eclesiástico en las dos Córdobas. Las ermitas y los conventos de la serranía española, se reproducen en las lomas argentinas. Tal vez exista en la Córdoba de allá abajo mayor lujo de hábitos, mayor pompa de conventos. Acaso también, el valle del Guadalquivir no sea tan infinito y aplanador como la llanura argentina. Pero salvadas algunas desigualdades lógicas, las dos ciudades merecen llamarse hermanas.

¡Cómo recuerda, asimismo, esta gente cetrina y apuesta de Andalucía, a aquella otra del interior argentino! Viendo un cordobés de estos, a caballo sobre un potro, sobre una montura tan parecida al "recado" criollo, surge el recuerdo de los cabalgadores de allá abajo; y oyendo hablar a estos andaluces, que son acaso los hablistas más castizos y elegantes de España, se acuerda uno igualmente del habla criolla. Hay aquí vocablos y expresiones que no se usan en otras provincias españolas, pero que tienen curso habitual en América. Así, por ejemplo, un argentino dice "lastimarse", en la acepción de herirse o resentirse; tal palabra se usa muy ra-



ramente en otras provincias de España, mientras que aquí, en Andalucía, es de curso imprescindible. Sorprende, del mismo modo, oír a los andaluces emplear la palabra "mandado", como en la Argentina, cuando en el resto de España es más frecuente usar su sinónimo, "recado".

Pero todas las semejanzas se quiebran y desaparecen en cuanto nos internamos por estos callejones intrincados de la vieja Córdoba andaluza, y de pronto, sin preparación, al desembocar en una plazoleta solitaria, nos enfrentamos con la célebre Mezquita, uno de los vestigios más puros de la primitiva arquitectura árabe.

JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA.

### Llameantes Ceibos

E<sup>N</sup> la blanca ribera  
de toscas y de sol  
asomáis vuestros gajos llameantes  
rojos ceibos en flor.  
Se hunde en agua azulina  
vuestra sombra punzó.  
Un tremolar de púrpuras satánicas  
sois al viento y al sol.  
Ni ensueño, ni dulzura,  
hervorosa pasión  
anuncian vuestras flores encarnadas  
en su adusto fulgor.  
A voluntad, ¡oh ceibos!  
movéis el corazón,  
mientras muere el crepúsculo dorado  
y canta el pescador.

ARTURO VÁZQUEZ CEY.

## Burgos

UNA gran nube azul se alzaba en el horizonte, rozando la tierra, como un inmenso biombo que estuviera ocultando uno de los siniestros dramas del infinito.

Se preparaba una tormenta.

La nube se vino acercando, como si quisiera precipitarse sobre nosotros. Un polvo de sombra comenzó a invadir la atmósfera. Se oyeron rumores lejanos y profundos que anunciaban una gran perturbación. La noche se hizo. La nube se ensanchó hasta cerrar el horizonte, dejando sólo un desgarrón hacia el Sur. Un relámpago que rasgó la obscuridad me pareció una gran horquilla de luz plantada sobre la tierra. Y un torrente de voces desconocidas y desmelenadas se esparcieron, sembrando el pavor. Parecía que extraños jinetes invisibles cabalgaban sobre el viento, arreando inmensas jaurías de animales rabiosos que se atropellaban y corrían, huyendo de un peligro misterioso y buscando una salida por la puerta que había quedado en el confín. Los truenos estallaban con un fragor formidable... Se hubiera dicho que gigantescas aeronaves, lanzadas con una velocidad increíble, desgarraban las masas de la atmósfera. Una lluvia gruesa y tupida azotaba los vidrios del carruaje, produciendo un ruido monótono y triste que completaba la amarga desolación de la aventura.

El cochero detuvo los caballos, bajó de su asiento y vino a preguntarnos si persistíamos en ir a la Cartuja.

Según él, los caminos debían estar intransitables.

Entonces regresamos al hotel, entreleyendo el Baedeker.

Y como salía un tren al atardecer, nos apresuramos a disponer las maletas.

—¿Se marcha usted, señorito? —nos dice la criada, inocente y frescachona, que nos presta ayuda.



—En el tren de las seis.

—¿Y por qué no se queda usted más tiempo?

—Porque se muere uno de tristeza en esta ciudad.

—Eso lo dirá usted en broma, porque no hay ciudad más divertida.

—¿Cómo?

—Pues ¿cómo ha de ser? Siéndolo.

—¿Y cuáles son las diversiones?

—Verá usted. Hoy de tarde hay distribución de pan a los pobres en el convento de la Merced; mañana hay ejercicios militares alrededor del castillo y por la noche una procesión solemne que va de la Catedral a la iglesia de San Lorenzo. De todos los pueblos comarcanos vienen las gentes a divertirse aquí. Si usted se aburre, sabe Dios por qué será.

Y los ojos de la mujer brillaron de una manera hostil, que me llenó de tristeza.

—No es que me encuentre mal en Burgos — le dije tratando de hacerle olvidar mi descortesía —, es que quiero estar mañana en Salamanca, porque dispongo de poco tiempo y mi viaje por España no puede durar más de dos meses.

—Ahora me lo explico — dijo moviendo la cabeza de una manera afirmativa.

Y se alejó tranquilizada.

Yo subí al coche de la fonda para hacerme conducir a la estación.

... En la ciudad sólo se oía el toque marcial de las cornetas que parecían interrogarse de un cuartel a otro, y eterna, invariable, como una obsesión de angustia y de muerte, la lamentación interminable de las campanas que gemían sobre la población como sobre un cementerio abandonado...

MANUEL UGARTE.

## Consejos del Viejo "Vizcacha"

(Fragmento del poema gauchesco *La Vuelta de Martín Fierro*)

EL primer *cuidao* del hombre  
es defender el pellejo.

*Llevate* de mi consejo,  
*fijate* bien en lo que hablo:  
el diablo sabe por diablo,  
pero más sabe por viejo.

*Hacete* amigo del juez,  
no le des de qué quejarse;  
y cuando quiera enojarse  
vos te *debés* encoger,  
pues siempre es *güeno* tener  
palenque *ande* ir a rascarse.

Nunca le *llevés* la contra,  
porque él mande la gavilla.  
Allí *sentao* en su silla  
ningún *güey* le sale bravo:  
a uno le da con el clavo,  
a otro con la contramilla.

El hombre, hasta el más soberbio,  
con más espinas que un tala,  
*aflueja* andando en la mala  
y es blando como manteca.  
Hasta la hacienda baguala  
*cai* al jagüel en la seca.

No te *debés* afligir  
aunque el mundo se desplome.  
Lo que más precisa el hombre  
tener, según yo discurro,  
es la memoria del burro,  
que nunca olvida *ande* come.



*Dejá* que caliente el horno  
el dueño del amasijo.  
Lo que es yo nunca me aflijo  
y a todito me hago el zorro:  
el cerdo viene tan gordo  
y se come hasta los hijos.

El zorro, que es ya corrido,  
*dende* lejos olfatea.  
No se apure quien desea  
hacer lo que le aproveche:  
la vaca que más *rumea*  
es la que da mejor leche.

El que gana su comida,  
*güeno* es que en silencio coma.  
*Ansina* vos, ni por broma,  
*querrás* llamar la atención:  
nunca escapa el cimarrón  
si dispara por la loma.

Los que no saben guardar  
son pobres aunque trabajen  
Nunca por más que se atajen  
se librarán del cimbrón:  
al que nace barrigón  
es al *ñudo* que lo fajen.

Vos *sos* pollo, y te convienen  
toditas estas razones.  
Mis consejos y *lesiones*  
no *echés* nunca en el olvido:  
en las riñas he aprendido  
a no *peliar* sin puyones.

JOSÉ HERNÁNDEZ.

(Abreviado).

## Un Jardín

EN cierta ocasión habité un primer piso que tenía adjunto un pequeño jardín; pero como éste no era babilónico, veíame obligado a bajar por una pequeña escalera para poder visitarlo.

¡Pobrecito jardín! Encerrado en aquella casa altísima y de griseas paredes, jamás era visitado por el sol, y la fría humedad que en él reinaba, desde enero hasta diciembre, hacía nacer más hongos que flores, más algas que frutas. Las hierbas crecían largas, delgaduchas y pálidas, y los árboles, que yo mismo había plantado, se volvían raquíticos, enclenques. Entre los bancales, siempre húmedos y verdosos, paseaban en largas procesiones nocturnas, limazas y babosillas, dejando marcado el kilométrico rastro de su baba, mientras los gatos de toda la vecindad en sus correrías nocturnas apartaban allí los restos de todas las cocinas, y mis buenos vecinos arrojaban desde sus ventanas las basuras que yo no les había pedido.

En aquel jardín había plantados dos pinos que, recordando sus montes y los rayos de oro de su sol alpino, sufrían grave nostalgia. Dos acacias umbrátiles verdeaban con un verde clorótico que pedía a gritos una cura radical. Un desdichado naranjo protegido por el muro, estaba neurótico y, de día en día, se hacía más pequeño. Un cerezo, un ciruelo y un melón florecían un año sí y otro no, dando frutos más ácidos que el ácido, en tanto las escasas rosas, lánguidas y raquíticas, me ofrecían un museo de parásitos microscópicos. No; aquello no era un jardín: era una clínica de plantas enfermas.

Pero también se vive enfermo; y yo, que tengo un poco de médico y otro poco de hortelano, quería a todos esos po-



bres seres y les alargaba la vida contento de poseer un jardín que era mío, de un semestre a otro, cuando había pagado al patrón de la casa. Un trozo de tierra, aunque tomado en alquiler, es siempre un amigo para nosotros, que de la tierra hemos salido y que a ella volveremos.

PABLO MANTEGAZZA.

## Desde el Mirador

### MI OBSERVATORIO

C ON mi mal de soñador  
— siempre soñando despierto —  
contemplo a mi alegre huerto  
desde el viejo mirador.

El sol es un surtidor  
de luz y de fuego incierto  
que riega de oro a mi huerto  
como un pulverizador.

Y es así que en mi deseo  
de soñar, todo lo veo,  
— en mi sutil elegancia  
como borracho de opio —  
a través del telescopio  
de la fina extravagancia.

### MI HUERTO

M I huerto es un renacer  
de glorias primaverales,  
que ahuyentan todos los males  
y hacen rejuvenecer.

No tardarán en volver  
el milagro en los rosales  
y en los árboles frutales  
las ramas a florecer.

Y tras de la sina-sina,  
el sembrado que germina  
se ve desde el mirador  
como un canabá cuadrado,  
graciosamente bordado  
con lana multicolor.

#### EL GALLINERO

Su fiesta llega hasta mí.  
Las gallinas cacarean  
y los pollos deletrean  
una lección de la *i*.

Un gallo en tono de *si*,  
después que sus alas bate,  
como un canto de combate  
prorrumpe un quiquiriquí.

Y en medio del gallinero,  
luciendo un porte altanero,  
un caudillo se asemeja;  
y su cresta, se me antoja,  
que fuera una boina roja  
echada sobre la oreja.

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.



## La Huerta Perdida

ERA un día caluroso y límpido. A los dos lados de la colonia, los sembrados verdeaban en las eras inmensas, onduladas levemente por un viento suave. En el vasto potrero que separaban las dos hileras de casas, los muchachos apartaban el ganado para conducirlo al pastoreo.

Era un período de descanso, antes de comenzar la remoción de la tierra dejada para otras siembras. Y aquel día fuimos a la sinagoga, pues era aniversario de la muerte de un vecino y sus hijos tenían que decir las oraciones fúnebres prescriptas por el rito. Comentábase minuciosamente una reyerta ocurrida la víspera; el alcalde gestionaba un arreglo. El matarife adujo razonamientos salomónicos, y citó, como conocedor de las leyes usuales, algunas sentencias edificantes. Después de un cambio de insultos, en los cuales se historiaron con prolijidad diversos escándalos de las dos familias, se hizo la paz y los enemigos se reconciliaron.

Convinimos en ir a la estación, y los reconciliados nos hicieron algunos encargos. "Me traerás las cartas, dijo uno. — A mí el arroz que compré el domingo", agregó otro.

Regresamos en grupo. El cielo, bien azul, parecía más bajo; y, detrás de las casas, blancas y limpias algunas, otras con las paredes de paja, las huertas florecían al sol. Pocos árboles había en la colonia; sólo frente a nuestra casa, un paraíso se elevaba sombreando solemnemente un trozo del camino.

Al llegar, advertimos, lejos, muy lejos, en el horizonte todo encendido, una nube vaga. "Parece que lloverá, observó alguien. — Parece", dijo el peoncito.

Como a las once la nube aumentó, extendiéndose visiblemente. "Pregunten a don Gabino, aconsejó el alcalde. Pero don Gabino, el boyero de la colonia, se hallaba con

el ganado en un campo distante. El viejo criollo era el astrónomo del lugar y sus predicciones no fallaban.

La hora del almuerzo dispersó pronto a los vecinos. Cada cual se retiró algo inquieto. Y la nube seguía creciendo en el azul tranquilo del horizonte; se agrandaba y parecía descender...

Aunque acostumbrados al mal tiempo, aquella nube sin vientos, sin truenos, preocupaba a los vecinos. Apoyados en el alambrado, las familias observaban el fenómeno sin poderlo explicar. Ya nadie pensaba en ir a la estación y nadie comentaba el arreglo entre los colonos en reyerta, efectuado por el matarife esa mañana, en la sinagoga, al terminar los huérfanos el último rezo en memoria del muerto. Todos mirábamos la nube, ya enorme, que se extendía sobre el cielo. Se acercaba con lentitud, y una hora más tarde descendió sobre nosotros el vuelo pesado de la langosta. "¡La plaga! gritó el matarife. ¡Las huertas, las huertas!" Acordáronse todos y comenzó la defensa. El sol quedó oscurecido por la invasión espantosa, y el paraíso, los postes de los corrales y del potrero se cubrieron de langosta, cuyo olor se difundió por la campiña. Las huertas eran manchas oscuras.

Los hombres, las mujeres, los muchachos salieron a combatir, batiendo latas y agitando bolsas contra la plaga terrible. Gritaba la gente para ahuyentarla; pero el esfuerzo resultaba inútil. La langosta segaba legumbres y flores, mientras las mujeres lloraban y agitaban las bolsas.

El combate fantástico duró unas horas, entre gritos y tamboreos. Las huertas quedaron deshechas y la langosta ocupó los trigales. Ya el sol desaparecía y la atmósfera era un poco más liviana. Regresamos triste y huraños. El matarife mascullaba maldiciones y daba comienzo a las oraciones de la tarde. Raquel se puso la bata, y, cuando Gabino volvió con el ganado, sólo se oía en la colonia el llanto entrecorado de las mujeres y el ladrido de los perros...

ALBERTO GERCHUNOFF.



## La Madrugada

(Fragmento del poema gauchesco *Fausto*)

Y A la luna se escondía  
y el lucero se apagaba,  
y ya también comenzaba  
a venir *clariando* el día.

¿No ha visto *usté* de un yesquero  
loca una chispa salir,  
como dos varas seguir,  
y de ahí perderse, aparcero?

Pues de ese modo, *cuñao*,  
caminaban las estrellas  
a morir, sin quedar de ellas  
ni un triste rastro *borrao*.

De los campos el aliento  
como sahumerio venía,  
y alegre ya se ponía  
el *ganao* en movimiento.

En los verdes arbolitos  
gotas de cristal brillaban,  
y al suelo se descolgaban  
cantando los pajaritos.

Y era, *amigaso*, un contento  
ver los junquillos doblarse  
y los claveles cimbrarse  
al soplo del manso viento.

Y al tiempo de reventar  
el botón de alguna rosa,  
venir una mariposa  
y comenzarlo a chupar.

Y si se pudiera el cielo  
con un pingo comparar,  
*tamién* podría afirmar  
que estaba mudando el pelo.

ESTANISLAO DEL CAMPO.

(Anastasio el Pollo).





## Un Hogar

LA casa era magnífica. Propiedad un tiempo de un opulento banquero, todo había sido pensado en la construcción de tan agradable retiro.

Habitaciones espaciosas, inmenso parque lleno de flores. Un estanque lleno de dorados peces. Grandes estufas para las plantas exóticas. Amplia huerta en cuyos millares de árboles se balanceaban en otoño las jugosas y sazonadas frutas del país. Paseos entoldados de parras. Pajareras pobladas de canoras aves. La palmera junto a la encina. El canario junto al guacamayo. Cientos de pollos en torno a las cluecas, alegrando el inmenso corral donde Sofía y el doctor pasaban la mañana embobados, arrojando puñados de trigo a los hambrientos polluelos... y todo esto a cuarenta metros del mar, y a mil de un villorio cuyos sencillos habitantes no se comunicaban con los dueños de aquella hermosa posesión, como no fuera para recibir algún inesperado beneficio.

Seis años pasaron así padre e hija, retirados del mundo. Ella recibiendo en la soledad la más brillante educación, merced al cotidiano empeño de su padre, ayudado por miss Fanny, una institutriz que el doctor había hecho venir de Londres para que se encargara de enseñar a Sofía lo que debe saber una señorita de los tiempos modernos. El, mirándose en los ojos de su hija, que era en su honrada vejez la recompensa de una vida dedicada al bien de la humanidad y al servicio de su patria. Sabían por los periódicos, que aun existía Madrid, y que en él las gentes se divertían, se comunicaban, se amaban, o se odiaban; y lo mismo el viejo que la niña, sonreían al leer la relación de una fiesta, de una discusión parlamentaria, de un acontecimiento cualquiera, con ese desdén que deben causar las vanidades humanas en

el ánimo del que disfruta en calma dichosa, en la inapreciable paz del campo, la completa tranquilidad de la conciencia.

Sofía tenía quince años y no sentía la necesidad de conocer el mundo. Era un pájaro que no ansiaba salir del nido. Su carácter está pintado con esta observación. El doctor Busting, que era católico ferviente, daba gracias a Dios por haberle proporcionado en la vejez el consuelo de una hija en quien no se notaba ninguno de los rasgos característicos de la señorita moderna.

EUSEBIO BLASCO.

### Romanza sin Palabras

EN el agua del pilón  
flota una rosa bermeja;  
de bruces al manantial  
se sacia una jovenzuela;  
por la barba y por el cuello  
le resbala el agua fresca;  
del remojón que se da  
sus hermanitos se alegran;  
ella ríe y bebe aún  
y al fin se atraganta y cesa...  
Todos chillan a la par,  
se alborotan y enajenan;  
todos, hasta el chiquitín  
que está en la cuna, allí cerca,  
oyendo alborozo tal,  
desnudo ríe y pernea  
y empieza, solo, a cantar  
una romanza sin letra.

JUAN MARAGALL.



## ¿“Sabes” silbar?...

José S. Alvarez, el fundador de la popular revista *Caras y Caretas*, fué, desde sus primeros años tan travieso como ocurrente.

Recordando sus tiempos de estudiante, decía un renombrado político a un médico de gran reputación, muy considerado y querido en Buenos Aires.

—¿Te acuerdas de tu primera penitencia?

—¡Fueron tantas —, contestó el médico, riendo —, que no sabría decir cuál fué la primera!

—Pues yo sí; tengo tan fresco su recuerdo, que ahora mismo, si cerrara los párpados vería reproducirse la deliciosa escena que la precedió —, y con el rostro iluminado de contento, riendo con sus grandes ojos inteligentes, y con ese acento provinciano que parece venir a los labios cuando se cuentan cosas del terruño —, el político continuó:

—Fué el día de mi entrada al Colegio Nacional del Uruguay. Me sentaron cerca de un muchacho de más edad que yo, de mirada expresiva, inquieto y conversador como uno de los habladores de Cervantes; con el pelo castaño, rebelde al cepillo, que se le erizaba al reír como si una cosquilla le corriera por toda la piel.

¡Oh!, y aquel demonio reía con una risa tan retozona y comunicativa!...

El profesor de matemáticas, aquel viejecito bravo como ají cumbarí — ¿recuerdas? — estaba parado frente al pizarrón, engolfado en la demostración de no sé qué teorema que yo escuchaba sin comprender.

De pronto, observo que mi vecino me tocaba suavemente con la punta del pie y en voz baja, ocultando la cabeza en la espalda del alumno que tenía delante, me preguntó:

—Che, vos sos nuevo, ¿no?

—Sí.

—*Sabés que tenés cara de zonzo... ¿A que no sabés silbar?*

Sonrei al escuchar semejante pregunta, pero no contesté.

El insistió con acento socarrón, entrecerrando sus ojos claros en que retozaba la gracia nativa.

—¡Si no has de saber!...

Fastidiado por su duda tonta, sin darme cuenta de la treta, le miré a la cara y respondí:

—¡Cómo no voy a saber!

—Bueno, a ver, *silbá*...

Automáticamente fruncí los labios y di un pequeño silbido, apenas perceptible.

Movió la cabeza, ahogándose de risa, acariciando allá en lo hondo, la realización de la broma urdida, y volvió a decirme:

—No ves..., no *sabés*...

Picado ya en mi amor propio por aquella mofa incrédula, quise demostrarle que yo no era el bobote que él se figuraba; ¡fué mi perdición! Silbé entonces más fuerte, tan fuerte, que el profesor, al oírme, se dió vuelta irguiéndose como una víbora enojada, y echando chispas por las pupilas, que relumbraban como cuentas de vidrio azul, con voz áspera interrogó:

—¿Quién es el avestruz que está silbando?

—El nuevo... *mosiú*... ¡éste!... —exclamó el gran cachafaz— gozándose con su travesura que iba a costarme la primera hora de penitencia en el miserable cuartujo del pasadizo oscuro, en cuya maciza puerta grabaron sus nombres la mayor parte de los alumnos del histórico colegio, sin sospechar que algunos lo harían ilustre.

—¿Y quién fué —interrogó sonriendo el médico— el que para *calarte*, sin duda, te jugó tal partida?

—Fué —contestóle su amigo— aquel espíritu henchido de expansiva alegría y de primavera que lució sus donaires bajo este popular pseudónimo: *Fray Mocho*.

MARTINIANO LEGUIZAMÓN.



## Los Nidos de las Aves

NADA hay en la Naturaleza tan lleno de gracia y de ternura como los nidos de las aves. Ya entre el follaje de los árboles, ya en el juncal de las lagunas, ora en las agrias crestas de la montaña, ora sobre el mullido césped de los campos, un nido, con sus frágiles y pintados huevecillos, es como un símbolo de calor maternal y de infantil alegría.

.....

En la enramada de un durazno en flor, un par de torcazas, con pajuelas y plumas, han construido su nido. No lo abandonan un instante; la madre y el padre protegen echados sus huevecillos, blancos como gruesas perlas, del frío, de la lluvia, del viento. Sobre un poste, los horneros fabrican con barro su extraña casa, para abrigar a su prole contra los embates del pampero. Oculta entre el follaje de la glorieta, los picaflores hanse formado una canastilla deliciosa, donde hay un par de diminutos pichoncitos, no mayores que dos garbanzos. Para defenderse de posibles asechanzas e indiscreciones, benteveos, urracas, calandrias y cotorras, constrúyense altos y grandes nidos con pequeños y espinosos sarmientos. La urraca europea adorna, además, el suyo con objetos brillantes, audazmente robados donde los encuentra. A ras del suelo, pone el terutero sus huevos cenicientos y veteados de café, que se confunden con el color de la tierra misma, no pudiendo así ser fácilmente descubiertos. Entre las matas, los nidales de las perdices guardan los suyos, de brillante color chocolate, como los de pascua.

El carpintero rompe con su pico los duros troncos de los árboles, para esconder allí dentro su nidada. La gaviota, el cuervo pampeano, el flamenco, el mirasol y muchas más

aves de laguna, en su mayor parte zancudas, construyen sus nidos uno junto a otro, por centenares, formando curiosas colonias en ciertos parajes pantanosos. Otras, como las gallaretas, tienen nidos flotantes, a merced de la corriente. Las aves de montaña — águilas, cóndores, buitres, — ponen sus huevos en inaccesibles cimas. En cambio, las lechuzas de las pampas y los loros barranqueros los ocultan en cuevas a veces profundas. ¡Cuánta variedad de formas y cuán vivo ingenio arquitectónico ofrecen los nidos de las aves! Unos son como altos castillos feudales, otros como preciosos palacios de follaje; los hay como flores de las plantas trepadoras, como ingeniosas chozas de barro seco, como ligeras embarcaciones; algunos diríanse duendes ocultos en el corazón de los árboles viejos, o bien simples eflorescencias de la tierra, aun tesoros escondidos bajo el suelo por diligentes gnomos, y todos, en fin, todos, son joyas de la Naturaleza.

Los niños demuestran, en el campo, invencible propensión a robar nidos. La ciencia moderna compara los niños a los salvajes; y nunca, en efecto, demuestran mejor esos pequeños salvajes la incultura de sus instintos, que cuando atacan a mansalva los delicados hogares de los pájaros. Un nido, en la rama de un árbol, es un objeto vivo y encantador, una caja de música; detiene la vista y regocija el ánimo. Arrancado de su rama, es un objeto muerto y hasta repulsivo; un montón de pajuelas y de residuos. Un nido, inviolado por la mano del hombre, es una fuente o germen de nuevos pájaros y nuevos nidos. En poder de un niño es un triste y antihigiénico despojo. ¿Por qué, entonces, quitar a esos pobres pajarillos su único tesoro? ¿Por qué destruir con torpe mano tantas vidas útiles y agradables? ¿Por qué despojar a la Naturaleza y al campo de sus mejores galas y atractivos?... Pensad un momento, oh niños, en vuestro acto de vandalismo, y tal vez así lleguéis a contener el instinto salvaje que os impulsa... ¡Niños, respetad los nidos!

CARLOS OCTAVIO BUNGE.



## La Felicidad

UN autor inglés cuenta que un extranjero pasaba un día sobre un puente de Londres, y vió dos niños que allí estaban; uno de ellos tenía una jaula con cinco pajaritos: intentaban, tristemente, volar y revoloteaban pegando contra los hierros de su jaula; pero los hierros resistían y los pajaritos daban píos lastimeros. El semblante del extranjero se obscureció al ver esto.

—¿Cuánto quieres por uno de estos pájaros? —dijo bruscamente al niño que tenía la jaula.

Los dos niños se concertaron y tuvieron el mal pensamiento de vender más caro a un extranjero que a un hombre de su país.

—A un inglés —, dijo uno de ellos —, se lo daríamos por doce chelines; pero este señor es un extranjero y tiene que pagarlos a treinta chelines. Y lo que habían concertado con tan poca probidad, lo hicieron, respondiendo al comprador:

—Treinta chelines, caballero.

Éste, sin decir nada, sacó el dinero de su bolsillo, lo dió al niño, abrió la jaula, sacó uno de los pájaros y lo acarició un instante.

—¡Anda! —dijo —, echándole a volar.

Y lo miró con placer subir hacia el cielo.

Hecho esto, el extranjero dió otros treinta chelines y soltó un segundo pájaro. Lo mismo hizo con el tercero, y con los dos últimos.

Los niños se contemplaban asombrados.

—¿Por qué —, preguntaron —, habéis pagado tan caro estos pájaros si no era para guardarlos?

—Durante ocho años —, respondió el extranjero —, he estado encerrado injustamente en una sombría prisión, donde gemía en el horror de la noche, privado del aire de Dios.

Vengo de Italia. Estos pájaros son los primeros seres a quienes puedo devolver la libertad que Dios me ha dado. He querido que fueran felices.

Y los niños lo miraron con lágrimas en los ojos. Avergonzados por haber explotado al extranjero, y queriendo reparar su falta, le devolvieron, de común acuerdo, el dinero que habían tomado de más...

J. D. PERDEGUET.

## Fin de Año

SIN duda que en mis últimas canciones,  
con un repiqueteo persistente,  
dobla una campanita sordamente  
el sepelio de muchas ilusiones.

Según mis juveniles soñaciones  
debiera yo tener en el presente,  
sol de todos los cielos en la frente,  
polvo en los pies de todas las regiones.

Y de mi nave fúlgida a la espera  
soy como tú, arbolito de ribera:  
de sol te doras y de azul te mojas...

Curvas tu fino tronco al mar y al viento  
y a tierra vuelves de un tirón violento  
con un largo gemido entre las hojas.

B. FERNÁNDEZ MORENO.



## Un Diálogo

EN el mismo cuarto de don Lucio. Sobre la cómoda se ven varios frascos, azules y blancos, botes y tazas.

Son las primeras horas de la tarde. Entra un sol brillante por la ventana. En el cielo, azul pálido, van nadando nubes blancas como trozos de mármol.

Águeda y don Julián hablan, apoyados ambos en el alféizar de la ventana. Don Julián, el médico del pueblo, es un señor grueso rechoncho, de bigote blanco y aspecto bondadoso.

*Águeda.* — ¿De modo que usted cree que va mejorando algo?

*Don Julián.* — Sí. El estado general es mejor. Creo que podrá restablecerse. Pero ¡qué sé yo! La inteligencia me parece que no se aclarará.

*Águeda.* — Eso sería terrible, don Julián.

*Don Julián.* — Sí, es verdad; mas, por otra parte, para un hombre tan inquieto como él, es el descanso.

*Águeda.* — ¿No sufrirá?

*Don Julián.* — Nada. No. Ahora está en un sueño... Esto es frecuente en los alcoholizados.

*Águeda.* — Pero mi padre, don Julián, no lo es.

*Don Julián.* — Sí lo es, sí. No bebía mucho, es cierto, pero había bebido. Además, respiraba continuamente los vapores del alcohol. Hay más alcoholizados de los que se supone.

*Águeda.* — Sí, ¿eh?

*Don Julián.* — ¡Si lo digo siempre! Esta fábrica vuestra concluirá por devorar al pueblo.

*Agueda.* — Pero oiga usted, don Julián, porque a mí también me interesa esto. ¿Tan malo es el alcohol?

*Don Julián.* — ¡Oh! Es el producto más terrible, el enemigo mayor de los hombres. Es el espíritu de la locura y de la muerte. Ya ves; todas esas furias, como la dinamita y la melinita, y otras que se agazapaban antes entre substancias, al parecer sin maldad, en la glicerina, en el azúcar... pues todos estos explosivos modernos que llevan una cola larguísima de catástrofes, no son tan terribles como el alcohol.

*Agueda.* — Pero, ¡quién lo diría!

*Don Julián.* — Es que los efectos del alcohol son lentos. El daño que hace en el padre, se manifiesta en el hijo o en el nieto.

*Agueda.* — ¿Y usted cree que en nuestro pueblo ha sucedido algo de eso?

*Don Julián.* — ¡Ya lo creo! Arbea era uno de los pueblos más fuertes de las provincias vascongadas, pueblo de agricultores, semibárbaros, que vivían en este valle hundido. Los Aizgorris, tus antepasados, eran los señores, los jaunchos, como les llamaban aquí, gente aguerrida, con la hermosa crueldad del salvaje; hombres enérgicos, de músculos y de corazón duros como el acero. Vino tu abuelo y puso la fábrica, excitado por el lucro, y poco a poco el alcohol fué infiltrándose y la degeneración cundió por todas partes.

*Agueda.* — ¿Y de los padres ha pasado a los hijos, verdad?

*Don Julián.* — Ahí está, precisamente, el mayor mal. Ese



es el aspecto más triste de los efectos del alcohol; no mata, pero hace degenerar a la descendencia, seca las fuentes de la vida. Así, los hijos nacidos, desequilibrados y ehclenques, pagan las culpas de los padres, por esa fatalidad inexorable de la herencia. (Contemplando a Águeda, que está pensativa y ensimismada): ¿En qué piensas?

*Águeda.* — Pienso en la obra funesta de mi familia. (Sonriendo con tristeza). Porque, para usted, nosotros hemos sido los envenenadores del pueblo.

Pocas horas después; en el cuarto de don Lucio. El fuego se va consumiendo en el brasero, una chispa brilla en la oscuridad, sobre la ceniza, como el ojo inyectado de una fiera. Está anocheciendo, y las sombras se han apoderado de los rincones del cuarto. Una candileja, colocada sobre la cómoda, alumbra, de un modo mortecino, la estancia. Se oye cómo caen y se hunden en el silencio del crepúsculo las campanadas del *Angelus*.

Desde la ventana se perciben, a lo lejos, rumores confusos de dulce y campesina sinfonía, el tañido de las esquilas de los rebaños que vuelven al pueblo, el murmullo del río, que cuenta a la Noche su eterna y monótona queja, y la nota melancólica que modula un sapo en su flauta, nota cristalina que cruza el aire silencioso y desaparece como una estrella errante.

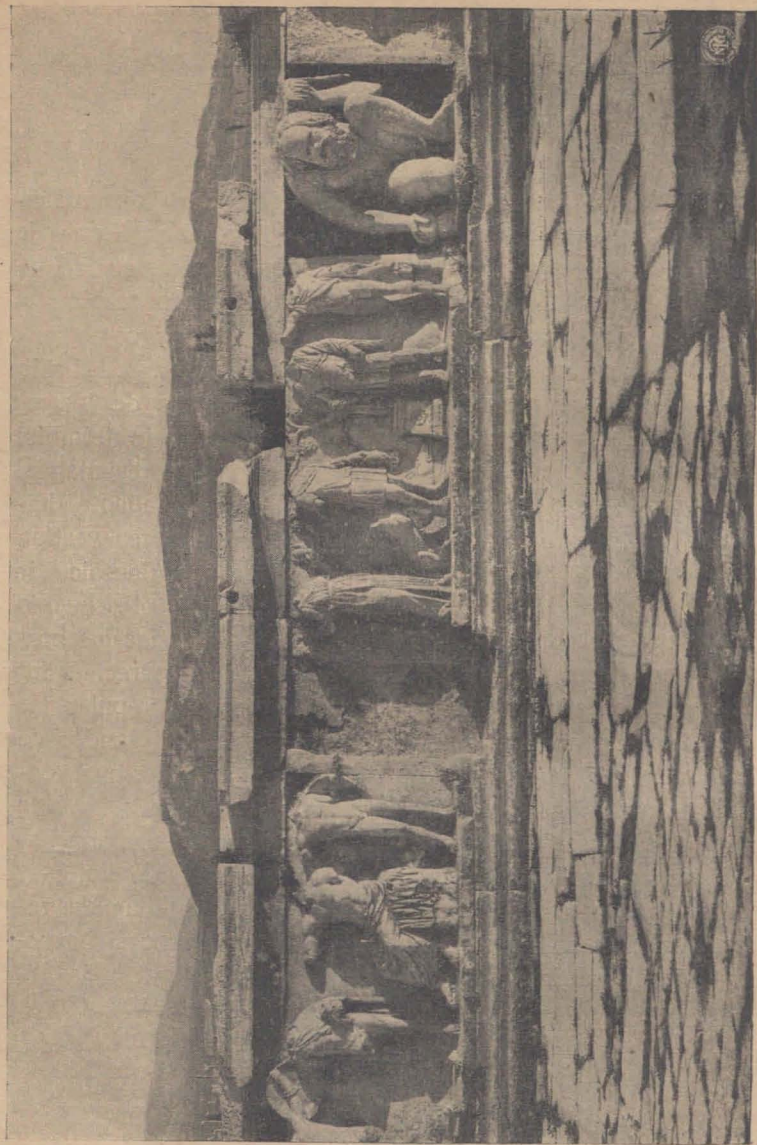
PÍO BAROJA.

## Agua Fuerte

DE una casa cercana salía un ruido metálico y acompasado. En un recinto estrecho, entre paredes llenas de hollín, negras, muy negras, trabajan unos hombres en la forja. Uno movía el fuelle que resoplaba, haciendo crepitar el carbón, lanzando torbellinos de chispas y llamas como lenguas pálidas, áureas, azulejas, resplandecientes. Al brillo del fuego en que se enrojecían grandes barras de hierro, se miraban los rostros los obreros con un reflejo trémulo. Tres yunques ensamblados en toscos armazones resistían el batir de los machos que aplastaban el metal candente, haciendo saltar una lluvia enrojecida. Los forjadores vestían camisas de lana de cuellos abiertos, y largos delantales de cuero. Alcanzábaseles a ver el pescuezo gordo y el principio del pecho velludo; y salían de las mangas holgadas los brazos gigantescos, donde, como los de Amico, parecían los músculos redondas piedras de las que deslavan y pulen los torrentes. En aquella negrura de caverna, al resplandor de las llamaradas, tenían talla de ciclopes. A un lado, una ventanilla dejaba pasar apenas un haz de rayos de sol. A la entrada de la forja, como en un marco oscuro, una muchacha blanca comía uvas. Y sobre aquel fondo de hollín y carbón, sus hombros delicados y tersos que estaban desnudos, hacían resaltar su bello color de lis, con un casi imperceptible tono dorado.

RUBÉN DARÍO.





Balaustrada del Teatro de Baco (Atenas).

## Los intereses creados

### CUADRO PRIMERO

*Plaza de una ciudad. A la derecha, en primer término, fachada de una hostería con puerta practicable y en ella un aldabón. Encima de la puerta un letrero que diga "Hostería".*

### ESCENA I

*LEANDRO Y CRISPÍN, que salen por la segunda izquierda.*

*Leandro.* — Gran ciudad ha de ser ésta, Crispín; en todo se advierte su señoría y riqueza.

*Crispín.* — Dos ciudades hay. ¡Quiera el cielo que en la mejor hayamos dado!

*Leandro.* — ¿Dos ciudades dices, Crispín? Ya entiendo, antigua y nueva, una de cada parte del río.

*Crispín.* — ¿Qué importa el río ni la vejez ni la novedad? Digo dos ciudades como en toda ciudad del mundo: una para el que llega con dinero, y otra para el que llega como nosotros.

*Leandro.* — ¡Harto es haber llegado sin tropezar con la Justicia! Y bien quisiera detenerme aquí algún tiempo, que ya me cansa tanto correr tierras.

*Crispín.* — A mí no, que es condición de los naturales, como yo, del libre reino de Picardía no hacer asiento en parte alguna, si no es forzado y en galeras, que es duro asiento. Pero ya que sobre esta ciudad caímos y es plaza



fuerte a lo que se descubre, tracemos como prudentes capitanes nuestro plan de batalla si hemos de conquistarla con provecho.

*Leandro.* — ¡Mal petrechado ejército venimos!

*Crispín.* — Hombres somos, y con hombres hemos de vernos.

*Leandro.* — Por todo caudal, nuestra persona. No quisieste que nos desprendiéramos de estos vestidos, que, malvendiéndolos, hubiéramos podido jugar algún dinero.

*Crispín.* — ¡Antes me desprendiera yo de la piel que de un buen vestido! Que nada importa tanto como parecer, según va el mundo, y el vestido es lo que antes parece.

*Leandro.* — ¿Qué hemos de hacer, Crispín? Que el hambre y el cansancio me tienen abatido, y mal discurro.

*Crispín.* — Aquí no hay sino valerse del ingenio y de la desvergüenza, que sin ella nada vale el ingenio. Lo que he pensado es que tú has de hablar poco y desabrido, para darte aire de persona de calidad; de vez en cuando te permito que descargues algún golpe sobre mis costillas; a cuanto te pregunten responde misterioso; y cuando hables por tu cuenta, sea con gravedad, como si sentenciaras. Eres joven, de buena presencia; ya es hora de aprovecharse de ella. Ponte en mis manos, que nada conviene tanto a un hombre como llevar a su lado quien haga notar sus méritos, que en uno mismo la modestia es necedad y la propia alabanza locura, y con las dos se pierde para el mundo. Somos los hombres como mercancía, que valemos más o menos según la habilidad del mercader que nos presenta. Yo te aseguro que así fueras vidrio, a mi cargo corre que pases por diamante. Y ahora llamemos a esta hostería, que lo primero es acampar a vista de la plaza.

*Leandro.* — ¿A la hostería dices? ¿Y cómo pagaremos?

*Crispín.* — ¡Si por tal te acobardas, busquemos un hospital o casa de misericordia, o pidamos limosna, si a lo piadoso nos acogemos; y si a lo bravo, volvamos al camino y salteemos al primer viandante; si a la verdad de nuestros recursos nos atenemos, no son otros nuestros recursos!

*Leandro.* — Yo traigo cartas de introducción para personas de valimiento en esta ciudad, que podrán socorrernos.

*Crispín.* — ¡Rompe luego esas cartas, y no pienses en tal bajeza! Presentarnos a nadie como necesitados! ¡Buenas cartas de crédito son éstas! Hoy te recibirán con grandes cortesías, te dirán que su casa y su persona son tuyas, y a la segunda vez que llares a su puerta, ya te dirá el criado que su señor no está en casa ni para en ella; y a otra visita, ni te abrirán la puerta. Mundo es éste de toma y daca; lonja de contratación, casa de cambio, y antes de pedir, ha de ofrecerse.

*Leandro.* — ¿Y qué podré yo ofrecer si nada tengo?

*Crispín.* — ¡En qué poco te estimas! ¡Pues que, un hombre por sí, ¿nada vale? Un hombre puede ser soldado, y con su valor decidir una victoria; puede ser galán o marido, y con dulce medicina curar a alguna dama de calidad o doncella de buen linaje que se sienta morir de melancolía; puede ser criado de algún poderoso señor que se aficione de él y le eleve hasta su privanza y tantas cosas más que no he de enumerarte. Para subir, cualquier escalón es bueno.

*Leandro.* — ¿Y si aun ese escalón me falta?

*Crispín.* — Yo te ofrezco mis espaldas para encumbrarte. Tú te verás en lo alto.

*Leandro.* — ¿Y si los dos damos en tierra?

*Crispín.* — Que ella nos sea leve. (Llamando a la hostería con el aldabón). ¡Ah de la hostería! ¡Hola! digo! ¡Hostelero o demonio! ¿Nadie responde? ¿Qué casa es ésta?



*Leandro.* — ¿Por qué esas voces si apenas llamaste?

*Crispín.* — ¡Porque es ruindad hacer esperar de ese modo! (Vuelve a llamar más fuerte). ¡Ah de la gente! ¡Ah de la casa! ¡Ah de todos los diablos!

*Hostelero.* — (Dentro). ¿Quién va? ¿Qué voces y qué modos son éstos? No habrá tanto que esperan.

*Crispín.* — ¡Ya fué mucho! Y bien nos informaron que es ésta muy ruin posada para gente noble.

## ESCENA II

*Dichos, el HOSTELERO y dos MOZOS que salen de la hostería.*

*Hostelero.* — (Saliendo). Poco a poco que no es posada, sino hospedería, y muy grandes señores han parado en ella.

*Crispín.* — Quisiera yo ver a esos que llamáis grandes señores. Gentecilla de poco más o menos. Bien se advierte en esos mozos que no saben conocer a las personas de calidad, y se están ahí como pasmarotes sin atender a nuestro servicio.

*Hostelero.* — ¡Por vida que sois impertinente!

*Leandro.* — Este criado mío siempre ha de extremar su celo. Buena es vuestra posada para el poco tiempo que he parar en ella. Disposed luego un aposento para mí y otro para este criado, y ahorremos palabras.

*Hostelero.* — Perdonad, señor; si antes hubierais hablado... Siempre los señores han de ser más comedidos que sus criados.

*Crispín.* — Es que este buen señor mío a todo se aco-

moda; pero yo sé lo que conviene a su servicio, y no he de pasar por cosa mal hecha. Conducidnos ya al aposento.

*Hostelero.* — ¿No traéis bagaje alguno?

*Crispín.* — ¿Pensáis que nuestro bagaje es hatillo de soldado o de estudiante para traerlo a mano, ni que mi señor ha de traer aquí ocho carros, que tras nosotros vienen, ni que aquí ha de parar sino el tiempo preciso que conviene al secreto de los servicios que en esta ciudad le están encomendados?...

*Leandro.* — ¿No callarás? ¿Qué secreto ha de haber contigo? ¡Pues voto a... que si alguien me descubre por tu hablar sin medida...! (Le amenaza y le pega con la espada).

*Crispín.* — ¡Valedme que me matará! (Corriendo).

*Hostelero.* — (Interponiéndose entre Leandro y Crispín). ¡Teneos, señor!

*Leandro.* — Dejad que le castigue, que no hay falta para mí como el hablar sin tino.

*Hostelero.* — ¡No le castigáis, señor!

*Leandro.* — ¡Dejadme, dejadme, que no aprenderá nunca! (Al ir a pegar a Crispín, éste se esconde detrás del Hostelero, quien recibe los golpes).

*Crispín.* — (Quejándose). ¡Ay, ay, ay!

*Hostelero.* — ¡Ay digo yo, que me dió de plano!

*Leandro.* — (A Crispín). Vê a lo que diste lugar; a que este infeliz fuera golpeado. ¡Pídele perdón!

*Hostelero.* — No es menester. Yo le perdono gustoso. (A los criados). ¿Qué hacéis ahí parados? Disponed los aposentos donde suele parar el emperador de Mantua y preparad comida para este caballero.



*Crispín.* — Dejad que yo les advierta de todo, que cometerán mil torpezas y pagaré yo luego; que mi, señor, como veis, no perdona falta... Soy con vosotros, muchachos... Y tened en cuenta a quien servís, que la mayor fortuna o la mayor desdicha os entró por las puertas. (Entran los Criados y Crispín en la hostería).

*Hostelero.* — (A Leandro). ¿Y podéis decirme vuestro nombre, de dónde venís y a qué propósito?...

*Leandro.* — (Al ver salir a Crispín de la hostería). Mi criado os lo dirá... Y aprended a no importunarme con preguntas... (Entra en la hostería).

*Crispín.* — ¡Buena la hicisteis! ¿Atreverse a preguntar a mi señor? Si os importa tenerle una hora siquiera en vuestra casa, no volváis a dirigirle la palabra.

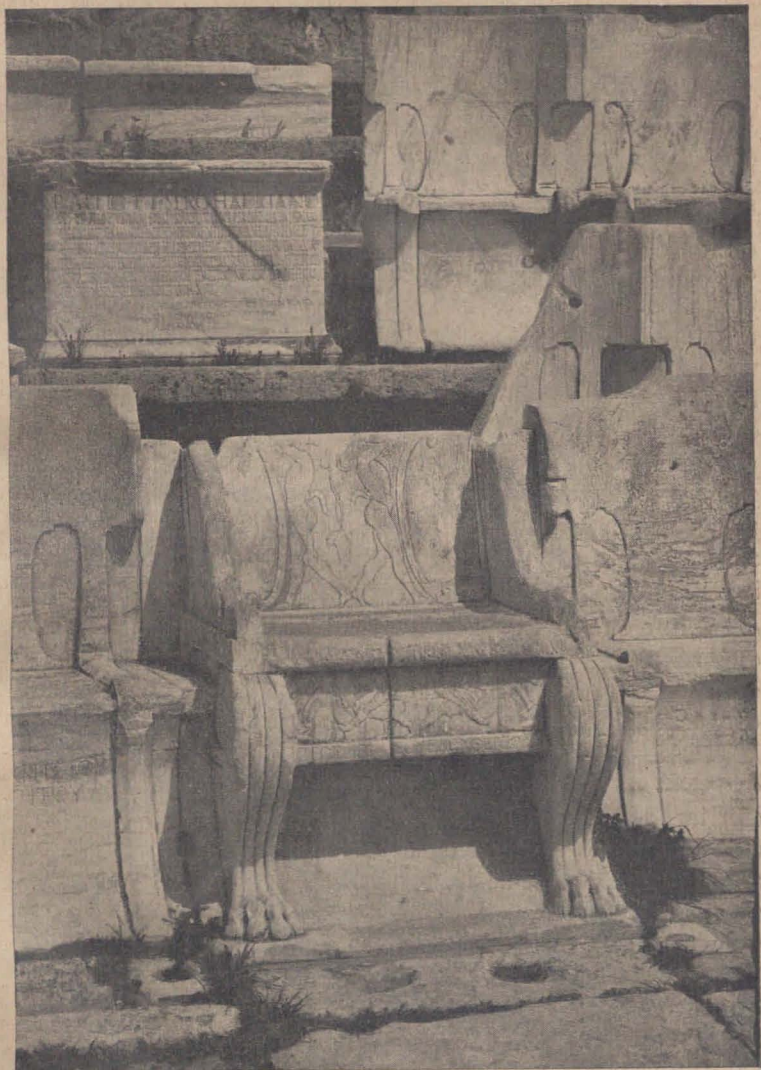
*Hostelero.* — Sabed que hay Ordenanzas muy severas que así lo disponen.

*Crispín.* — ¡Venios con Ordenanzas a mi señor! ¡Cállad, callad, que no sabéis a quién tenéis en vuestra casa, y si lo supierais no diríais tantas impertinencias!

*Hostelero.* — ¿Pero no he de saberlo siquiera...?

*Crispín.* — ¡Voto a... , que llamaré a mi señor y él os dirá lo que conviene, si no lo entendéis! ¡Cuidad de que nada le falte y atendedle con vuestros cinco sentidos, que bien puede pesaros! ¿No sabéis conocer a las personas? ¿No visteis ya quién es mi señor? ¿Qué replicáis? ¡Vamos ya! (Entra en la hostería empujando al hostelero).

JACINTO BENAVENTE.



Sillería del Teatro de Baco (Atenas).



## “La Intrusa” por Maeterlinck

(Crítica teatral)

EN la Intrusa la decoración cambió por completo. Se trata de una familia que pasa la velada junto al hogar, en tanto que allá dentro una enferma está muy grave. El jefe de esa familia, un hombre octogenario y casi ciego siente que se acaban los días de su hija, de la enferma y que viene la muerte tan callando. En vano sus hijos y sus nietas tratan de calmarlo, de convencerlo. Nadie ha entrado en la casa, nadie hay en el jardín, nadie turba la paz de la noche. El viejo no quiere creerlo, imagina que todos lo engañan o todos se equivocan. Oye pasos en el jardín, percibe ruidos misteriosos y tan pronto ve él, casi ciego, luces y sombras fantásticas como piensa que alguien ha entrado en la habitación y lo ocultan.

¿Por qué han callado los ruiseñores y no cantan? ¿Por qué se abren las puertas? ¿Por qué suenan siniestros los chillidos de aves fantásticas? ¿Por qué se percibe el ruido estridente de la guadaña? ¡Ah! Todo eso, es el anuncio de la muerte que llega, de la muerte, visible tan sólo para él, que arrebatará a su hija. Y en efecto, se oye la guadaña chirriar, se ven las luces y las sombras fantásticas, se perciben los pasos misteriosos y por todo el ambiente cruza un algo indefinible, atemorizador, terrorífico, que encoge de angustia el corazón... Es la muerte, la muerte, que se oye y se ve y se percibe, sin que nada en realidad la haga distinguir a los vivos, a los sanos y a los fuertes... El espectro fatal no sale a escena y sin embargo llena toda la escena, está presente en los sentidos de los espectadores. Como que la hija del pobre ciego se muere y la hermana de caridad lo anuncia.

A pesar de los pobres medios escénicos de la compañía Leblanc, aquello convenció, llegó hasta el fondo, hasta lo más íntimo del espíritu del público. Al salir a la calle, todavía sentíamos los efectos del sueño de la espantosa pesadilla.

Maeterlink es único en esa clase de emociones hondísimas. Recuerdo a este propósito una de sus obras no representada ahora en Madrid, que se titula: *Interior*. Utiliza los mismos procedimientos que en *La Intrusa*. Allí no se ve el dolor y se siente el dolor pasar por la escena como un ave nocturna que volase alrededor de todos los espectadores. Y no se puede dar una cosa más sencilla. En el fondo del escenario y a través de unos cristales se distingue a un padre, a una madre, a dos hijas y a un hijo que pasan la velada, olvidados en santa paz y calma del mundo. Son personajes mudos, no hablan.. Y todo nos lo dicen los personajes que frente a esos cristales hablan, cuentan que la mayor de las hijas se ha ahogado y lo ignoran sus padres y hermanas... Vienen a dar la noticia, a traer el cadáver... Y aquellos pobres seres ignorantes de la desgracia, no temen que el dolor penetrará de súbito en su hogar, invadirá la casa cerrada... Las penas humanas sobrevienen de improviso y turban a las gentes más felices y más olvidadas del mundo.

No se crea por eso que el teatro de Maeterlink es lúgubre y tétrico. Es poético y es ideal. Díganlo la Hermana Beatriz, Ariana y Barba Azul, Palomides y Aladina, Pelleas y Melisandra, tantas obras de su inagotable ingenio. Es un teatro el suyo de otra manera distinta al corriente y ordinario teatro que se nos sirve por acá.

LUIS MOROTE.



## Los Viejos

¿QUÉ es eso, tío Azam? ¿Una carta?

—Sí, señor... una carta que viene de París.

¡Y poco orgulloso estaba el buen tío Azam con que la carta viniese de París! Yo no. Algo me decía que aquella parisiense de la calle de Juan Jacobo, al caer en mi mesa tan repentinamente y tan temprano, iba a hacerme perder toda la mañana. No me había equivocado, como pueden juzgar ustedes mismos. Decía así:

“Amigo mío: Necesito que me hagas un favor. Cierra por un día tu molino, y ve en seguida a Eyguières, que es un lugarón distante tres o cuatro leguas de tu residencia, un paseo, como quien dice. Cuando llegues, pregunta por el convento de las huérfanas. Pasado el convento, verás una casa de un solo piso, contiene postigos grises y un jardinillo detrás. Entra sin llamar, la puerta está siempre abierta, y cuando entres da muchas voces: —¡Buenos días, buena gente! Soy amigo de Mauricio. Entonces verás a dos viejecitos, ¡oh!, pero viejos, reviejos, archiviejos; tenderte los brazos desde el fondo de sus grandes sillones, y los abrazas en mi nombre, de todo corazón, como si fuesen cosa tuya. Después hablarán ustedes; ellos te preguntarán por mí, y yo seré el único tema de su conversación; te contarán mil chochece, que debes escuchar sin reírte. ¿No te reirás, eh? Son mis abuelos, dos seres para quienes yo soy toda su vida, y que no me han visto desde hace diez años. ¡Mira tú que diez años tienen días! Pero, ¿qué quieres? París me ha hecho prisionero como a ellos la edad avanzada. Son tan viejos que si viniesen a verme se quedarían en el camino. Afortunadamente, mi querido molinero, andas tú por ahí abajo, y al abrazarte, los pobres creerán en cierto modo que soy yo a quien abrazan. ¡Les

“he hablado tantas veces de nosotros y de la buena amistad que nos une!”

\*  
\* \*

¡Llévese el diablo la buena amistad! Justamente aquella mañana hacía un tiempo hermoso, pero poco adecuado para rodar por los caminos, demasiado mistral y excesivo sol, un verdadero día de Provenza. Cuando recibí aquella maldita carta, había ya elegido mi abrigo entre dos rocas, y soñaba con pasar allí todo el día como un lagarto, inuridándome de luz y oyendo cantar los pinos. En fin, ¿qué vamos a hacerle? Cerré el molino gruñendo y coloqué la llave debajo de la gatera. Tomé el garrote y la pipa, y eché a andar.

\*  
\* \*

Llegué a Eyguières próximamente a las dos. El villorio estaba desierto, todo el mundo en el campo. En los olmos, junto a la acequia, blancos de polvo, cantaban las cigarras como en pleno Crau. En la plaza de la Alcaldía, tomando el sol, un asno, y en la fuente de la iglesia una bandada de palomas, pero ni un alma a quien preguntar por el convento de las huérfanas. Afortunadamente, aparecióseme de pronto una hada vieja, hilando en cuclillas arrimada al quicio de su puerta; le expuse mi deseo, y como aquella hada era muy poderosa, no necesitó más que levantar la rueca, y alzóse al punto ante mí, como por arte de magia, el convento de las huérfanas. Era un caserón destartalado y oscuro, muy satisfecho de lucir sobre su pórtico ojival una vetusta cruz de arenisca roja, con una inscripción latina. Junto a aquella casa vi otra más pequeña con postigos grises, y el jardín detrás.

La conocí en seguida y entré sin llamar.





Durante toda mi vida recordaré aquel largo corredor fresco y tranquilo, la pared pintada de color de rosa, el jardinillo que se entreveía en el fondo a través de una cortina de color, y en todos los tableros flores y violines descoloridos. Prodújome la misma impresión que hubiera experimentado al entrar en la casa de algún antiguo bailío de los tiempos de Maricastaña. Al fin del pasillo, a la izquierda, por una puerta entornada oíase el tic tac de un enorme reloj y una voz infantil, pero de niño de la escuela, que leía deteniéndose en cada sílaba: En... ton... ces... San... I... re... ne... o... ex... cla... mó: Yo... soy... el... tri... go... del... Se... ñor... Es... ne... ce... sa... rio... que... me... tri... tu... ren... las... mue... las... de... es... tos... a... ni... ma... les... Acerqueme con precaución a aquella puerta y miré.

Entre la calma y la media luz de un cuartito, un buen anciano de pómulos rojos, arrugado hasta la punta de los dedos, dormía embutido en un sillón, con la boca abierta y las manos en las rodillas. A sus pies, una niña con traje azul, esclavina grande y capillo pequeño, el traje de las huérfanas, leía la "Vida de San Ireneo" en un libro más grande que ella. Esta lectura milagrosa había ejercido notable influencia sobre toda la casa. El viejo dormía en su sillón, las moscas en el cielo raso y los pájaros en sus jaulas, allá abajo, en la ventana. El gran reloj repetía con insistencia monótona su acompasado tic tac, tic tac. En toda la estancia no estaba despierto nada más que un gran haz de luz que se filtraba derecho y blanco por entre los postigos cerrados, lleno de chispas vivientes y de vales microscópicos. En medio de aquel general adormecimiento, la niña proseguía su lectura con aire grave: En... se... gui... da... dos... le... o... nes... se... lan... za... ron... so... bre... él... y... lo... de... vo... ra... ron...

En ese momento entré yo. Los leones de San Ireneo, entrando precipitadamente en la estancia, no hubieran producido allí más asombro del que yo produje. ¡Un verdadero efecto teatral! La pequeña exhala un grito, cáese el librote, espabilanse los canarios y las moscas, el viejo se yergue sobresaltado, despavorido, y turbado yo mismo un poco, me paro en el umbral, diciendo a voces:

—¡Buenos días, buenas gentes, soy amigo de Mauricio!

¡Oh! Entonces, si ustedes hubieran visto al pobre viejo, si le hubiesen visto precipitarse a mí, con los brazos extendidos, abrazarme, apretarme las manos, correr trastornado por la habitación, repitiendo:

—¡Dios mío, Dios mío!

Refánsele todas las arrugas del rostro. Estaba rojo. Tartamudeaba.

—¡Ah, caballero! ¡Ah, caballero!

Ibase después al fondo, llamando:

—¡Mamette!

Se abre una puerta, y se oye en el pasillo un trotecito de ratón. Era Mamette. Nada tan conmovedor como aquella viejecita con su gorro de casco, su hábito carmelita y el pañuelo bordado, que por honrarme tenía en la mano, conforme a la usanza antigua. ¡Cosa enternecedora: se parecían! Con papalina y cosas amarillas también él hubiera podido llamarse Mamette. Pero la verdadera Mamette había debido llorar mucho durante su vida, y estaba aún más arrugada que la otra. También, como la otra, tenía junto a sí una niña del asilo de huérfanas, guardianita con esclavina azul que nunca la abandonaba, y el ver esos viejos amparados por esas huérfanas, era lo más conmovedor que puede concebirse.

Mamette, al entrar, había comenzado por hacerme una gran reverencia; pero el viejo la paralizó con cuatro palabras:

—Es amigo de Mauricio.

Y he aquí que, al punto, tiembla, llora, pierde el pañuelo, se pone encarnada, muy roja, aun más roja que él.



¡Esos viejos! La única gota de sangre que tienen en las venas se les sube a la cara a la más pequeña emoción.

—¡Pronto, pronto, una silla! — grita la vieja a su niña.

—¡Abre los postigos! — dice el viejo a la suya.

Y agarrándome cada cual por una mano, lleváronme de un trote a la ventana, abierta de par en par, para contemplarme mejor. Acercan los sillones, me instalo entre ambos en una silla de tijera, colócanse detrás de nosotros las dos niñas de azul, y comienza el interrogatorio.

—¿Cómo está? ¿Qué hace? ¿Por qué no ha venido a vernos? ¿Está contento?

Y patatín y patatán. Todo esto durante dos horas.

Contesté del mejor modo posible a todas las preguntas, diciendo acerca de mi amigo los detalles que conocía, inventando descaradamente los que ignoraba, y guardándome, sobre todo, de confesar que jamás había reparado en si cerraban bien sus ventanas, o de qué color era el papel de su cuarto.

—¡El papel de su cuarto! Es azul, señora, azul pálido con guirnaldas.

—¿Verdad? — exclamaba conmovida la pobre vieja.

Y dirigiéndose a su marido, agregaba:

—¡Es tan buen muchacho!...

—¡Oh, sí, es un buen muchacho! — repetía el otro lleno de entusiasmo.

Y mientras que yo hablaba había entre ellos movimientos de cabeza, sonrisitas maliciosas, guiños de ojos, aires de valor entendido. O bien, el viejo que se aproximaba a mí diciéndome:

—Hable usted más fuerte. Es un poco sorda.

Y ella por su parte:

—Le suplico que hable algo más alto. Es un poco tiente.

Yo alzaba entonces la voz, y dábanme los dos las gracias con una sonrisa, y entre esas lánguidas sonrisas con

que se inclinaban hacia mí, pretendiendo ver en el cristal de mis ojos la imagen de su Mauricio, conmovíame el encontrar yo mismo aquella imagen, vaga, velada, casi imperceptible, cual si viese a mi amigo sonreírseme, entre una bruma, en las lejanías.

\*  
\* \*

El viejo yérguese repentinamente en el sillón.

—¿A qué no adivinas en qué estoy pensando, Mamette? ¡Quizá no habrá almorzado!

Y Mamette, trastornada, levantando los ojos al cielo, exclama:

—¡Sin almorzar! ¡Santo Dios!

Pensé que hablaban todavía de Mauricio, e iba a responder que ese buen muchacho jamás se ponía a la mesa después del mediodía. Pero no, era a mí a quien se referían. Y eran de ver las idas y venidas cuando confesé que todavía no me había desayunado.

—¡En seguida, el cubierto, niñas! La mesa en medio del cuarto, el mantel del domingo, los platos de flores. No se rían tanto, hagan el favor, y vamos de prisita.

Creo que, efectivamente, se apresuraron. Apenas en el tiempo necesario para romper tres platos, encontróse servido el almuerzo.

—¡Un buen almuercito! — me decía Mamette al conducirme a la mesa—; pero es sólo para usted, porque nosotros ya comimos esta mañana.

A cualquier hora que se visite a esos pobres viejos, siempre han comido por la mañana.

El buen almuercito de Mamette componíase de dos dedos de leche, unos dátiles y una barquette, una cosa parecida a un pestiño, algo con que alimentarse ella y sus canarios lo menos durante ocho días. ¡Y decir que yo solo me engullí todas aquellas provisiones! Así, pues, ¡qué indigna-



ción alrededor de la mesa! ¡Cómo cuchicheaban las niñas vestidas de azul, dándose con el codo! Y allá abajo, dentro de sus jaulas, cómo parecían decirse los canarios: ¡Oh! ¿Pues no se come ese señor de una sentada todo el pestiño?

Efectivamente, me lo comí todo y casi sin darme cuenta de ello, distraído, como estaba, mirando a mi alrededor aquella habitación clara y apacible, donde flotaba como un olor a cosas antiguas.

\*  
\* \*

Durante este tiempo al extremo opuesto de la habitación desarrollábase un drama terrible delante del armario. Tratábase de alcanzar allá arriba, en la última tabla, cierto frasco de cerezas en aguardiente que hacía diez años que aguardaba a Mauricio, y con cuya apertura quisieron obsesarme. A pesar de los ruegos de Mamette, el viejo se había empeñado en ir a buscar él mismo las cerezas, y encaramado sobre una silla, con gran espanto de su mujer, pretendía alcanzarlo. Figúrense el cuadro: el viejo temblaba y empinábase; las niñas vestidas de azul, agarradas a la silla de éste, detrás de él Mamette, jadeante, con los brazos tiesos, y dominando todo esto un leve aroma de bergamota que despedían grandes pilas de ropa blanca amarillenta amontonada en el armario abierto. Era encantador.

Después de esfuerzos inauditos, consiguióse, por fin, sacar del armario el famoso frasco y con él un antiguo vasito de plata completamente abollado, el vaso que Mauricio usaba cuando era pequeño. Me lo llenaron de cerezas hasta el borde, ¡le agradaban tanto a Mauricio las cerezas! Y al servirme el viejo me murmuraba al oído con aire golosón:

—¡Es usted muy dichoso pudiendo comerlas! Mi mujer es quien las ha preparado. Va usted a probar cosa rica.

Su mujer, ¡ah!, las había preparado, pero se le había olvidado ponerles el azúcar. ¿Qué quiere? La vejez vuelve a

uno distraído. ¡Pobre Mamette mía! Sus cerezas eran malísimas, a pesar de lo cual yo me las comí todas sin pestañear, no dejando de ellas ni los rabos.

\* \* \*

Cuando concluí de almorzar me levanté para despedirme de mis huéspedes. Ellos, por su gusto, me hubieran retenido todavía un rato para hablar de Mauricio; pero iba atardeciendo, estaba lejos el molino, y era necesario emprender la marcha.

El viejo se había puesto de pie al mismo tiempo que yo.

—Mamette, trae mi sobretodo. Voy a acompañarlo hasta la plaza.

Mamette en su fuero interno pensaba indudablemente en que hacía ya un poco de fresco para acompañarme hasta la plaza, pero tuvo la prudencia de no exponer su opinión. Unicamente, mientras le ayudaba a meterse las mangas del sobretodo, un bonito sobretodo de color rapé con botones de nácar, oí a la buena señora que le decía dulcemente:

—No regresarás muy tarde, ¿verdad?

A lo que él respondió con aire picaresco:

—¡Jem! ¡Jem! No lo sé. Pudiera ocurrir.

Después contempláronse riendo, y las niñas vestidas de azul, de verlos reír, reían, y en su rincón reíanse también a su manera los canarios. Dicho sea entre nosotros, creo que el olor de las cerezas los había embriagado a todos una mijita.

Cuando salimos el abuelo y yo, caía la tarde. La niña del vestido azul nos seguía de lejos, para acompañarlo a la vuelta, pero él no la veía, se enorgullecía de marchar de mi brazo como un hombre. Mamette, radiante, observaba todo esto desde el quicio de la puerta, y al contemplarnos movía graciosamente la cabeza como si nos dijese: “Todavía puede andar mi marido, a pesar de los años que tiene”.

ALFONSO DAUDET.





